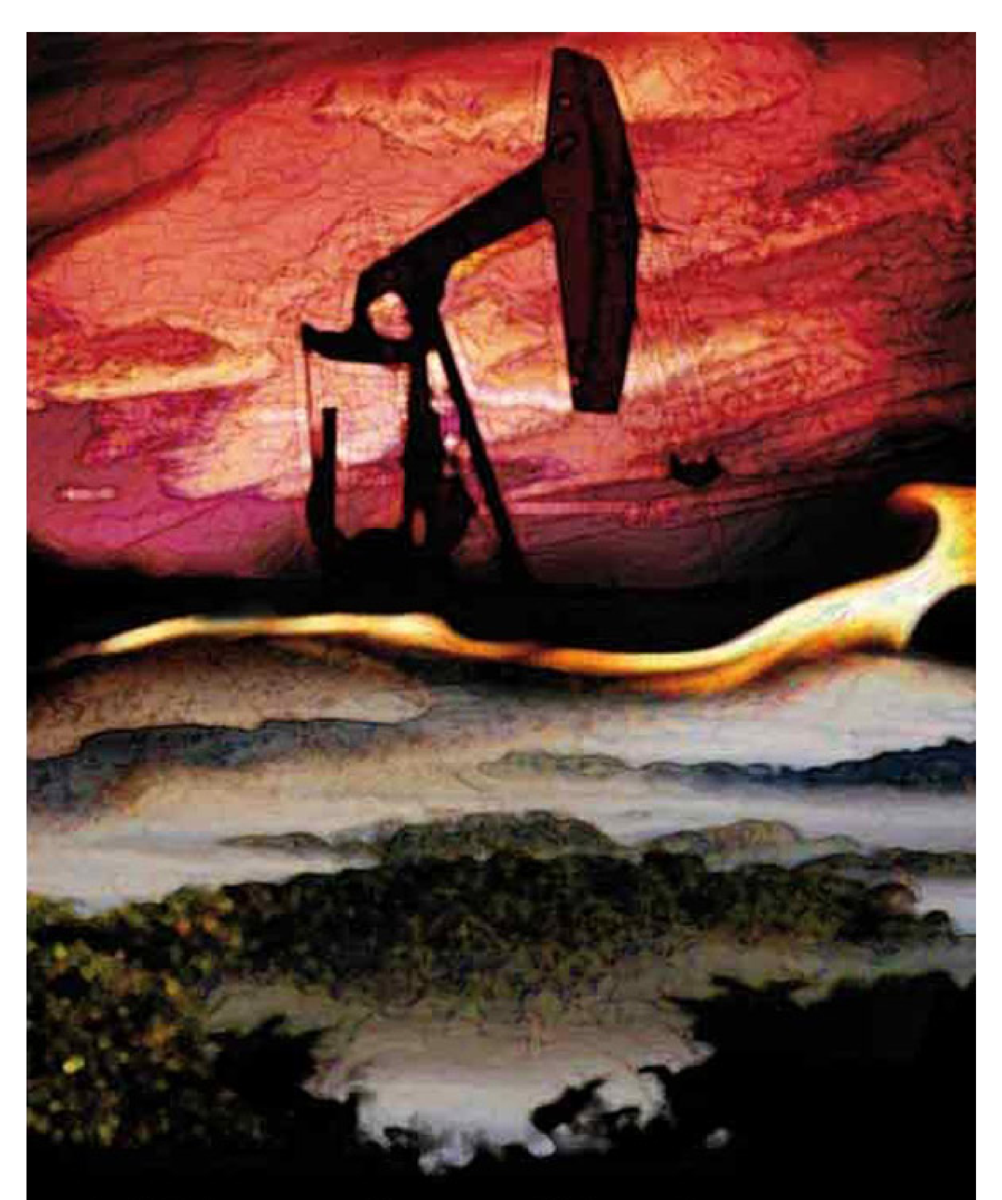


El hombre diminuto

Hernán Valladares Álvarez

Para Camilo Pedro, el protagonista de la novela, habría sido mucho más sencillo ver cumplidos sus sueños de burgués acomodado, haberse casado con Margarita y terminar siendo profesor de Geología en la Universidad Complutense de Madrid.

Pero el destino le tiene reservada otra existencia. Su director de tesis, el profesor Garrido, lo embarca, junto a dos compañeros más, Gregorio y Bobby, en un proyecto para buscar petróleo en la isla de Serolf al servicio de una asociación entre las petroleras Brip y Repansa, británica y española respectivamente.

Las aventuras objetivas y subjetivas dentro de la isla irán transformando a los personajes, inmersos en un mundo plagado de misterios.



Hernán Valladares Álvarez

El hombre diminuto

ePub r1.0

Titivillus 04.03.16

Título original: *El hombre diminuto*
Hernán Valladares Álvarez, 2011
Diseño de cubierta: Román Álvarez Fidalgo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Mercedes

Si te digo la verdad, te miento.
Anónimo

I

Residencia psiquiátrica en algún lugar del sur de España, primavera de 2007

Camilo Pedro Flores Padilla recorría aquella mañana de abril los pasillos del hospital psiquiátrico como quien deambula absorto de apaciguamiento por un balneario, sin asomo de amargura o enajenación en su rostro, y en la pequeña bolsa de deporte agarrada en una mano no llevaba demasiado peso como para dibujar en su cara los gestos del esfuerzo. Los vidrios de las galerías inundaban de sol las paredes blancas y, abajo, el jardín florecía con esa explosión sexual de la vegetación en primavera. El aroma de las adelfas traspasaba las ventanas. Un poco más allá del perímetro de piedra y verja metálica que rodea las instalaciones psiquiátricas, como si se tratara de una especie de castillo o baluarte de los pensamientos raros, se extendía el campo y los olivos. Los médicos, como era lógico, los enfermeros y enfermeras, los celadores, y en general todo el personal empleado en la residencia, habíamos ido adquiriendo hacia Camilo una confianza total a lo largo de los años. Llegó conducido por unos tipos de traje caqui, y fue ingresado cuando era

un hombre joven; ahora se encontraba de pleno en sus días provectos, con sus sesenta y un años de edad. Su comportamiento introvertido y su condición de mudo post-traumático nunca habían ido aparejados a ningún episodio de violencia. Al final de un pasillo estrecho que parecía morir contra la pared, se abrían a mano izquierda unas escaleras que bajaban directas hacia los jardines, a los que se accedía a través de una pequeña puerta pintada de verde. La salida estaba vedada al acceso de los internos, y en ningún caso deberían bajar por aquella escalera si no era porque alguno de ellos se había despistado mientras vagaba desnortado, tal vez guiado por el aturdimiento de un psicotrópico. Pero a Camilo, ningún galeno de la mente de cuantos ejercíamos en la residencia le habíamos prescrito una medicación cotidiana. Yo mismo ordené que solo en momentos de profunda desesperación se le administrara alguna medicina del espíritu.

Y no era precisamente aquella espléndida mañana cuando Camilo, determinado en su fatal propósito, manifestaba ninguna perturbación anímica. La puerta verde tenía un insignificante candado algo herrumbroso, uno de esos candados Lince más disuasorios que seguros, que se abren con una horquilla convenientemente aplanada por uno de sus extremos. Camilo posó en el suelo frío la bolsa azul oscura con el emblema blanco de Adidas en los laterales, introdujo la horquilla en la exigua cerradura y comenzó a forzar el candado unos segundos. Le extrañaba que tardara tanto tiempo en ceder; volvió a intentarlo, al mismo tiempo que tiraba de la puerta hacia él. De pronto reparó en que hacía algo estúpido al intentar abrir un candado que se encontraba ya abierto desde el principio y por eso no cedía al tirar de la media anilla. Solo tuvo que girarlo y deslizarlo de entre los agujeros metálicos que lo sujetaban. Camilo agarró el manubrio de la puerta y lo bajó despacio, sin hacer demasiado ruido. El picaporte apoyado en el resbalón dentro de la puerta de metal emitió un sonido semejante al de un tornillo golpeando contra una lata. Mantuvo el manubrio abajo y se quedó petrificado, sin moverse un ápice, en pausa. Y nervioso al pensar que aquel simple sonido que dentro de la estancia oscura había reverberado como un fugaz y diminuto estruendo podría haber alertado a alguien en el jardín. Pero fuera apenas habría resultado perceptible, y además, en el jardín no había

nadie a esas horas del mediodía, tal y como, por otro lado, lo había previsto Camilo. Solo durante el paseo después del desayuno, entre las 8.00 y las 10.00 de la mañana, y el paseo de la sobremesa, alrededor de las 16.00, se dejaba salir a los enfermos afuera. Y los jardineros solían trabajar o muy temprano o al atardecer, cuando las hojas de los prunos y el horizonte comenzaban a confundirse. Recogió su bolsa del suelo húmedo y empujó con la mano izquierda la hoja de metal, cuyos rincones estaban llenos de telarañas. Los goznes también le jugaron una mala pasada al chirriar más de lo deseable. Miró atrás, arriba, a la leve luz que bajaba de las escaleras por las que él había descendido, tratando de descubrir si alguien lo perseguía. Ni siquiera en esos momentos previos a la muerte podía uno tener el corazón tranquilo, pensó. Puso el primer pie en las losas invadidas por la hierba, luego el segundo, y comenzó a caminar sin cerrar la puerta tras de sí por el sendero que corría más apartado de las galerías principales del edificio. Volvió a posar su bolsa de deporte al llegar a su árbol predilecto, un enorme magnolio bajo el cual había dispuestos unos pequeños taburetes construidos en piedra. El tronco centenario del magnolio era descomunal y había invadido la zona de aquellas banquetas pétreas. La corteza se extendía en un perímetro sinuoso de al menos seis metros y se había apoderado del taburete de granito, cubriéndolo con garras arrugadas. Habitaba la residencia un interno que caminaba por todo el centro psiquiátrico y por el jardín con una maleta repleta de libros. Era famoso entre los otros locos porque hablaba siete idiomas, entre los que se encontraban el griego y el latín; el problema es que hablaba los siete idiomas mezclados, una proeza aún más enrevesada que la de Friedrich Hölderlin, quien, al cabo de su locura, hacía lo mismo solo con tres: el alemán y las dos lenguas clásicas. Demasiado viejo para ser Hölderlin, este émulo de poeta romántico, políglota y enajenado había puesto un nombre hermoso a aquel banquito de piedra que parecía transformarse con los años en un árbol: el banco de Dafne. De hecho, el banco se sujetaba gracias a la fuerza del tronco que lo envolvía, y más que para sentarse, aquella mañana iba a resultar perfecto para el propósito de Camilo, justo allí, debajo de una gran rama. Enfrente del magnolio descansaba apagada una pequeña fuente de piedra presidida por algún diosecillo griego y dejaba ver reflejados en el

agua quieta de su estanque las copas de los árboles, sobre todo la del magnolio, y el cielo azul entreverado en sus sombras. Abrió su bolsa de deporte y extrajo una soga algo más gruesa que su dedo pulgar. Lanzó arriba uno de los extremos, con tan buena fortuna o tan mala que, a la primera intentona, el cabo de la cuerda dio vuelta sobre la ancha rama y cayó de nuevo sobre la cabeza de Camilo, quien lo agarró y tiró de él hasta poder tenerlo a la altura convenida. Se subió al taburete de piedra inclinado haciendo un pequeño ejercicio de equilibrismo, tal vez poniendo a prueba en exceso la capacidad física de un hombre de sesenta y un años, cuya vida se había sedentarizado desde el día de su encierro; a pesar de lo cual, Camilo conservaba de su anterior existencia, y lo había demostrado durante sus años de internado, una habilidad física y una resistencia prodigiosas, una flexibilidad de faquir. Así que no tuvo que hacer demasiado esfuerzo para trepar con la agilidad de un gato viejo hasta el púlpito de la muerte, aquel trampolín que tan lejos lo había de expeler. Por otro lado, la improbable caída desde el banco no habría constituido otro riesgo añadido en su letal funambulismo que no fuera el de frustrar su propósito de suicidio. El otro lado de la soga venía preparado con antelación. En él, Camilo había resuelto un perfecto nudo corredizo, al más puro estilo del Oeste americano. Introdujo su cabeza en la o, su cabeza de geólogo, doctor y especialista en cartografía del petróleo. Luego fue tirando del extremo que colgaba de la rama y lo ató alrededor de ella. Aprovechando la inclinación del poyete de piedra le costó poco dejarse caer y sentir el crujido de su cuello. El tirón no fue lo suficientemente brusco como para descoyuntarlo y cercenar vida y conciencia en un imperceptible golpe de gracia. Le dolía y nunca había pensado que setenta kilogramos pudieran tirar tanto de sus cervicales —«se va a enterar ahora mi cuello de lo que pesa mi culo», dicen que profirió el poeta francés François Villon en circunstancias semejantes—. Enseguida fue sintiendo la asfixia, incluso intentó gritar, porque no dejaba de ser un cobarde, y miró el agua quieta de la fuente y se vio a sí mismo ahorcado, balanceado en el aire cálido de primavera, como un fruto inmenso y prematuro entre el espeso olor a adelfas y las ráfagas de madreselva. Y su último pensamiento fue la diminuta mujercilla dorada, Aisa. Le pareció sentir amor hacia ella, desde luego cariño, y esto lo redimió

en cierta medida justo dos milésimas antes de expirar.

II

Residencia psiquiátrica en algún lugar del sur de España, verano de 2008

He decidido narrar en primer lugar el suicidio de mi paciente.

Me consta que se trata de una introducción que podría tildarse de morbosa. Si esto fuera una novela de ficción podría incluso pensarse que el inicio con una muerte es porque el autor pretende hacer más atractivo su *thriller*, que quiere atar al lector con un comienzo de guinda envenenada; pero ni siquiera estas páginas deben considerarse novela (aunque voy a intentar narrar la historia como tal) ni, menos aún, se trata de ningún *thriller*. El nombre de mi paciente era Camilo, o Pedro, o Camilo Pedro, pues él no mostraba predilección por ninguno de sus dos nombres; sus apellidos también los han podido leer desde las primeras palabras de este libro: Flores Padilla. De todos, era «Pedro» el nombre que mejor le cuadraba: la palabra «pedro» contiene en sí, precisamente, las mismas letras exactas que la palabra «poder», solo que descolocadas. Dudo mucho que él hubiera leído nunca a Nietzsche el *siniestro*, pero de haberlo hecho no podría negarse su influencia en la especie de delirio de

poder que lo fue invadiendo durante su alucinada estancia en la isla.

Yo me llamo Alfredo F. Dorrana. Soy médico psiquiatra, como habrán adivinado desde las primeras páginas, y no quiero dar ningún sesgo de literatura médica a este relato. Si les digo la verdad, ni siquiera querría hacer esta introducción, pero me siento en la obligación de explicar siquiera sucintamente los motivos que me han impulsado a escribir este libro, y las fuentes de las que me he nutrido para hacerlo. Espero se llegue a parecer en algo a una novela. A la postre, el estilo o la calidad literaria deberían ser lo de menos, y es más que probable que, por querer escribir bien, cometa algunos excesos estilísticos que los lectores sabrán perdonarme. Nada de esto importa. Lo más importante es hacerles llegar a ustedes esta serie de hechos tan conmovedores, sorprendentes, terribles y aun diría inverosímiles, pero de enorme trascendencia. Tampoco quise ni querré hacer ningún tipo de denuncia formal; allá cuidados con las autoridades, si ellos quieren tomar nota después de apercibirse de la existencia de un libro como este. Desde que me hice con toda la información que ahora articulo en este texto, desde que una mañana de primavera salí al jardín, hallé a Camilo Pedro colgando del magnolio, llamé a los celadores, lo descendieron y encontré tirado en el suelo un estuche con un cedé en cuya carátula el muerto había escrito: «Mi historia en la isla»; introduje ese cedé en mi ordenador y terminé de leer y ver toda aquella pasmosa y enmarañada, pero muy completa peripecia, que me llevó al menos quince días de intensa y continuada lectura, desde entonces —hace aproximadamente un año— no he hecho otra cosa que soñar con ello, obsesionarme y apenas poder concentrarme en mis pacientes y mi trabajo cotidiano. Por buscar mi liberación y por una deuda contraída con la historia, he decidido verter todos esos datos y contarles punto por punto esta extraña sinfonía del absurdo.

Muy al contrario de lo que sugerían algunos de mis colegas, ignaros en todo lo que concernía a la verdadera historia y psique de mi paciente, igual de ignaros que yo entonces, C. Pedro no perdía el tiempo con el ordenador portátil en su dormitorio; durante los dos últimos años estuvo rellenando muchas páginas, unas cuantas carpetas y archivos en el ordenador, e iba traspasando de un par de viejos cuadernos notas y más notas. Incluso logró trasvasar alguna

imagen borrosa de documentos que escaneó en la impresora de mi propia consulta. Luego grabó todos esos documentos en el cedé que encontré junto al magnolio. Mi idea es que aquel hombre había intentado morir con el estuche entre sus manos, pero al enervarse sus fuerzas, el cedé se le cayó y quedó medio enterrado entre la tierra y las hierbas, de donde yo lo rescaté en secreto. Supuse que todo aquello que había escrito debería encontrarse también en su ordenador portátil; pero no sé con exactitud en manos de quién esté toda esa información duplicada. Lo único que sé de forma fidedigna, porque, sin sospechar nada, yo mismo les indiqué dónde encontrar su antigua habitación, incluido el ordenador, es que los hombres de siempre, los de traje gris (y al decir «traje gris» quiero simplemente enunciar que vestían de una forma anodina), con su acento extranjero, muy circunspectos y demasiado autoritarios preguntaron por Camilo Pedro un día después de su suicidio, subieron a su dormitorio y cogieron todas sus pertenencias; preguntaron si había algo más, si en algún rincón del hospital guardaba alguna otra cosa, y una vez que estuvieron seguros de que no se olvidaban ninguno de los objetos que le hubieran podido pertenecer, se marcharon. Por supuesto, no les revelé lo que yo había encontrado en el suelo. C. Pedro había pasado cerca de veintisiete años en esta residencia psiquiátrica, y aquellos hombres u otros parecidos eran los únicos que se habían interesado por el paciente en todo el tiempo que estuvo internado. Su familia (ahora sé bien por qué) nunca parecía haberse inquietado por él. Es un hecho que yo mismo he consignado varias veces en el historial clínico de Camilo Pedro el que cada vez que aquellos hombres lo visitaban, su comportamiento se hacía más retraído. Este efecto duraba unos meses e iba reduciéndose hasta que Camilo Pedro volvía a mostrarse, dentro de su misantropía, un poco más extravertido. Hasta que pareció hartarse, ahora lo sé, de mantener el silencio, y tras una de las últimas visitas de aquellos hombres, C. Pedro me pidió que le trajéramos un ordenador portátil, dijo, para apuntar unas cuantas cosas de mi vida. Aquella frase tan simple fue la más larga que había pronunciado hasta entonces.

Se han consignado en la literatura médica multitud de casos clínicos en los que una persona tiene un accidente, padece un atentado o sufre algún tipo de *shock* emocional y como

consecuencia de ello el sujeto queda privado del habla, de la expresión verbal. Todas las respuestas múltiples del cerebro ante hechos traumáticos lo suficientemente fuertes como para conmocionar al individuo nos generan al analizarlas, ya seamos profesionales de la mente o simplemente observadores mundanos, una suerte de alucinación, a veces incluso llegamos a enunciarlas con la cándida definición de «simpáticas». Sorprendentes, ilógicas. Se cuenta de un famoso caso clínico en el que un trabajador del ferrocarril de Londres en el siglo XIX, tras haberle traspasado la parte frontolateral izquierda del cerebro una barra de hierro expelida por los aires en forma de proyectil a causa de una infausta explosión, conservó intactas todas sus habilidades intelectuales, matemáticas, lingüísticas, memorísticas; pero se volvió un ser antisocial y desprovisto de filtros morales. En este caso hay una motivación física a la que se ha atribuido la relación de causa-efecto: la barra de hierro parece haber traspasado la región cerebral donde se ubica nuestra capacidad moral.

Otro ejemplo es el de un caballero maduro y analfabeto musical, con un abierto desprecio hacia la música clásica, quien, después de un tremebundo accidente de coche, sufrió una profundísima amnesia que le hizo olvidar los hechos más relevantes de su pasado, su trabajo, sus orígenes, su infancia, incluso a su propia esposa —¿amnesia o astucia?, podríamos sospechar—, a la que siguió una conversión musical del todo inopinada. Poco a poco, aquel tipo fue farfullando en su interior melodías para piano que le llegaban de lo más profundo de su mente. Las empezó a transcribir como pudo con un bolígrafo y un cuaderno, a través de signos que de alguna forma recogieran aquellas primeras germinaciones musicales nacidas de una inspiración *ex nihilo*. Más tarde comenzó sus clases de solfeo y después se compró un piano. No paraba de producir piezas espontáneas que brotaban del piélago de sus neuronas, piezas que cabría juzgar como mínimo de muy refinadas y exquisitas, llegando algunas de ellas a rozar la genialidad. Yo nunca las llegué a escuchar, pero algún musicólogo un tanto alucinado o imbécil ha llegado a decir que este hombre es una reencarnación de Erik Satie; si despojamos tan supersticiosa y acientífica observación de su lado equívoco, lo cierto es que muchos coinciden en el parecido de ambos músicos, tanto en la música como en su apariencia física.

Hay personas que tras la conmoción se vuelven homosexuales, o bondadosas cuando antes habían tenido un comportamiento más bien reprobable y mezquino. *El Jano*, una revista médica y humanística que atestaba unos cuantos anaqueles en la vieja biblioteca de mi facultad, consignaba el singular ejemplo, a propósito de conversiones de índole moral, de un provecto militar norteamericano, racista y con conocidas simpatías por la ideología nazi. Fuera de servicio, mientras paseaba al pequeño scottish terrier de su mujer por un parque próximo a su casa, ubicada en algún lugar del sureste de los Estados Unidos, el cielo se ensombreció de pronto, él quiso correr a refugiarse en algún lugar cubierto, porque una intensa lluvia acompañada de viento fortísimo comenzó a arreciar sobre su cabeza casi calva. La lluvia y sobre todo el viento se intensificaron hasta niveles catastróficos. El militar, no por serlo, personaje atrabiliario y odiado por media villa, sintió cómo un rayo caía sobre él y lo dejaba tendido en el césped agarrado a Joe, el pequeño scottish terrier, con el rostro lampiño lamido por una recién inaugurada riada de agua que corría por el césped y que iba convirtiendo todo en un lodazal, con la oreja chamuscada y el cerebro vacío por efecto del relámpago. Se vio ascender a los cielos, según narró después, y llegar a lo alto de una nube blanca y densa sobre la que apareció un dios negro y con melenas rastas. Le ofreció una taza de té, porque de pronto el dios negro se había transformado en una señora anciana de origen inglés, que era su misma madre pero se parecía a la profesora de religión de su hija Candy.

—Hijo —le habló—, yo te eduqué muy estrictamente, tu padre te pegó por cada cosa que hacías mal y te llevamos a una escuela militar donde aprendiste a comportarte como un auténtico hombre. Ahora te hemos enviado un rayo para matarte.

Aquel mensaje absurdo, toda aquella especie de sueño de significado inexplicable, fue seguido de un coma de tres meses sobre el que los médicos pronosticaban un desenlace fatal o una pérdida irreversible de su capacidad neuronal. Pero al final el hombre salió de su estado semiexistente y se repuso. Solo recordaba el extracto de su estúpido sueño. La oreja derecha fue reducida a un simple forúnculo de color marrón oscuro. Pero lo más curioso, y aquí está el caso, es que comenzó a transformarse en un personaje

cordial y bonachón. Dejó la Armada. Renegó de cualquier pasado político relacionado con la extrema derecha y emprendió una serie de colaboraciones con asociaciones benéficas y filantrópicas. Adoptó un niño negro del colegio de huérfanos y le dio por asegurar que algún día no muy lejano el presidente de los Estados Unidos sería un hombre con sangre negra, y que ese día él se sentiría terminantemente orgulloso de pertenecer al pueblo norteamericano. Todo el mundo daba fe de que aquel individuo no solo había cambiado por dentro, sino que por fuera había experimentado una especie de mutación benéfica (dejado aparte el detalle escabroso de su oreja achicharrada). Aun cuando había ido cediendo casi toda su pilosidad craneal a los desagües y los peines desde que tenía veinticinco años de edad, tras el incidente del rayo le había brotado una hermosa cabellera; todos decían que ahora parecía tres lustros más joven y que sonreía casi de forma constante.

Todos estos son casos de conmociones ante accidentes puntuales, experiencias que en cuestión de milésimas de segundo llevan a la persona hasta la frontera de la muerte y lo someten a dos acontecimientos traumáticos que sin duda deben operar con una relación entre sí de causa-efecto, a saber: el daño físico y el *shock* emocional. Existen accidentes de orden menos inmediato, donde el individuo se expone a la contemplación involuntaria de escenas en las que terceras personas sufren el daño físico directo, aunque necesariamente debe existir implicación, sobre todo de índole sentimental, entre el sujeto y el contexto en el que se ve envuelto. Es el arquetípico, e incluso diríamos el cinematográfico caso, verbigracia, del niño que contempla la muerte violenta de uno o ambos progenitores, o de uno de sus hermanos. En tales casos, es frecuente como respuesta del cerebro la afasia post-traumática. Y es precisamente esta la respuesta que se operó en el cerebro de Camilo Pedro. Sin embargo, mediante largas sesiones terapéuticas, logré que en más de una ocasión llegase a expresarme conceptos básicos y respuestas lógicas y monosilábicas a preguntas muy complejas; pero nunca expresaba verbalmente nada relacionado con el pasado. De aquellas sesiones colegí que me encontraba ante un paciente cuya afasia post-traumática podría ser de las conocidas como «voluntarias» o de «autoesquivación social». El individuo trata de refugiarse tras la coraza de su silencio, se somete a un retiro hacia

el interior de su mente, rehúye la comunicación con sus semejantes. Todo esto en el caso de Camilo Pedro no estaba vinculado, como cabría pensar, a ninguna clase de pánico social; su mutismo sería sin duda más voluntario que traumático —y es una conclusión a la que llego tras largas reflexiones y después de que él se haya muerto y yo haya recabado toda esta información de su legado electrónico —. Algún compañero me había sugerido que muchos de los achaques físicos que padecía nuestro paciente, su especie de bronquitis crónica, los sarpullidos en su piel, ciertas infecciones que recurrentemente había que tratarle con antibióticos, se debían a reacciones psicosomáticas; es decir, otros colegas pensaban, al revés que yo, que el paciente padecía algún trastorno profundo y muy serio de la personalidad que lo estragaba a nivel fisiológico y cuya afasia no era otra cosa que una simple manifestación, la más obvia, de su cuadro clínico. Mis primeras intuiciones iban en otro sentido que las especulaciones de mis colegas, y todo se me ha ido confirmando a la luz de las pruebas. Para mí, detrás de los síntomas neuróticos de mi paciente se escondía una experiencia real, concreta, de muchísima intensidad y —todavía más— de una relativamente larga exposición (no un rayo, ni un disparo, ni una visión horrible pero fugaz). En lo que respecta a su afasia, ahora puedo aseverar, para expresarlo en romance paladino, que a Camilo Pedro no le daba la real gana de hablar y había decidido aliarse con el silencio para protegerse a sí mismo de la extinción, dejarse tiempo para ir hilvanando sus escritos —único acto de resarcimiento y venganza frente a las víctimas y sus verdugos respectivamente— y preparar con sencillez su tránsito hacia la muerte, su salvación final. Todas aquellas secuelas físicas de su organismo encontrarían otra explicación mucho más simple y, al mismo tiempo, mucho más compleja.

III

Madrid, 1975

La lluvia había ido cayendo durante la última semana con pertinacia londinense, hasta dejar en el aire de Madrid la sensación de una atmósfera limpia. El autobús urbano número 27, uno de esos largos y destartalados cacharros azules articulados con un fuelle de goma negra y provistos de incómodos asientos de madera, era el primer transporte que debía tomar para llegar hasta la Universidad Complutense. En los primeros años setenta, la ciudad poseía aún un cierto grado de pureza provinciana. Albergaba ya el espíritu de las grandes ciudades, pero sin alcanzar las cotas de urbe globalizada en que se han convertido hoy todas las metrópolis. Todo era impersonal, como en otras ciudades de Europa, pero Madrid desprendía el cándido regusto familiar y mezquino de los regímenes solitarios. Aquel día en especial, se tornaba tranquilo y gris todo aquel movimiento de vehículos rodando por las calles, los transeúntes ordenadamente caminando por las aceras, el paseo de la Castellana con sus carriles bus mal alquitranados y con la parte central de la calzada abultada y renegrida —que poco después,

durante los días más cálidos de julio y agosto, se iba a convertir en una especie de trampa pegajosa para peatones—, las acacias y otros árboles exiguos en el bulevar, los taxis negros con la línea roja, los policías vestidos como ujieres de un ministerio berlinés. Aunque faltaba poco para una transición más definitiva y aunque nadie por entonces sabía hacia qué tipo de mundo nos encaminábamos —no es el momento de entrar en juicios de valor con carácter universal, si bien es cierto que en cuanto al país era necesario salir de aquel atolladero, y habría sido mejor haberlo hecho por vías más diligentes que las de una lenta extinción por muerte natural del dictador—, el trajín de la ciudad se iba aproximando poco a poco a los lógicos pasos de cualquier población urbana, donde, lejos de la mera supervivencia o de esquivar el riesgo inmediato de morir, de lo que se trata es de ejercer nuestro papel de piezas mecánicas en la enorme máquina del mundo. Cada uno se dirige a su puesto para ocupar exacta y lógicamente el lugar que le ha tocado en el sistema. Muchas de estas piezas, como lo era Camilo Pedro por entonces (C. P. a partir de ahora), se estaban preparando en los centros destinados a tal propósito. La Universidad Complutense corría a una media de manifestación por semana. Y lo de «correr» es una expresión de elocuencia literal y no metafórica, pues en cada manifestación los estudiantes se veían obligados a correr delante de los caballos y las porras de los «grises», como era llamada la policía de entonces. Ninguno sospechábamos que las protestas eran justas pero se enmarcaban en un contexto vacío. Todas las reivindicaciones resultaban de una ética inapelable, pero nadie se preguntaba con qué finalidad, cuál era en concreto el modelo de mundo que queríamos para habitar. C. P., como uno más, convencido de todo aquello, asistía a la mayor parte de tumultos, marchas, algaradas, manifestaciones y mítines que se le terciaban. Pero por extrañas circunstancias, aquel viernes desapacible no había ninguna pancarta frente a las escaleras de la enorme fachada. Las facultades de Ciencias Biológicas y Geológicas se ubicaban en un desgarbado edificio, erigido apenas hacía unos años, una considerable mole de metal y cristal oscuro en mitad de un yermo, donde los escasos árboles recién plantados formaban un escuálido cortejo de fantasmas. Antes de atravesar las puertas de la facultad, C. P. miró hacia atrás, hacia los pelados jardines del campus

universitario, por donde caminaban como autómatas algunos estudiantes muy dispersos; tras más de una semana de lluvias incesantes, en el cielo se abrió un claro azul que presagiaba, como cuando nos asalta algún pensamiento alegre en medio de un entierro, el final de aquel clima intempestivo, gris y frío, a finales del mes de junio.

El inmenso recibidor se encontraba casi desierto de estudiantes, porque las clases se habían terminado oficialmente, aunque era el tiempo de ir a los exámenes o mantener cierta asiduidad redentora en las visitas a la biblioteca. C. P. percibió, mientras subía las escaleras hasta la primera planta, el olor a café demasiado torrefacto y a tortilla de patatas proveniente de la cafetería. Llegó al distribuidor con muros de ladrillo y giró por la derecha hasta introducirse en pasillos más estrechos, a cuyos lados se encontraban los despachos de algunos de los profesores. Paró frente al despacho de uno de los catedráticos, quien había sido su profesor durante el quinto curso de carrera en la asignatura de Geología del petróleo y su director de tesis durante los últimos tres años.

C. P. golpeó levemente con sus nudillos en la hoja de madera.

—Pase, pase —respondió el catedrático desde dentro, con voz casi imperceptible.

C. P. bajó la manija de la cerradura con suavidad y abrió la puerta con respeto:

—Profesor Garrido…

—Señor Flores, pase, por favor. Siéntese.

—Muchas gracias. ¿Sabemos algo…?

Hacía unos días que C. P. había hecho la lectura de su tesis. Al final, y tras una larga dilucidación del tribunal, uno de los miembros no quería otorgarle la mejor nota, porque, según dijo durante el encierro, aquel muchacho iba a todas las manifestaciones contra el Régimen y además mostraba una actitud claramente negativa contra el Caudillo y su sagrada misión. El director trató de persuadir al tribunal de que se perdería la oportunidad de premiar la excelencia académica de unos de los mejores alumnos que habían pisado la facultad durante lustros. Finalmente se optó por madurar la idea y posponer el veredicto.

Antes de que el alumno pudiera terminar su pregunta, el catedrático le extendió un papel grueso y orlado por una cinta

impresa de color carmesí.

—Felicidades, señor Flores. *Cum laude*.

—Caramba, qué sorpresa —respondió con cierta impostación el recién doctorado en Geología.

—Bueno: era lo esperable. Usted era uno de los mejores, sin duda. Ha tenido tiempo de hacer la revolución —ironizó— y sacar con brillantez una carrera que no todo el mundo que la empieza logra superar. Mi enhorabuena. Pero aún le debo dar otra noticia de carácter más pragmático.

C. P. se esperaba cualquier cosa, incluso el ofrecimiento de su profesor para quedarse en la universidad. Sobre todo eso.

—Desde hace unos cuantos meses tengo esto aquí guardado.

Se levantó de su vieja silla de hierro negro tapizada con *scay* color granate y de uno de los estantes que tenía detrás agarró una carpeta. La abrió y extrajo otro documento que le volvió a extender a C. P.

—Échele un vistazo a esto.

La presencia del tutor dividía su atención, entorpecía una lectura más concentrada de los papeles que le habían puesto en la mano. Era además un grueso volumen de folios. Garrido se levantó y, «con permiso», salió del despacho hacia los servicios, cerrando la puerta de la habitación para dejar solo a su alumno. Se trataba de una golosa oferta. Una multinacional estaba buscando candidatos para un puesto de trabajo muy especializado. La crisis del petróleo había impelido a las compañías a buscar por ellas mismas o a potenciar la búsqueda del oro negro, y ese afán sin límites, una voracidad ciega, se hallaba en pleno apogeo en el año 1975, cuando C. P. recibió, como mejor alumno de su promoción, el sabroso ofrecimiento. Garrido regresó al despacho. Se dirigía hacia su sillón…

—Esta carta está firmada en junio de 1974, profesor; ¿aún está vigente? Supongo que habrán encontrado a alguien.

—No. Le están esperando, porque usted no puede rechazar esa oferta y yo les he asegurado que les iba a resultar rentable si esperaban.

—¿Cómo?

Incluso para un niño bien con credenciales de progre era difícil contradecir a la autoridad, a aquel a quien se trataba de usted, que contaba con la *auctoritas* moral y académica, con una especie de

potestad patriarcal emanada desde el Estado franquista hacia todo su alto funcionariado, y que había decidido agasajarte con prebendas como la de reservarte ex profeso para ti una oferta de trabajo que podría haber entregado a otro alumno de la promoción anterior. No es que C. P. no tuviera arrestos, o al menos no era solo esto, sino más bien que tenía una personalidad triunfadora, era un tipo que apuntaba al éxito con un grado de ambición plutónica y contaba con una gran capacidad de camuflaje, quizá sin que él se hubiera apercibido aún de estos auténticos rasgos de su carácter. C. P. estaba contra el Régimen, había tenido algún disgusto que otro con profesores, incluso el catedrático que tenía delante lo había amonestado en alguna ocasión; pero nunca había llegado a ver mezclada con sus resultados académicos aquella participación más o menos solapada en la actividad clandestina.

—¿Es que no le apetece? Le voy a explicar por qué considero de enorme interés para usted el que acepte ese trabajo:

»En primer lugar, usted es el mejor alumno que yo he tenido en varias promociones; en segundo lugar, eso que se le ofrece a usted significa mucho para España: el Caudillo ha dignificado la patria, sin duda, pero el mundo es ajeno a nuestro difícil proceso de grandeza y nos ha colocado en lo pragmático en un alejado rincón de la historia; compréndalo, se trata de salir de ese rincón. Una multinacional con capital extranjero le ofrece primero a un estudiante español y a algunos otros técnicos de Repansa la oportunidad de intervenir en algo maravilloso como es el progreso. El progreso, joven, también necesita a España, no lo olvide. Y España necesita el progreso de la industria, ¿ha leído usted el *Idearium* del tristemente asesinado Ramiro de Maeztu? Debería hacerlo, aunque seguramente tendrá usted otras lecturas menos sanas. Más allá de cuanto le explico, he logrado que se delegue en un equipo casi al cien por cien español, excepto en lo que respecta a las máquinas, toda la operación; he hablado con el consejero delegado de Repansa y tras largas reuniones entre él y representantes de la multinacional, con capital fundamentalmente británico, se ha llegado a un acuerdo. El proyecto está en manos de España ahora. ¿Sabe lo que significa eso? Si la operación llegara algún día a buen puerto, se nos permitirá extraer petróleo, algo que ahora solo pueden hacer los rusos, los norteamericanos y en menor

medida los franceses y los ingleses. Nos sitúa por delante de muchos países europeos…».

C. P. escuchaba sin dejar traslucir al movimiento de sus ojos ninguna de las ideas que se le cruzaban por la cabeza, ni siquiera era fácil leer en su rostro o en sus gestos alguno de sus pensamientos, si acaso una cierta tensión frente al discurso político, pero que el catedrático no llegaba a descifrar como una franca animadversión, y con eso era suficiente. C. P. sabía mantener la respiración ante los sermones, al menos por un tiempo, y evitó en todo momento el carraspeo o esbozar en su semblante el más leve rictus de ironía. Ignoraba a cambio de qué prerrogativas una compañía inglesa permitiría a Repansa, la humilde petrolera de una nación en dictadura, ocuparse de aquel cometido, ni le importaba; pero había algo por lo que una gran petrolera inglesa podía dejar supuestamente en manos de una compañía española la avanzadilla de un gran proyecto, si es que en verdad era grande: y era tal vez mantenerse al margen en caso de que dicho proyecto resultase fallido o políticamente comprometido. Es posible que el pragmatismo británico estuviera tendiendo una cordial celada a la petrolera española. Conforme le hablaba su director de tesis, C. P. creía ver que al catedrático se le iban endureciendo las facciones, su pelo gris parecía por momentos un casco metálico, sus manos se acariciaban una a otra, las palabras salían a borbotones de unos labios cada vez más apretados. Comenzó a mirarlo sin reconocerlo, como si el que estuviera delante de él no fuera el director de su tesis y su guía durante tres años largos de doctorado, el hombre a quien había visto tres veces por semana, cuando no diariamente, durante muchas horas. De vez en cuando se vio obligado a quitarle la mirada y entregársela al vacío. No sabía bien dónde colocar la dirección de sus pupilas, cada vez más contraídas. Comenzó a no saber siquiera a quién tenía delante de sí; un tipo más frío que de costumbre, capaz de más cosas. Soy un niño, pensó; no sé nada de la vida todavía y este hombre sí. Es superior a mí, sentía, e incluso razonaba con zozobra, muy superior. Estaba intimidado sin que realmente le hubiera dicho nada grave, nada amenazador. Pero el catedrático se mostraba más locuaz que nunca, más expresivo y sin embargo más extraño y poderoso. Nunca había tenido miedo a que su interlocutor, en tantas ocasiones como habían charlado en ese

mismo despacho, leyese su pensamiento cuando C. P. topaba con su mirada fugazmente el retrato de Franco que se encontraba sobre los estantes e interiormente lo despreciaba o se burlaba, pero aquel día quitó su mirada presuroso para evitar que el profesor pudiera advertir algún sentimiento de repulsa profunda.

—Llévese el dosier a casa. Léalo despacio y vea si le interesa. Eso sí, señor Flores: una vez lo haya leído, en caso de que su respuesta fuera negativa, le pediré el máximo celo en guardar silencio sobre todo lo que haya visto en esos folios. Realmente le pido ese máximo celo en cualquier caso, acepte o no acepte ser incluido en el proyecto. Desde que salga de este despacho guarde silencio. Por otro lado, debe saber que tendrá todo mi apoyo. Máximo celo, le recuerdo: sé que tiene una familia con la que mantiene una buena relación, sus padres son buenos cristianos, y me consta. Su padre ha estado pendiente de su carrera siempre. Tiene usted a su prometida y le contará sus secretos… Pero en este caso sería hacerle compartir a ella una responsabilidad demasiado grande. No le aconsejo que diga nada a nadie: a nadie, ¿me está entendiendo? El hombre, ya sabe, es esclavo de sus palabras y dueño de su silencio; no solo he depositado mi confianza en un buen estudiante, brillante, diría yo, sino también en un hombre inteligente y de valía. Ahora debe demostrarlo.

El vermú, aguado por los hielos, apenas desprendía ya su característico olor agridulce y la naranja se había teñido de un color rojizo. El sol se había apoderado por completo del cielo y con el calor, tan repentino que la mayoría de los peatones caminaban todavía con sus abrigos, gabardinas o chaquetas cogidos del brazo, Margarita había decidido esperarlo sentada en la terraza. Algunos transeúntes portaban todavía el paraguas en la mano, en una imagen más absurda que extravagante (una extravagancia popularizada se convierte en una imbecilidad). Los coches que ayer, incluso apenas hacía unas horas, circulaban con los cristales cerrados y el limpiaparabrisas sin dejar de moverse, lo hacían ahora con las ventanillas abiertas. El verano se apoderó definitivamente y por sorpresa de la ciudad de Madrid; el termómetro no bajaría ya de

25 grados ni siquiera por la noche hasta bien entrado el mes de septiembre. Desde su silla de hierro pintada con espesas capas de pintura verde podía contemplar buena parte de la glorieta de Bilbao. Y por ella pudo ver que se aproximaba C. P. con una chaqueta de ante colgando en el antebrazo izquierdo y una carpeta de piel agarrada con la mano derecha. Llegaba con sus gafas de pasta marrón y un rostro que para nada indicaba la cara de felicidad de un recién doctorado en Geología con *cum laude* por la Universidad Complutense de Madrid.

—¿Qué te pasa? —preguntó Margarita—. Dame —le tomó la carpeta y la puso sobre la mesa.

El camarero vestía un chaleco de rayas negras y grises, que algún día habían sido blancas, y le preguntó si deseaba algo el caballero.

—Tráigame —miró los posos del vermú de su novia—, otro de estos, por favor.

—A mí otro más, por favor —añadió Margarita.

—Perdona —se disculpó C. P. por no haber reparado en las necesidades espiritosas de su novia.

—¿Por qué has tardado tanto? —inquirió ella.

—Bueno, qué quieres —C. P. mostró su sonrisa más amable, ocultó los nubarrones interiores y dejó traslucir por fin el rostro de las buenas noticias y el éxito personal—: acaban de otorgarme un *cum laude*.

Margarita se lanzó a darle un discreto beso en la boca y a abrazarlo.

—¡Qué bien, cariño! Es estupendo. Dios mío, ahora sí podemos hacer planes…

—Sí —C. P. intentó leer el dosier completo en el trayecto mientras caminaba, sin poder esperar a hacerlo tranquilamente en su casa. Había leído suficiente para saber que la vida le había cambiado por completo. No podía explicarse por qué le había tocado a él. Suponía que era lógico, que él era un geólogo, que su director de tesis era la persona más influyente de la facultad, que no habría sido normal que le ofreciesen el trabajo al enano que ahora les trataba de vender un boleto de lotería, o al camarero del chaleco sucio, o a la vieja con la bolsa de la compra que salía de la tienda de ultramarinos situada junto a la cafetería, ni siquiera al policía

que confundía el tráfico.

Su nueva categoría de hombre silencioso había empezado a funcionar.

—Sí, Marga: ahora podemos hacer planes… —volvió a mentir, como si lo hubiera hecho toda su vida.

IV

Madrid-Londres, verano de 1975

El sol y el calor habían regresado tras ese lapso de lluvias, como era lo normal en los junios de Madrid. La ventana de su habitación se encontraba abierta de par en par y él, en calzoncillos, estaba reclinado en el borde de la cama contra una almohada en la pared, con un cenicero redondo de vidrio sobre las sábanas, rebosante de colillas. Llevaba encerrado en aquel dormitorio durante tres días y únicamente salía cuando su madre o la muchacha lo llamaban a sentarse a la mesa para hacer alguna de las tres comidas diarias. En su casa no estaban tan preocupados como lo estaba Margarita, quien llamaba día y noche para saber de C. P. A él le dolía la cabeza. Sentía una presión dura sobre sus globos oculares y la parte trasera del cráneo parecía que le iba a reventar. Había tomado todo tipo de analgésicos, incluso nolotil, pero solo lograba amortiguar el dolor. Por el resquicio que dejaba la puerta entraba un denso olor a café recién cocido y pensó que una taza podría contribuir definitivamente a eliminar su jaqueca. Abrió la puerta y llegó hasta la cocina, donde su madre iba poniendo la cafetera, una taza sobre

un plato, una cucharilla y el azucarero, todo en una bandeja con dibujos de estilo *art nouveau*, tal vez algún Tolouse Lautrec.

—Te iba a llevar esto, hijo. Tienes cara de cansado.

—Estoy bien, mamá. Me voy a tomar un café.

Se aferró a su taza de café cargado y se largó de nuevo al encierro de su habitación. A los diez minutos de haberlo ingerido, como si en vez de cafeína se hubiera suministrado una docena de valiums, se quedó dormido con una pierna colgando del colchón. Las sábanas habían perdido todo su apresto, y a media noche sintió un ligero fresco que le obligó a echárselas encima sin que apenas notase el tacto del algodón muy desvaído, desgastado, como si fuera la raída vestimenta de un fantasma de la Antigüedad. Un camión de la basura lo despertó sobre las cuatro de la madrugada, se levantó a orinar y se quedó suspenso mirando cómo golpeaba el chorro en el fondo del inodoro. Y agitó a un lado y al otro la cabeza como quien menea una campanilla, retorció el cuello y comprobó para su sorpresa que no existían apenas residuos de su intenso dolor de cráneo, si no era un leve adormecimiento de la cabeza semejante al que quedaba después de los intensos llantos de la adolescencia, por cierto acompañado de la profunda y extensa calma que sigue siempre a las tormentas. Regresó a su habitación, cerró la puerta, encendió la lámpara de su escritorio y abrió la Olivetti portátil, donde introdujo un folio en blanco:

> Estimados señores: Es de mi agrado el poder comunicarles que acepto el puesto que me ofrecen y que tan amablemente el profesor Garrido me ha hecho llegar. No solo eso: ha guardado celosamente para mí hasta que yo terminara mi doctorado. Como saben, mi experiencia profesional es nula. En fin, el señor Garrido y ustedes mismos en el dosier que he leído me indican que nada más les comunique «sucintamente» si acepto o no acepto el trabajo y mi cometido, con todas las renuncias que ello implica; que se lo remita al apartado de correos que ustedes me facilitan y que aguarde esperando sus noticias, que la compañía se encargará de darme las instrucciones necesarias para poder dar comienzo al desempeño de mis funciones.

Por lo tanto, les reitero mi aceptación más entusiasmada y quedo a su disposición.

Atentamente

Camilo Pedro Flores Padilla
Madrid, viernes, 6 de junio de 1975.

—Hijo, ¿qué estás haciendo? La máquina hace un ruido horrible a estas horas, con todas las ventanas abiertas —le reprendió con dulzura su madre.

La casa familiar de los señores Flores era un apartamento construido en los años cincuenta, con más de ciento sesenta metros cuadrados, ubicado en una octava planta, la última de un robusto edificio de ladrillos rojos que se encontraba en el paseo de la Habana, y con una terraza desde la que podía contemplarse medio Madrid de entonces. Y aunque el dormitorio del matrimonio se hallaba en la otra punta, más allá de la cocina, la madre había oído, lejano, el tecleo de la máquina de escribir rebotando en el aire cálido de la noche.

—Lo siento, mamá; ya he terminado. Necesitaba redactar esto cuanto antes.

—Está bien, hijo, pero no hagas más ruido: tu padre también se ha despertado.

Parte del encanto de aquella burguesía era esa modesta despreocupación que otorgaba el individualismo, semejante a la libertad. Mientras no se molestara al prójimo todo iba bien. Sin duda, una madre o un padre de clase obrera habrían reparado en que C. P. estaba atravesando algún tipo de desierto anímico; aquella misma tarde la madre de C. P. había llegado a prepararle un café, e incluso estaba dispuesta a llevárselo o mandar que la muchacha se lo llevara hasta su habitación, pero en ningún momento le había preguntado si tenía algún problema. Hacerle un café había sido un gesto cargado de la suficiente elocuencia como para denotar que si su hijo la necesitaba, ella estaría siempre dispuesta a escucharlo. Se encontraba dentro de lo normal que C. P. tuviera algún desvelo. Él era libre de hacer lo que quisiera. Era una casa de personas adultas, después de todo. La cuestión era respetar las normas de convivencia. Guardar el secreto con sus padres no estaba resultando

tan costoso como hacerlo con Margarita.

La semana transcurrió rápida, y C. P. visitó a su chica cada día, incluso asistieron al cine con una frecuencia inusual, dándose uno de esos atracones de vidas ajenas capaces de resucitar en el ánimo de cualquier mortal la sensación de que hemos vivido varias veces. Durante seis días asistieron en tres ocasiones a diferentes salas, y vieron una película en la que actuaba Paul Newman, cuyo título en español era *Con el agua al cuello*; otra francesa, probablemente de Truffaut; y la película de Milos Forman, *Alguien voló sobre el nido del cuco*, con la interpretación de un inspirado Jack Nickolson, basada en una novela de Ken Kesey. Al salir del cine, aquella misma noche, fueron a cenar a un modesto restaurante del centro y pasaron la noche en un hotel, por iniciativa de Margarita. La mañana del domingo aún desayunaron juntos en una cafetería donde un cierto y aparente grado de pasión los llevó a besarse a la salida, en mitad de la calle, entre la gente, y Margarita le pidió a C. P. una palabra de compromiso. Él le respondió que sí, que se casarían cuando él encontrara un trabajo.

—No será tarde —pronosticó ella—: un doctor en Geología con *cum laude* debería encontrar un buen puesto muy pronto.

—No, Marga; pero no vale que sea cualquier trabajo. Primero deberé curtirme con lo primero que me ofrezcan y luego vendrá el bueno, el que nos permita dar el paso, ¿no lo ves razonable?

Los pequeños discursos de C. P. escondían una oratoria de la nebulosa, de promesas aplazadas y verdades a medias. Su última pregunta había sido retórica y, por su parte, Margarita le había propinado como respuesta un hermoso gesto entre la pena, la incomprensión e incluso la displicencia, porque ella mantenía su orgullo y no era su papel el de casarse a cualquier precio con Camilo.

Unos señores desconocidos tocaron a la puerta una semana después de que C. P. metiera su sobre membretado en el buzón de la esquina, junto a la cafetería de ambiente marinero Josema. Sería cerca del mediodía. Tenían buena presencia, traje de corte rancio, uno de ellos, camisa azul el otro y sus pantalones de tergal color

beige. Sus miradas no transmitieron nada especial a la chica que les abrió la puerta. Ella nada más se secó las manos que traía todavía mojadas de la cocina en su mandil de algodón azul claro y les preguntó que qué querían, que los señores no estaban en ese momento. Ellos le preguntaron por el señor Camilo Pedro Flores Padilla. La muchacha les dijo que perdonasen un momento, entornó la puerta levemente, recorrió el pasillo, cruzó el saloncito intermedio, acondicionado para la lectura, donde lucían en perfecto orden el aparato de alta fidelidad, dos sillones de orejas, la lámpara de pie con tulipa de terciopelo y la del techo, de araña con cristal de Bohemia, y llegó hasta el dormitorio del hijo de los señores.

—Señor, dos caballeros preguntan por usted.

—Voy, Daniela: diles que enseguida voy —él, ni siquiera su hermana, era el único que tuteaba a la muchacha; era lo propio y estaba escrito en su ideario progresista, según el cual, y con razón, no había un hombre superior a otro ni a nadie le correspondía el espurio derecho a la superioridad, la alta jerarquía o la arrogancia.

Se terminó de vestir todo lo rápido que pudo y salió hasta la puerta donde le aguardaban los dos empleados de Repansa, según supuso él nada más verlos.

Trató de no mostrarse nervioso, pero C. P. experimentó un incomprensible azoramiento cuando miró a los ojos de esos caballeros. Se aproximaron, acortaron la distancia física, como si buscasen una mayor confidencialidad, pero también algo más, voluntaria o involuntariamente intimidando; y él tuvo el deseo de echarse dos pasos atrás, pero no podía hacerlo, así que trató de mantener su mirada y su cabeza firmes. No le era fácil y pensó si aquellos tipos habrían detectado el movimiento nervioso de sus ojos. De pronto se percató de que estaba forzando una sonrisa amable improcedente y que aquellos empleados de Repansa no mostraban ninguna empatía hacia su fingido, tal vez candoroso énfasis emocional. Los tipos se estaban limitando a dar una serie de instrucciones muy escuetas. No estaban siendo desagradables en realidad. ¿Por qué estás nervioso?, se preguntaba C. P. Se comportaban con la cortesía mecánica de un vendedor de anticuario, algo menos exquisita. Tal vez maquinal. C. P. volvió a ser consciente de que estaba conteniendo su respiración. Sus pulsaciones se encontraban ligeramente aceleradas.

Les quiso hacer pasar hasta el salón, pero ellos insistieron en que cogiera un equipaje elemental, lo más básico, que la compañía le proveería de lo necesario; que tomara algún libro, en fin, que embutiera en una maleta pequeña las pertenencias que considerara oportunas, y que saliera con ellos, que tenían un coche aguardándoles abajo. Ni siquiera hicieron especial hincapié en que portara consigo la documentación personal, su cartera, dinero, el documento nacional de identificación.

Regresaba de su dormitorio con el equipaje. Desde el hueco que dejaba la puerta entornada del apartamento pudo ver a los dos fulanos aguardando en el amplio rellano junto a la puerta del ascensor, estáticos como dos estatuas que hubieran clavado de espaldas a la pared. Al verlo, uno de ellos abrió el ascensor para que C. P. se introdujera, como urgiéndolo.

—¿No puedo esperar a mis padres? Me gustaría despedirme de ellos.

—Ya les llamará por teléfono.

Durante la cena de la noche anterior había coincidido en torno a la mesa con su hermana Carmen y sus padres, y sería aquella la última vez que los viera a todos. Tampoco volvería a ver nunca más a Margarita.

El coche era un SEAT 1500 azul con conductor. Uno de los hombres le abrió la puerta de atrás para que pasara, luego entró el otro y se sentó a su lado, y el que había abierto la puerta volvió a cerrarla y se acomodó delante, junto al chofer.

El automóvil recorría las calles de Madrid a una velocidad considerable, se movía entre un tráfico todavía inocente, sin grandes nerviosismos y con escasos semáforos, cuyos discos parecían emitir un color u otro exclusivamente con un sentido orientativo, no obligatorio, sobre todo el ámbar y el rojo. Los hombres que lo acompañaban no parecían muy dispuestos a darle conversación.

—¿Adónde nos dirigimos?

Intentó abrirla él mismo, con una pregunta bastante fácil de responder y que, sin embargo, no produjo una contestación inmediata. Se cernía en el interior del habitáculo, mezclado con el olor a nuevo que desprendían los sillones y el resto de materiales del vehículo, un silencio de patíbulo, levemente torturante, y para

zafarse de aquel ridículo principio de angustia procuró pensar en otras cosas, poner su atención en la gente de la calle, en los coches o el paisaje urbano que iban dejando atrás; pero cada poco su mente volvía a reparar en su verdadera situación y se preguntaba por qué se hallaba en aquel 1500, en dirección a un lugar que desconocía y que aquellos tipos no parecían muy dispuestos a desvelarle.

—Vamos a llevarlo hasta el hotel Barajas, donde lo esperan para una reunión. Pero no le podemos decir tampoco mucho más. Excepto que aquel señor de allí será su compañero de viaje hasta Londres —le respondieron de manera extemporánea, cuando él apenas recordaba su pregunta.

El coche había llegado a las afueras de la ciudad, en dirección al este, y se había detenido no muy lejos de Barajas, adentrándose por una avenida que conducía al extenso recinto aeroportuario, junto a unas naves industriales, talleres, almacenes o algo así. Resultaron ser hangares de avionetas próximos al aeropuerto. El tipo que hablaba a C. P. señalaba ahora con su dedo índice hacia el exterior, donde un hombre con camisa marrón parecía estar esperándolos junto a un portón de metal. El acompañante de C. P. abrió su puerta, salió del 1500 y saludó tajante al nuevo pasajero, le tomó el equipaje, una bolsa de deporte grande de color caqui, y la embutió en el maletero junto con la maleta que C. P. había prácticamente improvisado. El nuevo invitado se metió detrás, en el asiento del medio, a la derecha de C. P. Luego, el empleado antipático de Repansa volvió a su asiento haciendo hundir los amortiguadores del coche y dejando en el aire el eco breve de un portazo. El conductor aceleró y siguieron en camino hasta un hotel muy próximo.

—Buenas, ¿cómo estás? —saludó el nuevo pasajero.

El tuteo y su predisposición mucho más locuaz y humana que la de los otros acompañantes hizo que sintiera por aquel tipo algo desastrado un afecto inmediato e irreflexivo.

Reconoció en las facciones de su rostro una vida interesante, su barba a medio afeitar, su tez curtida por el aire, la disposición de las arrugas sobre el cutis, el gesto caído de sus párpados, todo parecía indicar un rastro de aventura que lo hacía atractivo. Ojos azulados, pelo despeinado, patillas y un cigarro sin filtro encendido entre sus labios.

—Con permiso —añadió antes de que C. P. pudiera siquiera devolverle el saludo.

Cruzó su brazo por encima de él e invadió su asiento, agarró la manija de la ventanilla y comenzó a darle vueltas hasta bajar levemente el vidrio y encontrar el hueco suficiente para poder arrojar por él su pitillo, que hizo saltar catapultándolo con la uña del dedo corazón.

—Buenas —respondió él, encantado por aquella familiaridad—. Me parece que viajaremos juntos y que tendremos que estar mucho tiempo conviviendo. No te preocupes, ya cierro yo la ventanilla.

—¿Eres tú Flores Padilla?

—Así es: Camilo Pedro, soy Camilo Pedro. Flores Padilla son mis apellidos.

—¿Camilo Pedro, eh? Qué tal si te llamo Camilo, ¿o prefieres Pedro? O los dos, no tengo problema; es solo por acortar.

—Sí claro, no te preocupes en absoluto. Puedes llamarme Camilo y ya está. Pues encantado —C. P. le estrechó la mano, que el tipo le dio ciñendo con fuerza la suya.

Aquel hombre conocía su nombre y apellidos; mientras él acababa su doctorado los demás habían sido informados de todo; ¿por qué él no sabía ni siquiera a dónde se dirigía? ¿Cuánto más sabría el recién subido al SEAT 1500 que él? ¿Qué información relevante y que nadie nunca le había transmitido podría conocer?

—¿Cómo te llamas tú?

—Soy Gregorio. —Seguían con las manos apretadas. C. P. volvió a observarlo detenidamente; le había parecido mayor, pero descubría ahora que se trataba de una persona tan joven e inexperta como él mismo.

El botones del hotel les indicó el acceso. Recorrieran un par de pasillos enmoquetados. Los tipos del 1500 habían desaparecido. Los muchachos se encontraron de pronto en una pequeña sala de sesiones con proyector de diapositivas, unas pocas sillas mirando hacia la pantalla y un par de señores trajeados que mostraron bastante simpatía hacia ellos. Eran directivos de Repansa, y se deshicieron en halagos tanto hacia C. P. como hacia Gregorio, que al parecer era un piloto de avionetas. Viajarían hasta Londres, donde recibirían algunas instrucciones y se unirían a un tercer joven geofísico inglés, y desde allí volarían hasta Indonesia con

todo el equipo. Una vez en Yakarta, Gregorio pilotaría la avioneta hasta la pequeña isla donde tendría lugar la primera exploración.

En ocasiones, los hechos más esperados tardan en producirse, hay una confabulación entre el tiempo y la fortuna (cuando no se ven favorecidos por los Estados y sus burócratas) que va contra nuestros proyectos más ilusionantes y, si no se llegan incluso a abortar definitivamente, sí al menos se posponen tanto que cuando los alcanzamos resultan ya disminuidos, han perdido su carácter esperanzador y se han transformado en un logro de menor rango. El auténtico logro que entusiasma no es el que nos proponemos y masticamos lentamente, sino aquel que nos depara la suerte a la vuelta de una esquina, el viraje repentino que nos sorprende tras una llamada telefónica o un visita inesperada; la noticia de un premio concedido, la asignación de un puesto o algún giro benéfico nos pueden estar esperando en el buzón cuando llegamos a casa, aunque también las mayores desgracias nos llegan de improviso; al fin, ignoramos si la buena y la mala fortuna no son sino caminos paralelos que en cualquier momento y por sorpresa se entrecruzan. Lo bueno se hace malo y lo malo bueno. En el caso de C. P., aunque los hechos fueron largamente gestados en despachos que él no conocía, el día que se encontró en el aeropuerto de Barajas sintió, y así lo recordaría siempre, que se producía la definitiva ruptura en la lógica de sus días. Se hizo cargo de que estaba inmerso hasta el tuétano en una aventura en toda regla; porque aunque la misión era eminentemente técnica, había que ser un idiota para no ver que todo iba adquiriendo sin saber bien por qué un cariz de encrucijada vital, transbordo en el destino, lance incierto, avatar, aventura, sí, aventura. La aventura subvierte las dos dimensiones en las que nos movemos los humanos, el tiempo y el espacio, y todo ahora iba demasiado deprisa y demasiado lejos. Los hechos se habían desencadenado de forma sencilla e inevitable, desde luego inesperadamente, porque aquella mañana, mascullaba ahora fumando en su cama del hotel, yo solo había ido para que me dijeran que era un doctor, tenía mis planes, Margarita, la solvencia económica, mi padre conectándome en algún lugar, o la propia universidad… pero qué podrías haber hecho, Cami, si tu director de tesis te comunica que te han otorgado el *cum laude*, y lo más importante es que te saca de un estante una carpeta con un

misterioso ofrecimiento laboral con sabor a espionaje industrial o alto secreto de Estado; nunca habías tenido un secreto hasta ese momento, pero te ruegan con capciosas admoniciones que no digas nada a nadie, ni a tu familia, ni a tu novia; aceptas la oferta; dos individuos un tanto crípticos e incluso vulgares te recogen de tu casa y, sin permitir que te despidas de tus padres o de tu chica, casi te raptan hasta un hotel; a mitad del camino conoces a uno de los compañeros que habrá de pasar contigo unas cuantas semanas encerrados, al parecer, en una isla inefable, y resulta que el tipo es una rara mezcla de detective pirado y aventurero que al final ejercerá de piloto; unos hombres de maneras corteses y vestidos de traje, los capitostes de una gran empresa nacional aliada con una importante compañía de petróleos británica, te dan una sucinta charla sobre tu misión: buscar indicios de petróleo, elaborar los primeros mapas y planos, pergeñar un incipiente estudio geofísico de la zona, indagar accesos, etc., en un lugar al parecer diminuto e innombrado en los mapas oficiales, al que, por si fuera poco, una extraña combinación de elementos geológicos y climatológicos —neblinas perpetuas en forma de anillos alrededor de la isla— había hecho invisible ante los ojos del ser humano durante unos miles de años, nadie sabía cuántos. Todo se veía embozado con un extraño tul de incertidumbre y exotismo y contenía los elementos precisos para comenzar una espléndida aventura.

La «inefable isla del petróleo», la llamaba con mofa el piloto, Gregorio. Con mofa y algo más; Gregorio no parecía muy contento con la idea de ir a buscar petróleo a una isla virgen. A C. P. esos asuntos sin embargo no parecían preocuparle demasiado. Eso sí, había agradecido a su compañero, además de su inicial calidez, su sinceridad sobre ciertas desafecciones con las petroleras y con el encargo que se les había encomendado en la isla.

—No me gusta lo que esta empresa se propone hacer. No me gusta para quién haremos todo este trabajo. Y no me gustan los ingenieros, tengo que confesártelo, amigo —le había espetado la noche anterior en la cafetería del hotel.

—Yo soy geólogo.

—No importa; tampoco me gustan los geólogos cuando están especializados en petróleo: son como ingenieros.

C. P. se había quedado sin palabras para responderle. La

confesión de Gregorio sobre la misión de Repansa y su filial británica le pareció valiente para un primer encuentro; pero algo estúpido manifestarle su relativa aversión hacia una empresa en la que sin embargo había decidido embarcarse.

—Y entonces por qué has accedido a este encarguito.

Gregorio se terminó de un trago su café y posó la pequeña taza, casi ridícula, sobre la barra. Miró a C. P. con los ojos escampados de quien posee la calma y la ironía suficientes como para ser él quien gobierna el flujo anímico de una conversación.

—Buenas noches, Camilo. Amigo, encantado de haberte conocido. No te tomes personalmente mis palabras contra los ingenieros; tal vez tú me caigas mejor. En realidad tienes aspecto de periodista más que de ingeniero. —Le revisó con descaro de arriba abajo.

—Ya, pero yo soy geólogo.

Camilo Pedro no llegó a saber si esta última y repetitiva cláusula aclaratoria había llegado a los oídos de Gregorio, que caminaba ya de espaldas a él. Aquella breve charla sirvió para descubrir que el piloto tampoco era un gran conocedor de lo que estaba por venir. Lo cual no le supuso a C. P. ni alivio ni especial zozobra.

Desde su habitación del hotel telefoneó por fin a sus padres. Pero qué podía decirles. De qué forma podía despedirse de ellos. Nadie le había indicado con qué tapadera revestir todo aquel tinglado. Les dijo que había encontrado un trabajo de formación en Londres. Que pasaría allí unas semanas. Sí, era una buena idea, porque lo primero era verdad: subiría en un avión para Londres en apenas ocho horas. Lo segundo era falso. En Londres pasaría unos días, incluso unas horas tan solo. Varias semanas las pasaría no en Londres, sino un poco mas lejos, en alguna isla sin nombre del océano Indico o Pacifico, ni siquiera conocía la ubicación exacta. Todo sucedía sin control por su parte, se sentía de algún modo manipulado. Su misión era tomar las pruebas necesarias en la isla, elaborar con ayuda de un geofísico los mapas de esquistos que apuntaran, bajo tierra, algún indicio de presencia de crudo. Incluso delinear los primeros mapas de relieve para posibles trazados de vehículos,

futuras plataformas, un pequeño poblado de explotación, buscar accesibilidades dentro de la isla en caso de hallar petróleo, hacer una inspección general de la zona. Telefonearía a sus progenitores y se despediría de ellos por unos días; tampoco preguntarían mucho más, acaso si llevaba suficiente dinero o por qué no había cogido una tarjeta de crédito de su padre. Les encargaría además que calmaran a Margarita si les llamaba, y que tomasen recado de cualquier otra posible llamada de amigos o compañeros de la universidad.

No se atrevió a dar ninguna explicación a Margarita, así que evitó telefonearla por el momento.

Desde el cielo, junto al pequeño ventanuco del avión, divisó el entorno pardusco y esquilmado del este de Madrid. C. P. se acordaba de Margarita al ver los edificios a lo lejos. Gregorio por su parte miraba con parsimonia cómo la azafata levantaba los brazos y los volvía a bajar, en una suerte de ceremonia aérea celebrada con hermosas sacerdotisas, mientras otra, detrás de ella, daba las consabidas instrucciones de vuelo a los pasajeros y les deseaba buen viaje; él, su compañero Gregorio, solo esperaba el momento de poder pedir un vaso de *whisky* y ver de qué color tenía los ojos exactamente aquella preciosidad que subía y bajaba los brazos en el pasillo del fuselaje.

En un Londres más nublado y frío aún de lo que había sido aquella extemporánea semana de Madrid, los fueron a recoger en una furgoneta roja para conducirlos hasta algún lugar de las afueras. Ni siquiera pudieron hacer un poco de turismo, porque unos hombres semejantes a los del hotel Barajas, aunque que más rubicundos, algo menos sonrientes y con mucho mejor inglés, suponemos, les dieron la bienvenida, les presentaron a su compañero, Robert Nielsson, y les desearon *good luck*. La mayoría de los ejecutivos de la petrolera desapareció. Nada más uno permaneció con los tres compañeros de viaje. Se fueron a cenar al impersonal restaurante del apartotel y

allí, más distendidamente, les transmitió los últimos detalles de su misión. Les extendió una serie de carpetas y papeles con indicaciones, mapas, planos, billetes de tren y de avión, reservas de hotel, tarjetas de crédito para los primeros días, códigos de transmisión por radio… Los tres, C. P., Bobby y Gregorio, confiaban un poco en el destino y en que los otros dos realmente supieran mejor de qué se trataba todo aquello. Ninguno de los dos técnicos, ni el geólogo ni el geofísico, aun cuando mostraran con forzados gestos de madurez un falso dominio de la situación, ninguno parecía estar muy avezado en casi nada. Gregorio era sin duda el más experimentado en general, y suponían que al menos sabría pilotar con pericia el transporte que los llevara desde Yakarta hasta la isla. Ese aire de indolencia rayana en la superioridad, su forma ininterrumpida de fumar cigarrillos sin filtro, su mirada errática pero firme cuando alguien se dirigía a él directamente, algún hechizo de su carácter hizo que desde el principio adquiriera unos ciertos ascendientes sobre los otros dos, mayormente sobre Bobby, quien no dejaba de observar al piloto mientras este cruzaba su conversación con un tercero, pero que rápidamente le apartaba la mirada si se cruzaba con sus ojos, en un movimiento de perezosa huida, casi de coquetería calculada.

Por su parte, los directivos de aquel extraño contubernio comercial entre la petrolera inglesa y la mucho menos importante compañía española daban por bueno el que aquellos muchachos inexpertos corrieran el riesgo de viajar hasta una isla que tal vez no existiera, montaran sus tiendas de campaña, tomaran sus medidas e hicieran sus primeros estudios topográficos, para luego enviar por radio la breve y suculenta noticia de que habían hallado prometedores indicios de grandes bolsas de petróleo, tal y como se sospechaba a juzgar por el cruce de dos premisas factuales: la situación geográfica del lugar y estudios realizados en tres islas supuestamente cercanas, donde ya se levantaban plataformas para una inminente explotación.

El Gobierno indonesio había cedido todos los derechos a la compañía británica Brip a cambio de pingües beneficios y sobornos. El consentimiento y las licencias oportunas incluían la mayor discreción de cara a la imagen internacional de la petrolera, y le permitía actuar a su libre albedrío en un archipiélago con unos

cuantos centenares de islas. De ellas, nueve eran islas con nombres propios, con una entrada en los índices cartográficos y la mayoría incluso contaba con cierto número de pobladores; pero había alguna que no aparecía aún en los mapas, como se ha explicado más arriba, debido a su extraña situación geográfica y su particular climatología (a su alrededor se forman una serie de anillos de nubes que nunca permiten navegar con un mínimo de visibilidad en esa dirección), por dejar de lado también otras razones atribuibles a explicaciones de carácter esotérico o simplemente magnético. Solo uno de esos satélites modernos que comenzaban a pulular por la órbita terrestre había permitido la especulación de su existencia al localizar algo parecido a una isla en esa área. Ahora, un doctor geólogo novato, un geofísico inglés aún más joven, recién licenciado, tímido como un cordero y con una inexperiencia supina, pues lo único que sabía era manejar un par de complicadas máquinas, y un tipo sin nada que perder con aspecto de aventurero perdedor y licencia para conducir avionetas y helicópteros, tratarían de aterrizar de alguna manera en esa hipotética parcela de tierra y algo mas en medio del océano Índico. Nadie, absolutamente nadie les había advertido de que viajaban en busca de una isla solo probable. Pero aquella gente, con su ambición, su fe en el progreso y su positivismo, les habían llegado incluso a dar el nombre de la isla y a incluirla en unos mapas que solo manejaban ellos, porque ellos se los habían inventado, en los que se encontraba, nítidamente delineada, la isla de Serolf. Aquella cartografía recompuesta con una mixtura de realidad y suposiciones basadas en las imágenes tomadas por precarios satélites novatos, era la única que llevaban, ignaros, los tres muchachos; porque, al fin, no eran otra cosa.

V

Algún lugar del océano Índico, verano de 1975

El trayecto desde Sumba[1] estaba resultando demasiado largo. No podrían volar muchas millas más con el combustible que quedaba en el depósito del hidroavión, cuyo exceso de carga ponía a prueba hasta el extremo la versatilidad del aparato; aunque bien era cierto que el día no podía haber amanecido más espléndido para el viaje. El cielo los rodeaba como si flotaran en un abismo de sueños azul turquesa. Algún jirón repentino, nubes blanquecinas les rozaban las alas o surgían en lontananza como velos nupciales en el aire que tan pronto aparecían como se esfumaban. Gregorio pilotaba con notable seriedad, y a su lado, como copiloto neófito, lo acompañaba C. P., cuyos pensamientos se habían quedado aletargados, anestesiados por el ronroneante y monótono sonido del motor y el viento azotando los resquicios de la nave. Detrás, embutido en un exiguo asiento central, viajaba Bobby, con sus ojos bonachones y algo helados, como si escondiesen algún dolor o alguna resignación inconfesables, azules como el cielo; su pelo rubio, casi blanco, se mecía levemente por alguna corriente

generada en el habitáculo.

—Deberíamos llegar ya. Si no —aseveró Gregorio con autoridad de capitán—, tendremos que amerizar en cualquier parte, pues el agua está como una balsa, coger de atrás algún bidón de combustible y cargar los depósitos un poco; vamos muy escasos de sopa.

—¿Es preocupante? —gritó en un inglés perfecto Bobby desde atrás, mirando la sien de Gregorio asomando por la orejera de cuero de su casco anticuado de piloto.

—No. Pero…

La confianza de Bobby en Gregorio había sido manifiesta desde el primer día. Se apoyaba en él cuando le faltaba seguridad, y lo cierto es que Gregorio nunca le había propinado una respuesta cortante o displicente. C. P., por el contrario, se mostraba esquivo con el inglés, cuyos orígenes, atestiguados por su apellido, eran escandinavos. Bobby no parecía demasiado interesado en conversar con el geólogo, aunque chapurreaba el español, y C. P., aunque hablaba suficiente inglés como para mantener una pequeña charla, había escogido los monosílabos para dirigirse a él. Así que el idioma no era la barrera. Una tácita rivalidad universitaria entre ellos era la hipótesis de Gregorio para explicar aquella obvia frialdad entre sus compañeros; él se había apercibido de que ambos evitaban el encuentro mutuo y lo usaban a él como intermediario y mensajero; pero erraba en sus apreciaciones psicológicas: no había ninguna rivalidad académica o técnica.

El primero que divisó las extrañas formaciones brumosas a lo lejos fue él. Eran unos anillos de nubes, tal y como lo habían descrito y representado en las diapositivas del hotel Barajas. Si su intuición no le engañaba, aquellos anillos formados por densos cúmulos anacarados significaban que detrás se encontraba la isla de Serolf, su objetivo.

—… ¿Veis aquello, veis aquellas nubes…? Allí, adelante y abajo.

Bobby se desabrochó el cinturón, que le caía sobre los dos hombros a modo de anchos tirantes y se inclinó hacia adelante todo lo que pudo; C. P. salió de su letargo y miró también a través del metacrilato de la cúpula. Muy lejos aún pudieron divisarlas.

—Son los famosos anillos de nubes que ocultan la isla. Supongo —relativizó Gregorio—. Al menos eso nos mostraron en las

diapositivas.

—Es un espectáculo alucinante —apreció Bobby según iban acercándose.

—¿Estás seguro, Gregorio? —preguntó C. P.

—Como dijo no sé quién, no hay nada que sea seguro excepto la muerte y los impuestos.

C. P. sonrió ante la chanza del piloto y siguió contemplando a través del parabrisas cómo se acercaban a los anillos. Resultaba un fenómeno atmosférico de lo más extraño. Nadie podría pensar que detrás de esas masas de nubes anulares y tan blancas se encontrase ninguna isla. Ellos, sobre todo C. P. y Bobby, tenían la certeza porque así les habían suministrado la teoría. Gregorio, guiado por su natural recelo, se mantenía incrédulo. Su mayor experiencia en la vida lo había hecho escéptico; pero en ese momento ni creía ni dejaba de creer en la existencia de la isla. Simplemente hacía descender el hidroavión con cierta maestría, porque de cualquier forma, hubieran encontrado las coordenadas o no, era momento de parar y llenar el depósito. Poco a poco fueron perdiendo el horizonte gaseoso, etéreo e infinito de un cielo turquesa. Se iban acercando a las densas formaciones de nubes más y más, hasta que se echaron encima de ellas y perdieron por completo la referencia del horizonte; se sumieron en la neblina. De pronto, al tiempo que traspasaban la densidad brumosa, el aparato comenzó a agitarse como lo podría hacer una furgoneta sin frenos en medio de un camino pedregoso. Las turbulencias fueron acrecentándose. C. P. sentía un cierto goce inexplicable con aquella pérdida de control ante las fuerzas de la física. Siempre le había sucedido: cualquier situación de riesgo le hacía aumentar la sensación de placer, no porque no le importara morir o sufrir un accidente, llegado el caso, sino por sentirse único en ese instante. Su rostro adquiría las notas de la emoción y se preparaba para actuar. Bobby era más realista en ese sentido, y experimentaba un miedo bastante desagradable que lo mantenía sumergido en su sillón, donde volvió a abrocharse el cinturón de seguridad. Sus manos agarraban con fuerza el borde de su asiento y sus pupilas negras ofuscaron el impávido azul de su mirada. Gregorio trataba de no perder el control del aeroplano por completo y mantenía cierta fuerza de propulsión en las hélices para no quedar bajo el influjo de un viento tornadizo soplando en todas

direcciones.

—¡Agarraos bien, me cago en la puta! —rompió el silencio.

La visibilidad era nula. Una espesa niebla casi fosforescente los rodeaba, como si subieran con un coche por el más cerrado puerto de montaña. Podían imaginarse que detrás de una de esas nubes que atravesaban sin solución de continuidad se iban a estrellar contra una inmensa roca, o que se hundirían entre las aguas ahora oscuras del océano. Solo Gregorio sabía que esa segunda posibilidad era remota, porque los grandes flotadores de la nave les mantendrían como un corcho insumergible adheridos a la superficie. Sin embargo, el golpe podría ser tan fuerte que aquel cacharro se partiese por algún lado o se ladease hasta dar la vuelta por completo. Tal vez una de las alas se partiera en dos. Los movimientos de la nave se llegaron a hacer tan bruscos que C. P. se golpeó contra el borde de la cúpula. Su frente comenzó a sangrar y un sabor metálico le llegó hasta el paladar. Nadie más que él se había apercibido del percance. Gregorio tenía bastante con lograr mantener sus manos sobre los mandos del aparato. Si cedía gas y hacía perder la propulsión de la nave se irían a la deriva en medio de aquellas turbulencias, y si mantenía estable la velocidad las probabilidades de chocar con algún obstáculo o amerizar mortalmente eran bastante altas. No había una solución intermedia. El mar se encontraba allí, bajo la panza del aparato, esperando ansioso poder convocarlos a su centro frío, y eso era seguro. Lo único que parecía razonable era mantener constantes todos los parámetros de vuelo, la altura, la dirección, la velocidad, e implorar a los dioses de Saint-Exupéry que ningún obstáculo se interpusiera en su trayectoria.

Como quien despierta de su peor pesadilla y con la misma brusquedad con que habían atravesado la pared de nubes para entrar en la densidad de los anillos, el hidroavión se estabilizó y salieron a un espacio de luz esplendente. Se encontraban a escasos metros de un mar translúcido y en calma, el cielo era ahora de un azul más denso, más material, más cierto, menos gaseoso, y frente a ellos, a una milla escasa de distancia, una masa de tierra verde se levantaba como una imponente alucinación. ¿Se habían salvado de las turbulencias o habían muerto y se encontraban frente a las puertas del paraíso? Ninguno lo creía. Durante unos segundos se

quedaron mudos ante el espectáculo. El aeroplano tuvo que bajar nada más unos metros hasta rozar el mar y dejar una estela blanquecina sobre las aguas. Los motores redujeron su marcha y la nave comenzó a perder velocidad rápidamente. Frente a ellos se levantaba un acantilado rocoso de unos 30 metros de altura, sobre el cual se podía divisar, como erizada, una densa maraña de selva tropical que parecía descolgarse de las rocas como una cabellera de fertilidad. Gregorio se disponía a ir rodeando la isla hasta encontrar alguna playa pequeña, algún golfo, algún entrante arenoso por el que poder penetrar al interior. Esperaba encontrarlo con el combustible que todavía quedaba en el depósito. Todos permanecían en silencio. C. P. sentía un cosquilleo en el estómago semejante al que producen las oleadas del orgasmo, si de menor intensidad, mucho más tenaz. Igual que si llevara sin respirar varios minutos, tomó involuntariamente una ráfaga intermitente de aire hasta llenar los pulmones y expulsar en una profunda bocanada un suspiro de satisfacción. A Bobby se le volvieron a contraer las pupilas y el azul de sus ojos brilló de nuevo. Muy en silencio, como en sordina, emitió un *oh my God* que respondía, más que a la real apelación de entidades supremas, a la suerte de haber salido de aquellas nubes con vida y a la sorpresa de una imagen que nunca podía haber imaginado. Los tres, también Gregorio, se encontraban inmersos en una emoción que los dejaba sin aliento. Era tan hermoso. Pero al mismo tiempo los tres comenzaron a pensar que habían cruzado una barrera más poderosa que la del sonido, que habían pasado una frontera semejante a la de la muerte, que aquel lugar, intuyeron con claridad cartesiana, cambiaría para siempre sus vidas. Además, no imaginaban que nadie pudiera ahora encontrarlos. Dependerían de su hidroavión, afortunadamente en perfecto estado, para regresar de nuevo hasta Sumba u otra isla cualquiera donde los indicios de civilización fueran más evidentes. A Bobby se le ocurrió tener otra intuición, rompió el silencio, ese vacío sepulcral que, tras el amerizaje en la isla, se había hecho hueco entre el ruido de los motores al ralentí, ese mutismo transido de vagas emociones difíciles de expresar:

—No creo que nadie haya pisado nunca este lugar antes que nosotros —dijo.

—Ni nosotros lo hemos hecho aún —respondió sarcástico C. P.

Gregorio no quería imaginarse protagonista de ninguna Odisea del mundo contemporáneo, de ninguna aventura robinsoniana y por tanto absurda, así que apostilló, guiado nuevamente por esa carga escéptica algo chulesca:

—No dudes que sí, Bobby, no hay un lugar sobre la tierra que no haya mancillado el ser humano.

El hidroavión buscaba un lugar por el que acceder al interior, como un animal amarillo husmeando la costa en busca de guarida, y soplaba por las hélices, que seguían girando en el aire limpio y manso de la isla y producían una corriente que provocaba leves ondas en el agua.

—¡Allí! Allí parece haber un buen acceso —advirtió C. P., a sabiendas de que el piloto se encontraba bordeando aquella parte de la isla con el propósito de hallar un hueco donde varar la nave.

Una ridícula bahía se abría contra el farallón y al fondo se descubría el milagro de una playa de arena tostada, casi invadida por el borde de la selva. A la derecha, se podían ver una serie de cuevas de distintos tamaños. Una de ellas, la más grande, parecía haber sido imaginada para albergar un hidroavión recién llegado. Gregorio viró hacia el improvisado hangar y tras una escueta maniobra paró el motor para descanso de todos. Se desabrochó el cinturón, igual que hicieran Bobby y C. P., y empujó su portezuela. Imitó su acción por la parte derecha C. P., que salió hasta el reposapiés mientras se agarraba a uno de los bastidores del ala. Se quitaron los cascos. El primero en saltar hasta la arena fue el piloto:

—¡Esto es la hostia! —gritó—: ¡yuuuuuuuuuuuu! —y se precipitó en el aire hasta la arena.

Desde arriba, los otros dos no pudieron evitar sentirse contagiados por la emoción. Esbozaron una amplia sonrisa de alborozo. Bobby se lanzó por donde lo había hecho Gregorio.

—¡Yeaaaaaah!

C. P. tuvo que volver al interior de la cabina, saltar al asiento de Gregorio y salir por la puerta izquierda, que era la que daba directamente hacia la arena.

—¡Allá voy! ¡Dios mío!

Los tres se miraran unos a otros con una mezcla de exultante alegría y un asomo de duda de carácter misterioso; de pronto su presencia allí les pareció algo extravagante, sin sentido. Llevaban a

cabo una misión entre técnica y comercial, en ningún caso científica, para una petrolera que les compensaría con una retribución económica desatinada: en un mes irían a percibir los mismos emolumentos que percibía un ejecutivo durante dos años de trabajo. Además, les aseguraban su futuro en la compañía si ellos lo querían. Pero al estar allí, al saltar a la arena de la playa y divisar aquello, toda su percepción de la realidad se les trastocó. ¿Dónde estaban sus jefes para vigilar el trabajo desempeñado? ¿Dónde podrían fichar cada mañana para el control cotidiano que toda administración empresarial requiere ejercer sobre sus empleados? ¿Quién los vigilaba? De todas las aprehensiones que comenzaron a padecer, ninguna mayor y más palmaria que la de sentirse fuera del control de la civilización. La siguiente sensación era la de una soledad inminente en medio de un nuevo entorno demasiado exuberante e inefable. Dieron media vuelta y se quedaron contemplando aquella selva promisoria, la arena de la playa, el pequeño horizonte de masa verde por el lado izquierdo (pues la acechante frondosidad de los árboles no dejaba ver más), al fondo, más allá, se levantaba el terreno y formaba una primera fila de montes, a los que seguía una segunda hilera, como una inmensa moqueta de vegetación. Hacía calor, el sol golpeaba con fuerza la isla y una ligera brisa llegaba desde el océano. Les invadía un aroma mixto de mar, raíz podrida y arena caliente. Perdido ya en el recuerdo el traqueteo de los motores, que les había dejado los oídos zumbados con cierto aturdimiento y el cuerpo con una incómoda vibración que poco a poco se había ido esfumando, comenzaron a percibir el eco de un millar de aves, el sonido de alguna ola que chocaba contra las rocas y otros sonidos provenientes de la jungla que no llegaban a identificar. Gregorio interpuso entre todas aquellas primeras sensaciones que estaba experimentando el pensamiento más racional, aunque muy fugaz, de que si en verdad encontraban indicios de la existencia de petróleo en la isla toda aquella belleza primigenia sería lamentablemente ultrajada por la codicia de unos pocos. Le parecía una monstruosidad. Realmente Bobby estaba en sus cabales al pensar que aquel pedazo de tierra milagrosa en mitad del mar parecía estar virgen de toda ocupación humana. C. P. pensaba que hasta no reconocer el lugar con ayuda de los medios técnicos que poseían no podrían adivinar con certeza

dónde se encontraban. Él estaba dispuesto a pinchar la tierra, medir distancias y declives, buscar posibles accesos para las subsiguientes expediciones, calar la orografía para encontrar zonas de esquistos, elaborar sus mapas, extraer toda la información posible sobre las características geológicas del subsuelo mediante el estudio de los lechos sedimentarios y, por qué no, tal vez hallar afloraciones de crudo que les indicasen de forma clara y meridiana la existencia del preciado oro viscoso y negro. Después de todo, la mayor parte de los yacimientos del mundo habían sido descubiertos por presencia de petróleo que sube presionado desde el fondo hasta la superficie después de haber atravesado zonas porosas de la corteza terrestre. Valía cualquier método para intuir la presencia de bolsas de gas o petróleo bajo la tierra. Si había petróleo resultaría un negocio pingüe para su compañía. Le gustaba la isla, no adolecía del incurable mal de la insensibilidad, ni tenía mayor interés en ver todo aquel mundo invadido por el hormigón de unas cuantas plataformas de explotación, hierros, cemento, construcciones deformes y algunos petroleros amarrados en un puerto repentino; pero no se planteaba el asunto como algo tremendo. Era simplemente una posibilidad entre otras muchas. Si era porque el progreso lo necesitaba, él no era quién para plantarle cara a la realidad. Por su parte, Bobby parecía impactado con una fuerza extraordinaria. Apenas hablaba. Su respiración era algo jadeante. Se metió las manos en los bolsillos de su pantalón verde caqui, como el que más o menos todos vestían, y se quedó con esa sensación de sinsentido y absurdo que a los tres aquejaba por igual. Casi de vacío. Un repeluzno de miedo le recorrió el cuerpo desde la rabadilla hasta la nuca, atravesándole la espalda hasta el pecho. No supo bien por qué. El sol comenzaba a perder su intensidad con sutileza y se teñía de un ligero e incipiente tono cárdeno. Aquel brote de temor cerval no encontró ninguna explicación. Quizá la caída de la luz.

—Deberíamos ir pensando en coger las cosas e instalar el campamento provisional para pasar la noche —C. P. asumió el papel de organizador—; el sol declina y no quedará mucho de tiempo de… —miró hacía el ocaso y luego hacia Gregorio, como interrogándole.

—Un par de horas de luz, tal vez dos y media si el resplandor es

suficiente —confirmó este, refiriéndose al margen de tiempo que les quedaría hasta el anochecer.

—Pues eso. Un par de horas. No nos queda tanto, y yo tengo hambre.

—También podríamos montar el campamento provisional en la playa y adentramos mañana para comenzar a buscar un lugar. Supongo que será más adelante cuando vengamos por las máquinas y el resto del equipo.

—Sí, claro; es a lo que me refería, sin duda. Vayamos por lo indispensable ahora, ¿os parece? —remató C. P.

A sus compañeros les pareció un plan razonable.

—Y tendremos que cenar algo —dijo Bobby, quien, sin duda, no había entendido al completo las palabras de C. P.

El lapso del resplandor crepuscular que suele preceder a la noche había transcurrido con una fugacidad descorazonadora y, como si alguien hubiera cortado las poleas de un oscuro telón, al momento de caer el sol por el horizonte, la luz enmudeció de súbito; aquella maraña de vegetación había deglutido al astro rey con una voracidad de agujero negro. Las estrellas brillaban en lo alto. C. P. abrió la lona y salió a desahogar la vejiga. Detrás de sí percibió la oscuridad y los sonidos provenientes de la fronda y, más lejos, el eco hueco de los acantilados; frente a él, el océano apenas intuido y casi mudo. Sintió algo semejante al miedo, miró hacia la tienda de campaña provisional donde pasarían la noche. A través de la lona podía atisbarse la lámpara de gas encendida y corrió hacia ella, atraído por el íntimo y familiar espacio donde aguardaban sus compañeros. No soplaba ahora una brizna de viento. Sonaban una especie de monos en la lejanía, tal vez otros mamíferos, quizá aves noctívagas, unos chillidos penetrantes que inundaban el espacio oscuro de la jungla Mientras trataban de mantener una conversación amistosa y tomaban unas botellas de bebidas azucaradas dentro de la tienda, se percataban de que todo aquello que los rodeaba los sometía a una especie de nuevo nacimiento. Aquella tienda de campaña era un útero con tres indefensos seres a punto de eclosionar; un capullo luminoso en el borde de la nada; un

huevo rodando hacia el abismo. No conocían el nombre del lugar, aunque sospechaban con vaguedad que era la isla de Serolf; los árboles que habían visto al llegar, y que ahora se habían convertido en sombras y fluorescencias a la luz de las estrellas, eran para ellos sencillamente árboles, no pinos ni robles, ni castaños: árboles, sin más denominaciones específicas; únicamente acaso algunos de los ejemplares de la costa les parecían simples palmeras. Los sonidos que llegaban hasta sus oídos, incluso los olores, todo les era ajeno, excepto el cobijante espacio del campamento provisional donde se encontraban rodeados de pequeños enseres que les resultaban familiares y sus propias voces, que los ayudaba a mantener viva la sensación de realidad.

VI

Bobby, por favor ¡lánzame la caja para arriba! —gritó Gregorio desde lo alto de la roca.

Tras una pesada caminata en busca de algún lugar donde instalarse de forma más definitiva, habían hallado un claro de hierbas altas en la parte sureste de la isla. Aquel espacio despejado y herboso se encontraba cerca todavía de la escarpada bahía por donde habían penetrado y lejos de la primera línea de montañas. Hacia el centro aproximado de aquella especie de pradera rodeada de jungla, por la que cruzaba un estrecho y rápido arroyo, se erigía con apariencia fantasmal un monolito, una formación rocosa de unos ocho metros de altura. C. P. propuso instalar la radio cuanto antes y establecer contacto con el centro de operaciones en Yakarta. Albergaban algunas dudas sobre que aquel pesado transmisor de radio fuera a funcionar. La instalación no era demasiado complicada. Por el momento, habían encontrado un lugar aparentemente bueno donde colocar la antena. Una primera exploración por la isla y un primer logro. El optimismo encontró un hueco entre la extrañeza.

Esperaban poder confeccionar los primeros mapas de acceso a la isla y comenzar de forma paralela con las resonancias magnéticas en busca de estratos de esquistos que pudieran conducirlos hacia los primeros indicios sobre la existencia de petróleo. Y esperaban poder trabajar rápido, recorrer la mayor parte de aquel lugar y hacer un trabajo bien hecho para allanar el paso a la próxima expedición.

Ahora habían encontrado el lugar donde desplegar sus pertrechos, levantar el campamento definitivo y poner en marcha el generador y la radio. Irían informando día a día de sus progresos a la central de Yakarta, y desde allí toda la información pasaría a Londres. La base de la antena la había incrustado C. P. con unos clavos de acero galvanizado de más de diez centímetros de largo en lo alto de la roca. Aquella base metálica parecía estar bien firme para aguantar la estrecha torrezuela de hierro que subiría como un pararrayos y cuya punta alcanzaría sobre sus cabezas, contando con los ocho de la roca, una altura máxima de unos doce metros. En lo alto del mástil, antes de ir ensamblando una pieza con otra entre Gregorio y C. P., ataron un trapo negro a modo de estandarte; era la bandera de la comunicación. Aquel logro lo habían vivido como si hubieran puesto un pie sobre la superficie de la luna o hubieran clavado la enseña castellana en las cálidas arenas de La Española. Ahora les parecía que todo estaba más controlado, que la aventura de ambiente enrarecido adquiría visos de una verdadera misión occidental y civilizada. Desapareció incluso aquella sensación que había experimentado C. P. de que nadie podría establecer sobre ellos ninguna clase de control burocrático. De pronto, y a medida que avanzaban en el despliegue de su acantonamiento, fueron despejándose las dudas; las incertidumbres y cierto temor en la noche anterior, provenientes de la parte irracional de su cerebro, parecían estar disueltos ahora en un perfecto desarrollo de acontecimientos racionales y técnicos. Aún les quedaban muchas horas de luz. El calor se comenzó a hacer sofocante, y llegaron a clavar sobre la tierra los pilares de dos metros de altura del futuro campamento, e incluso colocaron la lona principal por encima, sin fijar aún cada una de sus pestañas en la estructura que haría de tejado. Bajo aquel toldo todavía provisional se resguardaron del calor tórrido y húmedo de la tarde ecuatorial y se dispusieron a tomar una colación y beber un café frío. La radio estaba conectada a la antena. Para poder decir que se hallaban en situación de trabajar confortablemente, solo necesitaban ponerla en marcha después del almuerzo y con ayuda del generador eléctrico; terminar de levantar el campamento con sus subdivisiones internas y ordenar un poco lo indispensable.

Su única protesta era en ese momento el calor aplastante y el

canto ensordecedor de algún tipo de insecto. Aquellos signos no eran sino el preludio de unas nubes que llegaron, fuera del síntoma del bochorno, sin más previo aviso. Y llegaron para oscurecerlo todo, como si se hubiera echado la noche encima o hubiera acontecido un eclipse apocalíptico de sol. El viento comenzó a levantar el toldo por los aires y lo tiró al suelo unos metros más allá, en las proximidades del arroyo, dejando a los tres hombres mirando hacia el cielo ennegrecido. Unas primeras gotas del tamaño de un testículo les golpearon la cabeza, preludiando un aguacero de los que Gregorio había escuchado podían llegar a arrastrar consigo, junto con la caída en tromba de grandes cantidades de agua y barro, toda clase de pequeños animales, como ranas, lagartijas, tritones, y huevos de pequeñas aves, insectos y renacuajos. La roca culminada por la antena no les serviría como refugio donde guarecerse, todo lo contrario, temían que algún rayo fuera atraído por el metal, así que corrieron hasta el borde de la jungla para buscar un lugar seguro. Fue una huida irreflexiva, porque el agua era una cascada inmensa que se derramaba desde un cielo negro, como un abismo quebrado, bajo cuyo telón acuático se había perdido la visibilidad; el viento apenas los dejaba avanzar, echándolos hacia atrás con una intensidad brutal, y C. P. temió por un momento levitar en el aire, comenzar un vuelo involuntario e ir a descender como un meteoro al otro lado de la isla o en mitad del océano. ¿Cómo no iban a caer ranas, lagartos o renacuajos, pensaba Gregorio? Pronto se encendieron en el pozo oscuro de los nubarrones los primeros rayos, a los que siguieron con pasmosa inmediatez unos truenos que dejaron sin respiración a los tres hombres. Apenas habían llegado hasta el interior de la selva, donde la lluvia se deshacía en gotas más pequeñas tras su ruptura contra la bóveda tupida de los árboles, cuando un rayo los cegó y el ruido sobrehumano del trueno hizo temblar la tierra bajo sus botas. Gregorio se dio media vuelta, condujo su mirada hacia la zona del campamento y se cegó con la visión de un inmenso y estriado haz de luz que colgaba del mástil metálico de la antena. Si hubieran permanecido en sus inmediaciones, habrían muerto como tres torreznos.

—¡Joder: la radio! Y todo. Hemos abandonado todo allí. No sé qué va a pasar —gritó Gregorio—: se nos va a achicharrar la radio.

—¿Qué coño querías que hiciéramos? —preguntó C. P., y con razón.

Bobby solo los miraba con sus ojos de hielo. La palabra «achicharrar» sobrepasaba con mucho sus más que rudimentarios conocimientos de lengua española, pues aquella frase la pronunció Gregorio en un perfecto castellano.

C. P. siguió con sus interrogaciones retóricas:

—¿Querías que hubiéramos escrito a nuestras madres una carta explicando la tormenta que se avecinaba? Vamos, Gregorio… Nosotros mismos podríamos estar socarrados por ese maldito rayo si hubiéramos permanecido cerca de la antena.

El fragor de la tormenta, el agua sacudiendo con violencia la jungla, los truenos danzando en derredor, no les dejaban apenas escuchar sus voces. Para entenderse tenían que hablar a gritos. Estaban empapados como si hubieran permanecido durante horas bajo la lluvia. Se echaron al suelo en un último acto absurdo por intentar esconderse bajo tierra. Cayeron abrazados contra la hojarasca encharcada. Gregorio volteado hacia otro lado, el rostro de Bobby y el de C. P. quedaron pegados frente a frente a un dedo de distancia, se miraron a los ojos y Bobby le besó en los labios. Primero fue un roce. Y, sin que Gregorio se apercibiese de nada, terminaron besándose a bocajarro, como caía la tempestad, empapados, abandonados al agua templada que los inundaba y a su propia saliva.

En aquel lugar todo parecía ser extremo e imprevisible. Todo llegaba o desaparecía con la misma brusquedad. La lluvia amainó un punto y acto seguido había desaparecido la tormenta. Se levantaron. Las manos de C. P. y Bobby se tocaron un instante, pero C. P. apartó la suya con el violento impulso de una abjuración repentina. Todo había sido un error.

—Vamos a ver qué ha quedado de nuestras cosas, chicos. Esto va a ser un desastre —pronosticó el piloto.

C. P. había pensado muchas veces en Margarita durante el viaje. Pero ahora sentía una presión fortísima que le oprimía el pecho y la imagen de su novia le venía encima como otra tormenta del alma. Deseó poder contarle de inmediato lo que estaba pasando allí, pero permanecería al menos unos días preso en la isla del petróleo por culpa de su ambición o simplemente de su cobardía. No podía

concentrarse en la palmaria, mucho más urgente y real gravedad de los hechos, no podía siquiera preocuparse por una posible pérdida de la mayor parte del material que habían llevado hasta la isla, no le aquejaba la duda de su propia supervivencia, porque en su cabeza viraba incesantemente la rueda pinchuda del arrepentimiento. Como si hubiera hecho algo tan terrible. Margarita, su habitación, el olor a café recién hecho entrando por el quicio de su puerta; su madre. La apacible vida en Madrid, sus planes de una existencia burguesa y confortable, ¿dónde estaba el Camilo Pedro de toda la vida? El que se jactaba de ser un hombre práctico y, aunque de convicciones políticas y éticas progresistas, siempre con las ideas claras sobre cuáles eran sus verdaderos intereses. Su mundo se acababa de derrumbar, y tardaría unos días en ajustar las cosas dentro de sí; pero de pronto, otra vez ese C. P. pragmático afloró de alguna parte, comenzó a sentirse otra vez fuerte y decidido. Se echó el alma a las espaldas.

Empapados y aturdidos por la breve pero intensa advertencia de la naturaleza llegaron hasta el monolito, chapoteando con esfuerzo entre un terreno convertido de pronto en aguas movedizas. Gregorio, frente al despojo de campamento, la radio quemada, lo mismo que el generador, las mochilas flotando con todo el material eléctrico y parte de la comida no envuelta desecha entre los charcos, frente al pequeño gran desastre, les miró fijamente y se mostró incapaz de decir nada, ni siquiera emitió un sonido, ninguna otra expresión que la de su rostro demudado.

C. P. habló entonces, miró a Gregorio, clavó con firmeza sus ojos en los de Bobby, para terminar esbozando un leve rictus de ironía:

—No tenéis por qué preocuparos. Os lo aseguro. No hay nada que no tenga solución, excepto la muerte y los impuestos —bromeó incluso, ironizando con el adagio de Gregorio.

Este agradeció que su compañero hubiera relativizado la tragedia y se hubiese tomado así las cosas. No se esperaba esa reacción de alguno de ellos. Bobby, en cambio, permanecía circunspecto, pero al final sonrió:

—Bien. No pasa nada Vamos a ver qué podemos hacer con todo esto.

—Primeramente poner todos esos cartones de tabaco a secar sobre la roca.

—¿Te preocupa más el tabaco que la comida? —repuso Bobby a Gregorio.

—Veremos qué se puede recuperar de todo este maremágnum. Y a pesar de todo, amigos, puesto que no hemos venido a otra cosa, debemos ponernos manos a la obra, si el material lo permite; aunque no podamos contar por el momento con la radio…

—Ni creo que vayamos a poder contar con ella nunca —apostilló C. P.

—… si se han salvado vuestros artilugios para hacer los mapas en busca de petróleo —prosiguió el piloto, sin tener una idea clara de lo que técnicamente debían hacer sus compañeros—, habrá que intentarlo. Después de todo, si durante unos días no podemos establecer contacto con Yakarta, podremos hacer un viaje y regresar de nuevo.

—Si nos esforzamos un poco y el material funciona podremos esbozar unos primeros mapas de la zona sureste de la isla, recoger todo y marchamos a comunicar personalmente nuestros resultados.

Bobby quedó un poco al margen de la conversación.

—¿Qué piensas? —curioseó Gregorio.

—No sé si el material[2] funcionaré; es posible que hay aparatos que mantienen secos —respondió el chico rubio.

Parecía que con el tiempo la relación entre ellos había ido mejorando. La necesidad y un nada desdeñable grado de inteligencia les había hecho unirse desde aquel momento más que nunca. En mitad de la jungla aislada, cuando después de la tormenta había regresado el sonido atronador de los insectos, el canto penetrante de pájaros sin nombre u otros seres que aún no habían podido descubrir, en ese instante en que todos quedaron con su sonrisa puesta los unos en los otros, se apercibían de que solo se tenían a ellos mismos. La sensación de extrañeza e incertidumbre regresó, pero al menos se había producido una misteriosa solidaridad entre los compañeros.

VII

El humo del cigarro obligaba a Gregorio a cerrar su ojo izquierdo, a retorcer los labios y a adoptar una mueca ligeramente aviesa. Tenía las dos manos sobre aquel tubo metálico que entre él y Bobby mantenían clavado dentro de la tierra, así que no podía sino mantener el pitillo entre los dientes. De vez en cuando succionaba del aire infecto del tabaco y tragaba el humo, que no volvía a expeler nunca más, como si lo sometiera a cadena perpetua en sus pulmones. Con la pequeña terminal de la máquina sobre sus rodillas, C. P. introducía unos códigos, daba a unas teclas y comprobaba las manecillas de unos cuantos relojes e indicadores.

—¡Repetid la sonda! ¡No es posible! —gritó entusiasmado.

—¿Qué pasa? —preguntó Bobby.

—¡Sacad esa sonda y volvedla a introducir, por favor! ¡Vamos a repetir el *gamma ray*!

Así lo hicieron. A los siete minutos volvió a exclamar.

—¡Dios! Si este cacharro no miente, estamos encima de un inmenso anticlinal de esquistos; tengo la intuición de que esto está atiborrado de petróleo.

—¡No jodas!

—No parece alegrarte mucho, Gregorio.

—Vamos, Pedro, ¿es que tú estás entusiasmado? Además, no puedes saber eso tan pronto.

—Claro que no. Hemos venido aquí a abrir el camino, a establecer los primeros indicios; y este es uno. Las rocas que hemos

ido analizando estos días eran esquistos bituminosos. Hemos tenido esa suerte: el petróleo aflora prácticamente a la superficie. Estoy seguro de que esta isla es una mina enorme.

Bobby los miraba a uno y a otro lado. Gregorio se irguió. Abandonó en la tierra el tubo de metal y se le acercó, después de agarrar su cigarrillo entre los dedos índice y corazón de la mano izquierda. C. P. se dirigió hacia él:

—Dame un cigarro, ¿quieres? Fumo cuando tengo que pensar mucho o cuando quiero celebrar algo.

—Pues por mí no te preocupes; si no quieres celebrar nada no hay problema. Además, supongo que estas pruebas tendrá que repetirlas Bobby para poder refrendar los resultados, ¿no es así?

—Yo no sé qué deciros —se abrió paso en la conversación de los dos españoles el rubio de ojos helados y orígenes escandinavos—: por un lado me alegro. Tiene razón Camilo: hemos venido para esto. Pero por otro lado… No sé…

—Es un hecho, imaginémoslo: hemos encontrado petróleo. Vale. Ahora a tomar por el culo: mañana iremos hasta la cueva, cogeremos el hidroavión y nos piraremos hasta Sumba. Chicos, si algo me alegra es irme de aquí. Quiero mi parte. Quiero que Repansa o su puta madre, o la compañía inglesa, me paguen lo que está firmado en mi contrato, que es una buena pasta. Luego ya veremos qué hacen con todo esto…

Parecía enfadado de verdad.

Unos segundos de silencio siguieron a la arenga de Gregorio. Todo había sucedido a pedir de boca, a pesar de la tormenta, la radio socarrada, el destrozo de la mayor parte de la comida y la inútil maceración de los cigarros.

En seis días, después de haber logrado recuperar su campamento e instalarlo sólida y definitivamente y después de haberse puesto manos a la obra y hallar un resultado positivo en su búsqueda de petróleo, para cuya misión habían sido contratados por la petrolera inglesa en extraño contubernio con Repansa, tan solo en seis días, se encontraban ya deshaciendo y cargando su impedimenta, en el camino de regreso hacia la bahía. Como una cortina de sonidos, los envolvía el jolgorio de algunos animales chillones, pájaros a los que no lograban todavía identificar, alaridos lejanos. Caminaban sumergidos en una enorme cúpula de hojas verdes por las que se

filtraba un mosaico luminoso de matices esmeraldas, la catedral de la selva. Gregorio iba delante cortando algunas lianas y matorrales. Un olor denso como a canela podrida y a tierra húmeda los embriagaba. De pronto, algo hizo gritar a C. P.

—¡Cuidado!

Tardaron bastantes segundos en identificar en la lista taxonómica de su memoria el animal que tenían frente a ellos. Un mamífero del tamaño de una nutria se les acercaba presuroso, al tiempo que movía su inmenso rabo de sección redonda. Era lo más parecido a una rata. Una rata gigante.[3]

Sus bigotes tremolaban en el aire de la jungla. Sus patas nerviosas hacían crepitar las hojas y ramillas en el suelo. No parecía temer a los intrusos, hasta el punto de quedarse a unos centímetros de ellos, olfateando con su hocico los pantalones de Gregorio, con una mansa curiosidad de perro domesticado. Aunque la actitud del animal les inspirase cierta confianza inicial y su encuentro los hubiera dejado paralizados por la sorpresa, esperaban que pronto se produjera alguna reacción adversa por parte del monstruoso roedor. Y estaban en lo cierto; sin previo aviso, la rata pegó una dentellada contra las piernas de Gregorio, con la suerte de que todo lo que pudo agarrar con sus afilados dientes del tamaño de una navaja fueron las hebillas de la bota izquierda del piloto.

—¡Hija de puta!

Gregorio sorprendió a todos, sacó de algún sitio del interior de su chaqueta una pistola automática y comenzó a disparar a bocajarro. El animal gritó, chilló como una rata, con lo que confirmaba su parentesco con los conocidos roedores que ellos tenían en su cabeza, pero lo hizo con una potencia ensordecedora, como si se tratase de algún sonar de frecuencia estridente. Fueron apenas dos segundos, porque enseguida enmudeció, se puso con las patas hacia arriba, se revolvió en unas convulsiones que anunciaban su muerte irremediable y se le enervaron todos sus miembros hasta quedar por completo inmóvil. Gregorio le descerrajó todavía tres disparos más. El extraño mamífero se había convertido en un saco peludo y fusiforme cuyo lomo dejaba ver algún escueto orificio donde los pelos permanecían aplastados por una mancha oscura de sangre, tendido sobre el lecho vegetal.

C. P. ignoraba si su cámara todavía funcionaría después del

accidente de la tormenta, hacía cinco días. Se había limitado a cargarla con un nuevo carrete. Agarró el pesado macuto que traía colgado en sus hombros y lo descendió hasta el suelo. Abrió uno de los compartimentos laterales y tomó su cámara, la extrajo del estuche rígido de piel marrón y sacó alguna foto del animal muerto.

Tras la aventura de la rata, siguieron su camino hacia la bahía donde habían dejado amarrado en una cueva su hidroavión. La noche se les iba echando encima. Llegaron tan tarde que decidieron montar la tienda de campaña provisional, una vez más, como el primer día, y en el mismo lugar aproximado, a una cierta distancia de la orilla y cerca del borde oscuro de la jungla. Aquella noche era la última que se proponían pasar en aquel lugar. La temperatura era más cálida que ninguna de las otras noches, desde allí afuera podían admirar el firmamento repleto de estrellas, de vez en cuando veladas por alguna nube fugada del denso anillo que rodeaba toda la isla y que la había mantenido oculta, con toda probabilidad, durante años, siglos o quién sabe si milenios, cegada a la capacidad colonizadora del ser humano, hasta la llegada de los satélites y sus cámaras, situadas más allá de la estratosfera.

De nuevo la luz de la lámpara de gas sobre la arena proporcionó, a la puerta de la tienda de campaña, la atmósfera propiciatoria de una conversación entre los tres improvisados aventureros, quienes acompañaban la tertulia con sendos botes de bebidas edulcoradas, los últimos.

—¿No os da algo de pena salir de aquí sin haber explorado más a fondo la isla? —les preguntó a sus compañeros Bobby.

—Apenas habremos recorrido un diez por ciento —apostilló C. P.

Gregorio aventuró un cálculo mucho más realista:

—Ni tampoco un cuatro por ciento. No hemos recorrido casi nada. Es posible que estemos huyendo de este lugar sin haber hecho la parte del trabajo que ellos esperan. Nuestra misión es un fracaso aunque tú pienses que aquí hay petróleo. ¿Qué les llevas?: dos fragmentos de roca ennegrecida, unas bolsitas de plástico con raspaduras y unos cuantos registros eléctricos. Eso es todo. Tal vez en el resto de la isla no exista ninguna bolsa de petróleo, y entonces a la petrolera no le interese la explotación. Creo que esta celeridad con la que hemos hecho todo se debe a que no hemos podido

comunicamos con ellos. Esto nos intranquiliza Pero ellos nos habrían pedido más. Cuando lleguemos, nos encontraremos con la desagradable sorpresa de que la compañía no valora nuestro trabajo en la cantidad por la que habíamos firmado el contrato.

Los gestos de Bobby y C. P. denotaban una escucha atenta a las palabras de Gregorio, a quien se le iluminaba con matices anaranjados la cara por el reflejo de la lámpara de gas. De cuando en cuando, entre una frase y otra, exhalaba a voluntad un humo violáceo que terminaba por perderse de vista en el aire estático y caliente, camino a las estrellas.

—Pero me da igual. Creo que prefiero eso a que vengan a esta isla y la destruyan —toda una declaración de principios por parte del piloto.

—¿Piensas que van a destruir esta isla? —preguntó Bobby con cándida ingenuidad, dudando hasta qué grado su compañero podía conocer esa predestinación.

—Pienso que es una posibilidad, si es que el trabajo que habéis hecho está acertado…; bastante precario e inseguro a mi parecer.

—Te lo puedo asegurar —intervino C. P.—. No sé si al otro lado de las montañas habrá petróleo o no, pero de este lado me parece que la isla es una enorme reserva de petróleo. Y Bobby lo ha podido comprobar igual que yo, ¿no es así?

—Creo que sí, Pedro, creo que sí —respondió.

—Yo lo que no hago es plantearme demasiado la cuestión de si estoy a favor o en contra de algo sobre lo que no tengo ninguna influencia.

—Pero les estás haciendo el trabajo.

—Si no soy yo lo hará otro: ¿qué diferencia existe?

—¿Y si todos se opusieran, y si no hubiera ningún geólogo, ningún geofísico, ningún ingeniero, ningún profesional mercenario que estuviera dispuesto a encontrarles petróleo en este o en ningún otro lugar que merezca la pena ser conservado? —continuó discutiendo Bobby de forma civilizada con C. P., manteniendo el eterno titubeo de su rostro.

—Ese es un planteamiento absurdo por desgracia; siempre habrá alguien que acepte; por dinero se pueden aceptar incluso trabajos mucho más sucios que este —remachó el piloto.

—Pues eso es lo que digo, si no lo hago yo lo hace otro y no

cambiará nada —C. P. aprovechó para justificarse—. ¿Te parece un trabajo sucio?

Entonces Gregorio prosiguió:

—Imagínate que tienes delante de ti una bola de presos de guerra frente a un paredón, el sargento llama a formar el pelotón de fusilamiento y te señala con el dedo: ¿aceptas ser tú quien apriete el gatillo si puedes dejar que el turno pase al siguiente soldado? ¿Y aceptas porque sencillamente, con ese simple y llano argumento, si no lo haces tú lo hace cualquier otro? ¿No prefieres que sea otro el que cercene la vida de esos hombres?

Bobby no pudo entender aquel supuesto planteamiento lógico. Demasiadas palabras nuevas para él. Así que el piloto se lo tradujo a un inglés macarrónico con la ayuda de C. P.

—¿Qué harías, eh? —volvió a preguntar al doctor geólogo.

Hubo unos segundos de silencio.

—Jamás maltrataría a un hombre, jamás ejercería la violencia sobre un hombre, jamás mataría a un hombre, no sería capaz —respondió—. Pero no me parece un ejemplo en correspondencia.

—No es lo mismo —añadió Bobby—, no es lo mismo.

—No sé por qué razón se arguye siempre a favor de cualquier acción degradante sobre la naturaleza con la justificación de que es en aras del progreso. El progreso. ¿Qué coño es el progreso? ¿Por qué tengo que aceptar que el progreso sea lo que dicen? Si el progreso consiste en esta invasión febril del planeta, en esta degradación del medioambiente, ¿para qué queremos el progreso?

C. P. comenzó su argumentación a favor del progreso:

—Si estás enfermo tomas medicinas o acudes a un hospital para que te curen; llevas una pistola para defenderte, has cosido a balazos de plomo, fabricados en un industria de armas, a un animal extraño, posiblemente una rareza zoológica que no existe en ningún otro punto del planeta; fumas unos cilindros que contienen, junto con un poco de tabaco, toda clase de aditivos insuflados artificialmente en una fábrica de tabaco norteamericana para que cada día seas más adicto a su consumo; tú, Gregorio, tú eres un piloto de avionetas y helicópteros, objetos claramente producto del progreso, la técnica y la tecnología…; vives en una maldita ciudad, conduces tu motocicleta y tu coche; supongo que calentarás tu apartamento con calefacción de gasoil o de carbón. Puedo seguir

poniendo decenas de ejemplos, cientos tal vez, que prueban cómo también tú eres un hombre apegado, igual que yo y que Bobby, al progreso. El progreso no es malo. Se puede mejorar la vida de los hombres con el progreso; ¿qué tiene eso de malo, eh?

Gregorio miraba al vacío del mar.

—Tus razonamientos son muy lógicos, Pedro. No podría decirte nada en contra. Sin embargo resultan claramente antropocéntricos. Creo que hay más cosas…

—¿Qué cosas, eh?

Bobby daba la impresión de mantener una opinión completamente intermedia y tan aséptica que lo único que albergaba era una inmensa y paralizante duda.

—Otras cosas. El planeta no es del ser humano, existen otros seres. He matado una rata gigante en defensa propia, estoy respetando mi instinto de supervivencia. Me gustan los artefactos voladores, los aviones, las avionetas, los helicópteros… Me gustan las motos. Me gustan los coches de los años cincuenta. Sí, soy un incoherente. Pero tengo la impresión de que podría prescindir de todo eso, querido amigo. Soy maltusiano, no creo que haya que poblar el universo de humanos hasta que ya no quepa nadie más; y entonces luego qué. Y el petróleo, la industria, la farmacéutica, los bancos… Todo esto se ha convertido en una forma de enriquecimiento brutal para unos cuantos, por eso se trata de potenciar el progreso sin medida, para poder seguir aumentando cada año las ganancias. Los beneficios hasta el infinito no parecen una buena premisa para ningún sistema que quiera sobrevivir demasiado tiempo. Se irán salpicando crisis como la que hemos pasado últimamente, y finalmente acaecerá una enorme y catastrófica crisis, cuando el universo, la injusticia social o la naturaleza digan ¡basta ya! Yo soy un escéptico y un hedonista, Pedro; sobrevivo y me aprovecho de lo que tengo a mi alcance, lo cual no significa que no tenga un pensamiento filosófico que va mucho más allá. Alguien contacta conmigo, me ofrece un dineral para transportar a dos ingenieros, o geólogos, me da igual, desde una isla de Indonesia hasta otra isla más pequeña; no parece una misión muy arriesgada. Sé que es para encontrar petróleo en un futuro y explotar la zona, convirtiéndola en una enorme cicatriz de hormigón, asfalto y metal, un apéndice herido por la civilización y

la codicia. Es más, sé que la comunidad internacional no aprobaría la explotación de una isla virgen o casi virgen y que todo este movimiento se está haciendo subrepticiamente, a escondidas, en secreto. Se trata de un trabajo sucio, vosotros lo sabéis mejor que yo. Pero acepto. Acepto con la esperanza de que todo este proyecto se les arruine; acepto porque tengo que sobrevivir y para ello me va a venir muy bien el dinero con que supuestamente nos van a recompensar.

—Entonces eres un…

—¿Incoherente? —propuso lacónico Bobby, quien había seguido el hilo general de ambas argumentaciones, si es que aquellos dialécticos exabruptos de colegial podían llegar a considerarse «argumentaciones» y no simplemente opiniones vulgares, algunas en verdad de una candidez supina.

—Sí, ya lo he dicho: soy un incoherente. Te voy a decir algo, Pedro, no sé si el progreso es bueno o es malo; sé que es modulable, que no se trata de un valor absoluto. Habría que redefinirlo: la contemplación del horizonte, el aire limpio y el agua, por no decir el respeto a los demás seres, deberían estar en la base de cualquier forma de vida que se llame progreso humano. Siento ser tan *hippie*, pero soy de los que piensan profundamente que la Tierra no pertenece al hombre, sino que es el hombre quien pertenece a la Tierra; pero la civilización parece estar basada en el Antiguo Testamento, donde la naturaleza se nos presenta como un mero objeto de explotación para nuestra especie. La raíz semítica de la civilización ha hecho mucho daño a la evolución de la cultura humana: quién sabe por dónde habríamos ido si hubiéramos basado nuestro pensamiento en otras posibilidades más filosóficas. Somos una mierda de especie.

—No hay ningún valor absoluto —esgrimió su tópico Bobby, sacado del cajón de las simplezas, por fin con el esbozo de una certeza.

—O se le ponen límites al progreso o acabará por devorar a la propia humanidad, y eso sería una auténtica lástima, ¿no te parece? —terminó Gregorio.

—¿No dices que es una mierda nuestra raza? No es fácil poner límites al progreso —respondió C. P.

—Ya, tal vez estés en lo cierto. Seguramente eso que llaman

progreso es imparable; como todo lo mueve el interés, el dinero; tal vez las soluciones a todos los males, a todos los destrozos e injusticias que el progreso provoca y provocará, solo puedan provenir de algún otro interés contrapuesto que lo exceda. Los pobres y la naturaleza deberían rogar a Dios para que su padecimiento deje de ser lucrativo algún día para quienes los están destruyendo; o, dicho de otro modo, para que su salvación comience a ser rentable. Si la civilización está causando esto, la civilización misma será la única que pueda resolverlo; y decir civilización, progreso, es decir bienestar material y codicia. Solo una nueva y diferente codicia podrá salvar el planeta, seguramente tienes razón.

Había algo de celebración en aquella noche, a pesar de las absurdas y estériles discrepancias de un grupo de tres empleados provisionales en una multinacional charlando en mitad del océano Índico. Celebraban de aquella manera su última noche en Serolf. Y alguno propuso salir por Yakarta para divertirse el mismo día que llegaran y prolongar la diversión hasta altas horas de la madrugada. Querían conocer mejor la ciudad. También especularon con la posibilidad de regresar a la isla acompañando a la expedición oficial de la petrolera y explorar toda su geografía, que prometía agasajarlos con una fauna y una flora desconocidas y unos paisajes espectaculares. Durante unos instantes se callaron y desde la jungla los invadieron los sonidos de la noche; otra vez aquellos aullidos de simios o de aves, el agua batiendo de pronto más de lo acostumbrado contra los farallones. De nuevo el olor a mar, mezclado con un espeso perfume a tierra húmeda, procedente de la honda y negra maraña de los árboles.

Dentro de la tienda de campaña, juntos, sin necesidad de usar sus sacos de dormir, los tres jóvenes duermen a pierna suelta, pensando en el día siguiente, que será un gran día, sin duda, a pesar de todo. Su regreso a la civilización los hace soñar con azafatas, restaurantes, un cheque con una cifra exorbitante, la gran juerga en Yakarta, sus respectivos hogares. C. P. ensoñaba la imagen de Margarita y poder hacerle por fin una promesa de futuro. Quién sabía. Se fueron quedando dormidos dentro de su tienda de campaña, como si fueran excursionistas, pensando en la proximidad de su regreso al dulce hogar, al que podrían volver en apenas unos

días.

Gregorio madrugó. Pasó la noche inquieto, y con los primeros rayos de luz abrió la cremallera de la tienda. Un mar apagadizo se confundía con la niebla templada. No había paisaje, no había horizonte, solo la bruma y los aullidos de los animales más madrugadores. Siguiendo el borde del agua para poder guiarse se dirigió hacia la cueva-hangar y poder así ir preparando la nave y comprobar que todo estaba en orden. Maldijo la falta de control del ser humano, su cándido optimismo, su idiotez. Ni siquiera se les había ocurrido la tarde anterior haberse acercado hasta el improvisado hangar de la cueva, a unas decenas de metros para comprobar si el aeroplano se encontraba todavía allí, sano y salvo, con el ancla y la cadena que deberían mantenerlo firmemente amarrado. Infelices, ninguno había considerado que la tormenta, aquella tormenta ya lejana en su memoria que les había destrozado la mayoría de sus víveres, la radio, el generador y su tabaco, hubiera tenido igual violencia sobre el mar y la costa, y que pudiera haber afectado al estado del hidroavión. Aquel mismo día deberían haber corrido hacia la costa, haber prevenido que de todas con cuantas herramientas contaban en la isla la más importante estaba lejos. Si hubieran espabilado quizá lo habrían podido evitar, lo habrían encontrado dando tumbos contra las rocas, o cerca aún, en algún punto accesible de la costa. O tal vez no.

Mientras un haz de luz había hecho añicos su antena, mientras yacían tumbados entre la hojarasca inundada bajo las copas de los árboles, tratando de no salir en volandas, ahogarse o ser alcanzados por un rayo, más allá del claro y la jungla, en la bahía que les dio entrada hasta la isla, la tempestad se había aliado con un hidroavión ansioso por liberarse; y se había liberado, como un animal amarillo y grande, de las cadenas con que lo habían amarrado a las piedras de la cueva-hangar. Se había escapado mientras golpeaba aquí y allá contra las rocas del acantilado, como un monstruo borracho con su propio carburante, tambaleante de gasoil, destrozando en parte sus inmensos flotadores y parte del fuselaje. Se había internado en alta mar y navegaba rumbo a alguna

otra isla o a la singladura inercial e infinita, pues sus flotadores, había pensado Gregorio, nunca lo dejarían hundirse en el piélago profundo de Indonesia. Ahora se hallaban sin radio, incomunicados, sin avioneta, solos y perdidos en un lugar cuyo nombre era una simple y burda invención de gabinete: Serolf. Gregorio, el piloto destronado, se encontraba quieto como una estatua mirando hacia la cadena que colgaba de una roca Un fragmento amarillo de fibra de vidrio se mecía burlonamente en una esquina de mar dentro de la gruta. La niebla comenzaba a disiparse y el sol producía reflejos en el agua solitaria. No se había dado cuenta de en qué momento sus dos compañeros habían llegado hasta allí, pero giró levemente su cuello y allí se encontraban, junto a él, mudos, estáticos y confundidos.

VIII

A la entrada del vistoso edificio academicista con grandes ventanales de colores aguardaba un empleado de Brip. Del viejo taxi descendió el profesor Garrido, recién llegado a Londres, acompañado de otro individuo bien vestido, aunque en suma rancio. Era noviembre y aun así al profesor le sobraba el abrigo de paño azul con cuello de piel de zorro, de modo que bajaba con ademanes de calor. Más que un catedrático de Geología parecía un acaudalado empresario o un hombre de finanzas. Y eso era precisamente su acompañante, Álvarez Preciado, uno de los directivos de una empresa estatal española, Repansa. En el profesor, sus lentes redondas y la alta graduación de sus cristales apuntaban sus maneras de hombre embarcado en libros aunque fueran de materias como la cartografía del petróleo o la geofísica, y en la puntillosa corrección de exámenes en la universidad, y lo distinguían de su acompañante, cuyos ademanes respondían más exactamente a los de una mezcla entre alto funcionario soviético y empresario trasnochado. El botones se acercó para detenerles la puerta del coche y les preguntó en inglés con educado acento del norte si traían algún equipaje. El taxista había ya sacado del maletero un par de pequeñas maletas muy ligeras y las había depositado a los pies del botones. Mientras tanto, el enviado de Brip, la petrolera inglesa con importante capital norteamericano, se apresuró a restarle iniciativa al empleado del hotel:

—Cójales las maletas a los caballeros y lléveselas hasta las

habitaciones 313 y 314, por favor —le ordenó, y acto seguido se presentó a los dos recién llegados—. Buenas tardes, ¿el profesor Garrido?

El catedrático adelantó su mano.

—Buenas tardes.

—Y el señor Álvarez Preciado, ¿verdad?: soy Jack Steven, de Brip; ¿cómo les ha ido el viaje? ¿Les apetece tomar algo antes de subir a sus habitaciones?

—Buenas tardes. Muchas gracias por su amabilidad. Pues… —Álvarez Preciado se disponía a rechazar la invitación; venía con catadura aciaga y un rictus alimonado pegado al rostro, aunque intentaba mostrarse amable, pues imaginaba perfectamente el desenlace de la reunión del día siguiente— no, gracias. Creo que subiremos enseguida a nuestras habitaciones. El encuentro en sus oficinas centrales es mañana muy temprano y nos gustaría todavía preparar algunas cosas.

En realidad tenían muy poco que preparar. Las decisiones más importantes las había tomado ya la dirección de Brip. No obstante, Jack Steven se tomó la declinación a su propuesta con el mejor tono posible y los acompañó hasta el enorme recibidor del hotel. Después de hacer su registro en recepción, les alcanzó un par de carpetas con algunos papeles y les propuso encontrarse al día siguiente en ese mismo *hall* para llevarlos hasta la reunión en el *Brip Building*.

El nivel de inglés del delegado de Repansa era solo aceptable, pero el profesor Garrido había sido escogido, además de por su cátedra de Geología y sus exhaustivos conocimientos sobre las energías fósiles y en particular sobre la extracción de petróleo, por su excelente conocimiento de la lengua de Shakespeare. De modo que se adelantó a responder al simpático y amable anfitrión de Brip.

—Perfecto. Mañana le esperamos entonces en este mismo recibidor a las seis y media de la mañana. Será un placer.

—Pues hasta mañana entonces.

Si en España la resaca mediática aireaba todavía una sarta panegírica de biografías póstumas resumidas en la prensa, fementidos documentales lacrimógenos en una televisión monolítica

y noticias manipuladas por doquier, en el resto de Europa, la muerte del dictador Francisco Franco había dejado de ser la fuente nutricia de los periodistas, reporteros y directores de noticiarios. Tan solo habían pasado ocho días desde su fallecimiento en un hospital de Madrid; había muerto tumbado en una cama, con el rostro decrépito y rodeado de tubos de oxígeno y democracia. España se abría a una nueva etapa de plausible libertad y en poco tiempo, si consideramos como referencia la línea cronométrica y secular de la historia contemporánea, la anciana nación habría de presentar sus credenciales para formar parte en la política, la economía y hasta el deporte de Europa y de Occidente, para entrar en la lista de los países avanzados y presumiblemente libres de un mundo en vertiginoso proceso de cambio. Pero lo que no podía permitirse la enorme petrolera anglo-americana de Brip era mantener los vínculos que, subrepticios o de pleno ilícitos, aprovechadamente había establecido con compañías sujetas al control de un régimen pseudofascista, por muy edulcorado que se encontrara en su postrera etapa. Bien es cierto que había habido ciertos rasgos de apertura internacional y que el orden mundial había ido aceptando el gobierno franquista como una pieza más en el tablero de los variopintos gobiernos universales. Pero los directivos de Brip, en fin, aquella piña selecta, o habría que decir más bien secreta, de directivos que conocía los manejos de la operación, habían decidido cortar todo contubernio con la incipiente petrolera española, por lo que pudiera sobrevenir política y mediáticamente desde aquel entonces. En realidad, se había unido a este hecho del cambio de gobierno en España, toda una serie de inconvenientes. Así que, al margen de cortar o no las relaciones, el asunto iba mucho más allá, y se había decidido desistir por completo en el proyecto, abortarlo de forma definitiva. La situación en la que se encontraba el plan secreto de extracción de petróleo en la supuesta isla de Serolf, cuya estúpida denominación había salido del caletre de alguno de los presentes y, lo que es más grave aún, cuya existencia habían confiado a la fe de unas fotografías en blanco y negro tomadas por el satélite Elisabeth a kilómetros de distancia, era la fase de «total desmantelamiento». Habían transcurrido cinco meses desde la salida de Londres de la expedición. Cinco meses y diez días sin que se hubiera recibido la

más mínima noticia de aquellos tres hombres. Parecían haber sido engullidos por el océano. Hasta un número de diez misiones de rescate habían salido en su busca. El postrer equipo, el que había colmado el vaso, y el que hizo decidir definitivamente el abandono del «proyecto Serolf», había sido dotado con un avión Grumman Albatros HU-16 y cuatro expertos en rescate: un americano, un inglés y dos soldados indonesios que presumían de conocer la zona como la palma de su mano. La nave se precipitó al vacío al intentar cruzar unos densos anillos de nubes sobre los que avisaron por radio en el último momento, antes de perderse la comunicación. Del océano se recogieron los cascotes del fuselaje, parte del equipo y a uno de los cuatro expertos que viajaban en la nave, el único superviviente, gracias a que el inglés tuvo tiempo de accionar su paracaídas. Los otros ni siquiera fueron encontrados.

—Espero que comprendan, pues, que la operación genera una serie de costes y de riesgos, y una falta tan grande de resultados, que nos obliga a abandonar.

En la triste sala de juntas, reunidos en torno a una mesa oval, había solo tres directivos de Brip, sentados frente al profesor Garrido y su acompañante, quien aguantaba con estoicismo carpetovetónico el nuevo e inapelable estado de cosas que se les venían encima. Desconocía incluso el empresario-funcionario si, después del cambio de Régimen que inevitablemente se avecinaba, mantendría su puesto dentro de la compañía Repansa. El catedrático, de pronto, destelló con un aparente rasgo de humanidad bastante loable, y en medio de una batería de hechos consumados de carácter puramente pragmático, se interesó por la vida y la salud de su pupilo e incluso de quienes lo habían acompañado:

—Y déjenme que les pregunte entonces, ¿qué sucederá con el señor Flores Padilla y sus dos acompañantes? ¿Están ustedes dispuestos a darlos por muertos sin más averiguaciones? ¿Los abandonaremos a su suerte?

Una especie de superioridad moral de corte maquiavélico hizo que uno de aquellos responsables respondiera con frialdad sobre el asunto humano. El profesor Garrido miraba con los ojos bien abiertos, sus pupilas fijas, clavadas sin pudor ni acomplejamiento de ninguna índole en las de sus interlocutores, su respiración

acompasada. El gerente de Repansa, el señor Álvarez Preciado, mostraba mayor azoramiento y no paraba de tocarse las manos y girar una y otra vez en su orondo y peludo dedo anular la enorme sortija de casado. Un barniz de agua y sales minerales cubría su rostro.

—No tenemos otra opción —respondió el más joven de los tres directivos de Brip, un hombre de unos 47 años, rostro afilado y algo pecoso.

Pero el mayor de todos parecía estar buscando una respuesta algo más esperanzadora para el antiguo profesor del señor Flores; no tanto una respuesta realista, que ofreciera una solución auténtica y viable al extravío de los jóvenes, como una respuesta que reconociera al profesor Garrido el supuesto calado humanístico que había querido demostrar con su interés por ellos. Una respuesta con la que todos parecieran de mutuo acuerdo muy preocupados por los tres empleados, una suerte de pócima moral con la que aliviar la hinchazón de responsabilidad en la desaparición y más que posible muerte de aquellos hombres. El jefe supremo de Brip había desvelado en la pregunta del catedrático la artera solicitud de un pequeño pago por no poner mayores objeciones en la ruptura de las relaciones comerciales entre ellos, y tal pago no era otro que administrarle esa pócima de la redención moral sobre la fortuna de su alumno. Su aspecto regordete, pelo casi negro y tez algo tostada no daban el perfil de un británico puro, sin embargo, Garrido había reparado con detenimiento en el mentón hundido del director de la petrolera inglesa y sus gruesos labios tocados de una ligera mueca de repugnancia y contradictoria amabilidad:

—Tiene usted razón al preocuparse por el estado de esos hombres. Debe usted confiar en nosotros y despreocuparse. Puede estar seguro de que parte del presupuesto destinado en el «proyecto Serolf» se mantendrá vivo para persistir en la búsqueda de nuestros empleados —enfatizó vivamente el adjetivo «nuestros»—; aunque rompamos nuestras relaciones, les mantendremos informados sobre todo lo que acontezca en este sentido; ya sean hallados vivos o muertos, confiamos en poder dar cumplida cuenta a sus familias.

La «operación Serolf» había quedado suspendida.

IX

Habían perdido, no por completo, la noción exacta del calendario. No hubo ninguno que hubiera sido capaz de mantener la ordenada y constante costumbre de ir tachando porción a porción las rectilíneas casillas en un lugar cuadriculado con los días, las semanas y los meses. C. P. lo había llevado a cabo durante los primeros días y de vez en cuando trataba de poner en orden aquel galimatías de días tachados y sin tachar, y entonces lograba recomponer un poco el orden del calendario y más o menos se veía capaz de aproximar la fecha en la que se encontraban: cinco o seis o siete, viernes, sábado o domingo, tal vez de marzo, y, eso sí, de 1976. Las referencias estacionales tampoco les servían como una ayuda demasiado estimable, pues la climatología de aquel lugar no dejaba las cosas claras, ni podían aún haber sistematizado cuándo acaecía la época de lluvias torrenciales, cuándo arreciaban los vientos más feroces, en qué días invadían con mayor densidad y frecuencia las nieblas aquella jungla o cuándo el calor resultaba más sofocante. La sistematización de las estaciones era imposible, en primer lugar, por la estabilidad y monotonía del clima, pero también porque todavía no había transcurrido el ciclo completo de un año cabal. Además, los libros de notas se habían ido desbaratando y no tenían ningún instrumento de escritura. Habían esculpido el calendario en un enorme tronco al que habían arrancado la corteza, en uno de esos árboles desconocidos para ellos. La primavera tropical debería estar rondándolos. No obstante,

fuera del orden calendárico y meteorológico al que estaban acostumbrados, la isla estaba sometida a sus propios ciclos, más o menos adscritos al clima ecuatorial. Mantenía un nivel de humedad en ocasiones inhumano; había semanas, incluso meses, que permanecía invadida de una espesa niebla. No era la niebla fría de Europa, sino una especie de vapor templado en el que eran apreciables millones, billones, infinitas gotas suspendidas en el aire. La temperatura nunca bajaba de los dieciocho grados, y lo normal era la franja que iba de los veinticuatro a los treinta y dos. Por temporadas, las intensas lluvias torrenciales, con fuertes aparatos eléctricos, solían destruir alguno de los tinglados que se veían obligados a levantar para su supervivencia De las tiendas de campaña, tan solo les quedaban algunos paños de lona y algunas barras de aluminio con cuyos despojos creaban zonas bajo cubierto para guardarse del sol, de la lluvia o simplemente de la noche. Su último y mejor descubrimiento había sido una cueva en la primera hilera de montañas, a pies de un río de aguas rápidas y en ocasiones espumosas. Tal encuentro les hizo trasladarse hasta allí, con el cada vez más escaso utillaje que todavía conservaban. Ningún comercio alrededor donde poder comprar bolígrafos, zapatos camisas o calzoncillos, un cepillo de dientes y tubo de pasta dentífrica; se encontraba fuera de su alcance cualquier absurdo y en apariencia nimio objeto con los que la más básica administración de lo civilizado nos tiene acostumbrados; la nebulosa barrera que separa al ser humano de su estado primitivo quedó prácticamente evaporada. Y esa sensación habría resultado desesperante si no fuera porque sus capacidades adaptativas iban desarrollándose con rapidez e inusitada naturalidad. En un primer momento, durante las primeras semanas e incluso meses, la necesidad de la supervivencia los mantuvo unidos.

Bobby conservaba de las últimas fiebres padecidas una extraña desorbitación de sus ojos. Todos y cada uno de los tres habían ido padeciendo diferentes o idénticos procesos mórbidos, que ellos solo podían diagnosticar por aproximación a lo que conocían. Esto parece malaria, decían; esto es como una gripe pero bestial. Indigestiones, vómitos, cefaleas, vértigos, inflamaciones, diarreas… Y fiebres, siempre las malditas fiebres, que habían llevado a Bobby hasta el colapso. Cualquier descripción de cada una de las

enfermedades que iban padeciendo constituía nada más una lejana aproximación intuitiva de lo que en realidad les sucedía. Apenas contaban ya con medicamentos, porque habían ido administrándoselos a lo largo de sucesivos estados de postración de una manera más bien arbitraria, sin una diagnosis o prescripción mínimamente razonables, hasta desperdiciar cada uno de los botes herméticos que habían llevado hasta la isla. La búsqueda de alimento fue de las primeras cosas que debieron aprender a hacer. La suerte los había acompañado casi siempre en esta recolección de nutrientes, y había una peculiar característica en la zoología de la isla que los favorecía para sus provisiones cotidianas de proteínas; los animales que encontraban no huían de ellos, de modo que ni siquiera podía decirse que tuvieran que cazar. Se acercaban a sus presas con la misma parsimonia con la que se acerca el amo para acariciar a su dócil mascota, las agarraban con sus dos manos y las llevaban hasta las proximidades del campamento, que ahora no era más que una cueva y unos cuantos restos de fogatas y desperdicios a la entrada. Su objeto más preciado era un mechero, el último que les quedaba con gas, que atesoraban encerrado en un frasco de acero provisto con cierre hermético. En prevención de que algún día esa milagrosa pervivencia de la civilización les pudiera fallar, Gregorio, C. P. y Bobby trataban de aprender a extraer fuego de la fricción circular de un palo redondo contra un leño seco. Eso era una cosa absurda que habían visto o leído en alguna película o revista, pero cuyo único resultado era una extenuación muscular de la parte baja del antebrazo. También habían estado practicando mediante el golpeo de dos piedras, bajo las cuales situaban una especie de algodón que era segregado por unos arbustos de hojas verde claro y flores de vivos colores y que ardía como la yesca, o una serie de pajas secas sobre ramitas un poco más gruesas. Hasta el momento no habían conseguido mecanizar ningún sistema de producción ígnea, y solo cuando los rayos del sol sacudían con fuerza lograban hacer fuego fácilmente con la ayuda inestimable de un tosco fragmento de vidrio que conservaban en el mismo tarro hermético que el mechero, con idéntico celo. Entonces, lo único que debían hacer era colocar ese vidrio sobre el algodón blanco, o sobre hierbas secas, y la combustión resultaba inmediata a poco que buscaran el ángulo de incidencia idóneo del rayo solar, siempre y

cuando la niebla no tamizara el sol con su espesor pegajoso y cetrino. En cuanto a los envenenamientos a los que podían haberse expuesto, solo la ingestión de unas plantas con aspecto de liliáceas y bulbos ácidos habían provocado en Gregorio graves males de salud, que lo dejaron vomitando atrabilis y defecando una especie de meconio pestilente durante tres días. Para evitar la intoxicación de los tres al unísono, habían determinado, cuando encontraban alguna planta de apariencia comestible, que uno solo de ellos la probara en un principio; una vez hubieran comprobado su inocuidad y un sabor al menos aceptable, entonces procedían a considerarla como parte de su dieta. Esta especie de ruleta rusa nutritiva se hacía rotatoriamente. Las plantas que se convertían en su despensa habitual recibían los nombres más extravagantes y casi siempre eran denominadas con obvias comparaciones y nombres miméticos de los vegetales que ellos conocían: pico de pájaro (una especie de lechuga cuyas hojas terminaban en unos afilados pinchos), tomatillos marrones, calabacines de miel, ortigas gigantes, cocos verdes. Entre los animales, había un tipo de liebre que, aunque podía correr mucho, solía dejarse agarrar con facilidad si se encontraba en reposo; era lo que más comían, junto con unas aves que ellos motejaban con el nombre de pájaros abeja.

La niebla se había disipado. Frente a la cueva, el firmamento estaba invadido de estrellas. Parecía como si un pintor hubiera salpicado el lienzo oscuro de la noche con millones de motas plateadas de diferentes brillos y tamaños. Todo aquel espectáculo supuestamente maravilloso del firmamento quedó disminuido a medida que las llamas iban creciendo. Los tres en torno a la hoguera, esperaban que la carne trinchada en un palo fuera poco a poco asándose. La luz de la hoguera ilumina sus rostros. C. P. se queda pasmado, embebecido en sus pensamientos mientras observa con detenimiento de entomólogo los rasgos del rostro de sus compañeros enrojecidos por la luz del fuego, parece algo demoníaco, parecen las caras de una pesadilla, un aquelarre, apenas los reconozco; los ojos de Bobby, oh, pobre Bobby, parecen desorbitados, ha pasado tanto miedo, terror, horror como el mío, en

las largas noches hasta creer que los sonidos irreconocibles, los aullidos, las estridencias, formaban parte de uno, del interior de nuestra cabeza; cuántos terrores he pasado yo mismo, y ahora podría cruzar esta isla a media noche, a oscuras, sin un arma con que defenderme, porque el miedo se ha transformado en esta tensión, esta vibración extraña de nuestros cuerpos, como si acecháramos la jungla igual que animales, esa extraña vibración es la que desorbita la mirada de este chico; esas melenas, su barba lampiña y larga, si regresáramos a nuestras casas no nos reconocerían, y tal vez el peor sea yo, o Gregorio, con esa piel casi negra, como cuero, estamos curtidos, maldito Gregorio, estamos curtidos, somos más fuertes que las bestias, este pájaro que nos vamos a comer, qué demonios será, liba las flores y sabe dulce, es un pájaro bellísimo y nos lo comemos porque se deja capturar como un imbécil, «pájaro abeja», «pájaro mariposa», da pena, da tristeza comerlo, a la mierda la pena, la tristeza, qué sentimientos tan enfermizos, tan estériles aquí, tan inconcebibles, pero no el odio, este es el sentimiento que me inspira cada vez más Gregorio, y no tendría por qué, supongo, no sé si él lo siente hacia mí, no creo, no lo sé, beberé un poco, estas tazas de aluminio que nunca lavamos, esa agua acumulada en el bidón dentro de la cueva, ¿a quién le toca renovar su agua?, creo que a mí, y lo tengo que hacer porque no quiero volver a padecer infecciones, ni a vomitar, perdí las tripas la última vez, eché lo que yo mismo ignoraba que tenía dentro de mi cuerpo, fue horrible y repugnante, y Gregorio me ayudó, como yo le ayudo a él, y por supuesto a Bobby, nos ayudamos, pero a Gregorio, maldito piloto, cada vez me ignora más, no hablamos nunca, este silencio, este ir tragándonos las palabras, nos estamos deshumanizando, yo no sé cuándo pronuncié mis tres últimas palabras seguidas, intermediadas con algún nexo, tal vez perdamos la capacidad de articulación, de sintaxis, es una posibilidad, y supongo que es a Gregorio a quien le debo agradecer esto, porque solo decimos «pásame eso, haz aquello, el agua, la carne, la caza, el río, la noche…», su mirada en verdad no ha cambiado tanto desde que subió en el coche aquel, y me había parecido tan agradable, tan cálido su saludo, me parecía un tipo duro y lo es, pero yo también y por qué no me dirige la palabra, por qué solo habla a Bobby, por qué me ignora este maldito imbécil, no tengo derecho a pensar así

de él pero es lo que me sale, lo que aflora a mis pensamientos desde hace tiempo, otra vez los aullidos lejanos, otra vez aquí comiendo con las manos, desgajando con los dientes la carne de los animales, comiendo con fruición la carne sin sal, somos hombres a punto de locura, a punto de locura y podríamos cambiar la actitud pero todo parece tan abocado al silencio, si hubiera alguna hembra, alguna mujer aquí, alguien con quien intercambiar nuestros genes, tal vez podríamos fundar una civilización pequeña y edénica, por qué no... nuestra condición de hombres está intacta, de hombres evolucionados, modernos, somos hombres complejos, ahí resida tal vez el problema, por eso quizá surge el odio dentro de nosotros, o dentro de mí, porque ignoro lo que ellos piensan aunque creo saberlo puedo equivocarme, la cooperación todavía funciona, nos cubrimos las espaldas, nos damos lo indispensable, nos curamos las heridas, nos damos agua cuando estamos enfermos, pero si no hablamos acabaremos... no sé, supongo que nos acostumbraremos a no hablar, a transmitir solo lo sustancial, Bobby, esa curva de su nariz, sus labios, inspira compasión y cariño, pero mira Gregorio, hay algo en él que me empieza a molestar, esa superioridad física, su capacidad para no lamentarse por nada y aparentar inmutabilidad, incluso ahora que no puede fumar porque no tiene cigarrillos ha descubierto esa maldita hierba que inhala incesantemente, que aspira y mastica y come y echa al agua caliente, esa planta en todas sus formas de administración y le proporciona esa paz mórbida, esa paz mayor que la que pueda ofrecer cualquier cigarro o cualquier medicina, quizá por eso me está dejando de hablar, pero Bobby también la toma, yo no, a mí no me gusta, mi mente después no está clara, me ofusca y parezco perder mi identidad, no sé quién soy, demasiado olvido, prefiero estar un poco más atento, no quiero ser yo quien pierda la vida aquí por algún descuido, y tal vez me equivoque, porque después de todo qué sentido tiene... yo ya no soy quien era, mi identidad ya está perdida de hecho, no me reconocerían en mi casa pero tampoco me reconocería Margarita, Margarita, Margarita, a veces olvido su nombre o se me nubla o no sé, no sé cómo es, su cara se me desdibuja en esta memoria subvertida, este cerebro que va adaptándose a este medio, a esta isla que no nos ha hecho ningún mal en verdad, nos da sustento, hay comida, si hubiera una mujer

podríamos fundar una civilización un poblado una aldea algo con sentido porque el lugar no es malo en sí mismo es Gregorio el único imbécil que no habla que se mantiene firme sin la palabra sin el discurso articulado con su planta de la paz con su Bobby una noche él y otra yo o tres él y una yo o los dos en la misma noche porque compartimos la única realidad sensual de esta jungla y no hay intercambio genético porque no hay una mujer con la que poder construir algo orientado hacia alguna parte, hacia un punto de coincidencia con la civilización, hacia la fundación de un poblamiento… Nunca había odiado antes, ni siquiera a Franco o a sus secuaces o a quienes limitan la libertad de los hombres, pero quién sabe si Margarita habrá encontrado ya un novio porque ha pasado tanto tiempo, tal vez mi amigo Pablo que tan bien me hablaba siempre de ella, no me despedí de él, y Margarita le habrá explicado que me fui a alguna parte, que mis padres dicen que a Londres pero he desaparecido, seguro que Margarita tiene un novio nuevo, alguien que la haga más caso ahora que yo qué imbécil soy, más caso que yo, cómo puedo hacer caso a nadie yo ahora ¿dónde estoy? Y en ocasiones me acuerdo de mis padres y de mi hermana, mi querida hermanita, y qué coño pintamos aquí nosotros, esto es absurdo, no tiene ningún sentido, no es una película de náufragos no hay apenas aventuras ni misterios, hay supervivencia y días que pasan uno tras otro y este odio que va creciendo dentro de mí hacia Gregorio, esos ojos verdes, ahora están rojos, son como los ojos del diablo, pero él no ha hecho nada para demostrar su maldad, el diablo puede actuar así, es el demonio, me puede causar algún mal terrible, sí, es diabólico, tal vez todo esto… maldita superstición se apodera de mí, nosotros no somos aventureros ni pertenecemos a una novela tonta, ni tenemos importancia, estamos aislados en esta isla, qué estúpido, aislados isla aislados isla y si al menos la petrolera se hubiera enterado de que había petróleo habría mostrado más interés por llegar aquí y nos habrían rescatado, siquiera como efecto secundario o colateral de su acción puramente interesada, y si no fuera por el desahogo de Bobby, aquel estúpido beso bajo la primera tormenta no significó nada en absoluto, no sé aún por qué lo hice, por qué cedí, y es que Bobby también tiene esa personalidad suya y consigue lo que quiere y no parece estar peor que nosotros, sobrevive y no se preocupa por nada, toma también

esa planta y le sienta tan bien como a Gregorio, yo pensé que era el más débil, siempre me preocupo por desvelar quién de nosotros es más fuerte o quién es más débil maldita rivalidad por la fuerza y el poder, el miedo miedo miedo no quiero tener más miedo es la causa de todo lo malo generado por el hombre, y eso los une y los diferencia de mí y ellos tal vez sean auténticos amantes, Bobby no hace otra cosa que concederme un favor, un favor de amigo, otro servicio más que nos prestamos entre las muchas labores de cooperación mutua, de ayuda para la supervivencia, me besó en el suelo de la jungla y no entendí por qué, pensé que debería contárselo a Margarita como un suceso de locura transitoria, que se lo tendría que contar a la semana siguiente, y han pasado tantos meses, o Dios mío, y Dios, Dios dios dios es otra cosa que no pinta nada aquí ahora, porque dónde está, dónde o para qué, si no hay más que seres desvalidos, más o menos afortunados en el reparto de herramientas para subsistir, y todo empezó porque Bobby se pasaba de una tienda a otra y ahora pasa de un camastro a otro, no tenemos intimidad, pero dormimos tranquilos, o no, nuestro sueño está interrumpido, se rompe cada noche, pero descansamos, nos levantamos y corremos a la jungla y apenas exploramos, deberíamos explorar, la leve luz es la que nos despierta, pero el día que lo hicimos fracasamos, explorar, porque precisamente Bobby metió su pie en aquella grieta y se retorció el pie y se hizo un esguince y tuvimos que traerlo a cuestas entre Gregorio y yo, pero aquella otra parte de la isla… Gregorio ha dado algún paso más, ha ido alguna vez más allá de la tercera línea de montañas, él es quien ha encontrado huesos en la otra cueva, quien explora a pesar de todo un poco más que nosotros, pero no lo odio por eso, no sufro envidia, o sí, no lo sé… ninguno es antropólogo, así que no sabemos de qué es ese cráneo, si es de un niño, o de un mono, puede ser que haya vida humana en la isla, por qué no, tengo que proponer salir una vez más a explorar el resto de este lugar, cruzar las montañas hacia la otra costa, tal vez allí está nuestra salvación y deberíamos ir pronto, mañana tal vez, ninguno tenemos problemas ahora, no hay nadie enfermo, no hay heridas ni golpes ni torceduras, somos hombres con cultura, deberíamos hacer algo productivo con todo esto que nos está sucediendo, somos hombres cultos, hemos estudiado ciencias, hemos estudiado la evolución del hombre,

biología, sabríamos construir casas, todo es extraño aquí, en Serolf, la isla maldita, nos ha encerrado y me conduce al odio, algo que nunca había sentido antes, o no de la misma manera, este odio directo, incausado, inexpresivo, por qué no me habla nada, tal vez algún día tendremos que exterminarnos el uno al otro, matarnos, aniquilarnos y quedar uno solo con Bobby, qué idea tan absurda, para qué, un idilio en el Edén, porque la isla es un paraíso, un paraíso de hojas, troncos, pescado, playas, la cueva resulta al fin un lugar confortable, podemos dormir, estamos bien alimentados, no hace frío, podemos vivir casi desnudos, esto podría ser un paraíso, sí, el lugar donde ubicar la Edad de Oro, si no fuera por las nieblas de siempre, son raros los días sin la niebla, a veces quisiera elevarme por encima de ella y ver el cielo azul, aquí no hay animales terribles, excepto aquella rata, por qué no veríamos nunca más ninguna otra, tal vez habitan al otro lado, y hay que explorar esa otra parte de la isla, esa culebra que reptó por mi cuerpo una noche, la aplasté, la machaqué contra la roca picuda de la cueva, pero no me había atacado, ni siquiera las serpientes son peligrosas aquí, en esta isla todo parece benigno, no se si será su arrogancia, su desprecio, o su falta de aprecio, ya lo dice el refrán, no hay mayor desprecio que el no mostrar aprecio, qué imbécil, los refranes, sí, tal vez sea eso lo que me ofende de él, pero aún así habremos de entendernos, porque yo quiero explorar más allá de la tercera fila de montañas, desde donde contemplamos aquel elefante enano, Dios mío, otra vez dios, qué era aquel animal, pensamos que sería un elefante bebé, pero luego aparecieran otros dos, otro adulto y una cría, y esta no levantaría más de lo que levanta del suelo un perro mediano, así que nos quedó claro que se trataba de elefantes enanos, cómo es posible que vivan aquí elefantes del tamaño de un ciervo, esta isla, esta isla alberga algo más maravilloso que el petróleo, todos aquellos animales, aquel murciélago manso como una paloma, el pájaro abeja, las liebres enormes y dóciles, las culebras inofensivas, la rata gigante, en el colmo de las cosas raras aquellos paquidermos en miniatura, qué demonios es todo esto, todo aquí es o enano o gigante, anómalo en la talla y la conducta, cómo es posible que nos esté pasando, por qué estamos aquí, al otro lado todo promete ser aún más inhóspito, aislado, misterioso, extraño, más aún, oscuro, porque vivimos en la parte más accesible,

quizá tuvimos suerte al llegar por esta parte de la isla, si es que estar aquí puede suponer de algún modo un tipo de buena suerte, desde luego que no, desde luego que no sé por qué estamos aquí ni quiénes somos exactamente, necesitamos retomar la comunicación, volver a trazar de alguna forma planes nuevos y aunque pisamos con botas rotas y arregladas con lianas atadas y trozos de piel debemos intentar cruzar al otro lado, allí podemos salvarnos, salvarnos de qué, no hay nada de lo que podamos decir que nos queremos salvar, no hay ninguna amenaza, sino el día a día, las enfermedades que padecemos, nos debilitan o nos hacen más fuertes, no sabemos, sabemos que seguimos adelante, nuestra dieta no es mala, esta isla no es tan mala, no hemos seguido bajando de peso, aunque estamos tan flacos, seguimos estables, somos calaveras estables, nuestra piel se hace fuerte, nuestros miembros se robustecen, somos fibra —C. P. se pellizcó el brazo—, corremos, pisamos semidescalzos, saltamos, hacemos ejercicio, subimos a los árboles, caminamos hacia las playas, regresamos, volvemos a ir, dormimos bajo la jungla, pescamos, pasamos el frío de la noche, menos mal que la isla no es gélida, estaríamos muertos seguramente, incluso tenemos tiempo muerto demasiado tiempo muerto en el que no nos comunicamos, no hablamos, aquí fuera de la civilización dónde queda el argumento de Bertrand Russell de que el ocio produce cultura, por qué aquí no existe la conversación, por qué un día decidimos que ya no teníamos nada que narrarnos, supongo que porque en realidad no hay nada, por eso usamos un lenguaje que sirve solo de herramienta básica, para dar órdenes, para hacer cosas, para traer cosas, para fabricar cosas, para pedir cosas, un lenguaje de las cosas, casi sin verbos, solo imperativos, y Gregorio menos que nadie, si yo pudiera conservar mis cuadernos y anotar lo que nos está pasando, pero no sé si todo esto algún día lo leería alguien, qué más da que haya sido deshecho por la lluvia o extraviado en algún rincón la mayor parte de nuestro material, porque con seguridad moriremos aquí y nadie vendrá nunca, qué isla es esta, dónde estaremos, si al menos pudiera consignar algo de todo esto de forma racional y civilizada, si pudiéramos convertir todo esto en un perfecto reportaje de alguna famosa revista como *National Geographic* o *Nature* que es más científica pero necesitaríamos imágenes y la cámara solo debe tener una o dos

fotos más en el carrete, y no sé por qué estoy reservando ese espacio, después de hacer aquella foto lejana que quién sabe cómo quedará al ser revelada, aquella imagen de los elefantes enanos, en el valle, caminando distraídos, lejanos, sin que siquiera hayan notado tal vez nuestra presencia, pero para qué quiero guardar ese espacio pequeño que queda libre en la cámara, trataré de tomar fotos de lo próximo que vea y que más me impresione, pero no sé para qué, no sé si habrá algo más alucinante que este conjunto de sinsentido, también podríamos grabar el sonido, sobre todo de las noches, los aullidos, los insectos o el silencio, hay noches de niebla en que el silencio nos vuelve hacia dentro, nos trastorna, casi más que las estridencias del mediodía cuando antes de una tormenta se acumulan todos aquellos pitidos del calor sofocante, todos aquellos chillidos, el atronador sonido que antecede a cada tormenta y luego la tormenta, escondernos, huir, gritos de monos, sonidos y aullidos inenarrables, irreproducibles, olores en la lejanía, olores a podrido, a mojado, a algo semejante a la canela, a sexo putrefacto, a cosas indefinibles, si alguien pudiera venir a rescatarnos y qué sería de mí, no sé si podría volver a España o aprovecharía para ir a otro lugar, tal vez a Francia, o a Estados Unidos, o a otro lugar, a no ser nunca más el mismo después de esta experiencia, tras esta locura, donde estoy aprendiendo a odiar tanto y tan infundadamente, no estamos abocados a la muerte lenta de la desnutrición, tenemos comida, el agua ya no nos enferma, podemos comer, beber, incluso follar, quién pudiera sobar unas buenas tetas, y vivir, subsistir, si tuviéramos mujeres podríamos fundar un paraíso nuevo, algo indecible, primigenio, después de tanto sufrimiento, de tanta puta fiebre, de tanto vómito, de tantos terrores nocturnos, del frío, del calor, del insomnio, de las heridas mal curadas o brutalmente infectadas, el calor y la humedad, esa sensación de tener una segunda piel hecha de vaho caliente, de cera sucia, esa sensación de mierda que ya se ha adherido eternamente a nuestra piel y ahora nos protege, nuestras pequeñas conversaciones organizativas menudas conversaciones de tres vocablos deberíamos hacer algo… deberíamos hacer algo…

—Coge.

Le interrumpió Gregorio mientras le extendía un trozo de pájaro abeja chamuscado.

C. P. lo agarró sin quitar sus ojos de los ojos enrojecidos de Gregorio. Su odio era cada vez más patente, su comunicación parecía estar definitivamente truncada.

… la isla parece inocente, no se ha mostrado especialmente agresiva con nosotros, ha llenado de algún modo el espacio arrasado de nuestros corazones solitarios, no sé bien quién soy, me cuesta reconocerme cuando veo mi imagen en el río, el delgado hombre salvaje, pero sé que soy un hombre que ha perdido y vuelto a recuperar su medio natural, sin perder por ello toda mi entidad, qué entidad, rara entidad de hombre moderno.

En vez de decir «no quiero más», levantarse y meterse en la cueva, Gregorio extrajo directamente un pellizco de hierba del olvido de una pequeña bolsita de cuero que colgaba de su cuello y se lo introdujo debajo de sus labios, como se introduce el tabaco de mascar, sin decir nada se levantó y desapareció entre la oscuridad de la gruta, su casa, la casa de todos. Ni siquiera lo miraron. Bobby roía todavía los últimos huesos de aquella carne de ave dulzona. C. P. se había quedado mirando hacia el fuego, cada vez más débil, y seguía ensimismado en sus pensamientos, tratando de dilucidar el misterio o la estulticia del azar que los había conducido a una situación tan absurda, solo concebible en una película o una historia de ficción. Era evidente que tanto Bobby como Gregorio perdían la noción de la realidad ayudados por la hierba, pero incluso C. P., quien desde que la había probado nunca más había vuelto a consumirla, se sentía invadido aquella noche por una extraña sensación de cuelgue. Le parecía que su conciencia erraba entre el sueño y la vigilia, se sumía en ese estado semioníríco de los mementos previos al sueño. El siguiente en levantarse fue Bobby, que al menos dijo «adiós» y desapareció también entre la oscuridad de la cueva. A C. P. le entraron ganas de mear. Para sus menesteres evacuatorios se había establecido una ley tácita de alejarse al menos hasta la primera línea de árboles. Si alguno descubría una hez próxima a la gruta podía protestar airadamente, arguyendo que eso era una guarrada y que debían alejarse más para hacerlo. De momento, mantenían ciertos filtros de la civilización, pero que

además debían de provenir de algún instinto de preservación: el mantener limpio de inmundicias el entorno de la cueva y el no acumular en exceso los restos de comida o las excrecencias de sus organismos cumplía con una saludable función que prevenía contra posibles infecciones por focos de contaminación.

Con el miembro fláccido entre sus dedos, mientras disparaba un chorro cálido de pis contra la corteza de un árbol, giró su cabeza y miró hacia arriba tratando de divisar en el cielo algún indicio de luna. La noche estaba despejada, la niebla que, como un vapor templado, se había levantado durante la tarde, poco a poco se había ido disipando hasta dejar el aire desnudo de humedad. La luz de las estrellas era tan vívida que parecía iluminar los bordes de la jungla, pero era una ilusión, pensó C. P., pues ni siquiera podía ver el reflejo de su orina. Al bajar de nuevo la mirada sintió la presencia de algo vivo junto a él, detrás de él, pegado a él, algo exhalando su aliento en la parte baja de su espalda. Un terror invadió de nuevo su mente, más fuerte incluso que aquellos pánicos que había padecido durante largas noches, aquellos espontáneos rituales iniciáticos, aquellas fronteras del alma que la naturaleza le había obligado a traspasar durante los primeros meses en la isla. Pero la sensación de terror esta vez había sido semejante a un sobresalto, un susto sobrehumano, y le hizo sentir que el largo pelo de su cabellera se erizaba por dentro. No había sido producto de la imaginación aquel aliento, que persistía detrás de él. Los dedos desatinados, azogado por el nerviosismo, levantó lo más aprisa que pudo sus raídos pantalones, los ató con la liana y volvió de nuevo la cabeza, aterrorizado, sumido en una somatización espantosa que lo invadía desde la boca del estómago hasta el cráneo. No podían ser sus compañeros, pensó. Pero los llamó: «¡Bobby! ¡Gregorio!». Nadie respondió. Ninguno de ellos, seguramente dormidos ya, podría escucharlo desde el interior de la cueva. Horrorizado, descubrió a escasos centímetros de su cuerpo a un pequeño ser del tamaño de un niño de seis o siete años. Le pareció un simio, demasiado erguido, demasiado lampiño e incluso demasiado humano; pero no era tampoco un hombre, alguna especie de monstruo semihumano tal vez. Apenas podía distinguirlo, por mucho que sus pupilas se dilataban exorbitantemente hasta dejar el iris convertido en una delgada línea circular. Se agachó un poco, mientras apretaba los

puños. De pronto descubrió los ojos de la criatura cerca de él, a escasos centímetros, y su rostro. Era un ser… sin duda antropomórfico… tenía los ojos algo saltones, una frente estrecha y echada hacia atrás, el pelo largo e hirsuto. C. P. gritó.

Un grito histérico, desde las entrañas de su pánico. Y la presencia comenzó a correr en dirección opuesta, giró a escasos metros en dirección oeste y se dirigió peñas abajo, escapando de él, asustada. En milésimas de segundo, la tensión adrenalínica se redujo drásticamente en el organismo de C. P., desatenazando sus músculos como globos que se deshinchan; y en ese instante examinó su reacción y pensó que no debería haber sentido tanto miedo, un pavor tan desaforado; pero su estado de ánimo se encontraba todavía al borde del paroxismo y persistían los síntomas de la somatización. Aunque hubiera notado ese enervamiento repentino, su cuerpo se hallaba en perfecta predisposición para el ataque, la defensa o la huida. Si se hubiera podido mirar en un espejo, habría comprobado que su tez estaba blanca, sus labios lívidos y tensos y sus ojos hundidos en unas cuencas amoratadas, inyectadas en sangre, la viva imagen de la estupefacción y el miedo absoluto. Un temor orgánico y cerval. En la tenebrosa oscuridad de la jungla trató de adivinar la silueta de aquel ente que escapaba hacia ningún lugar. Apenas pudo descubrir que se trataba de un ser con algo menos de un metro aproximado de altura, que corría con una agilidad simiesca, pero más como un hombre que como un mono, ya se tratara de gorila, orangután o lo que fuera que pudiera habitar en esa isla. Se esfumó tan rápido que no pudo hacer nada; pero un impulso descabellado lo impelió hacia las sombras, detrás de aquella cosa, corriendo sin resuello, sin pensar, olvidado de su temor primigenio, en búsqueda del misterio, de la muerte, del demonio, de cualquier horror que pudiera significar aquella presencia. Corrió entre los árboles llegó a la zona del despeñadero, corrió entre rocas, entre matorrales, cruzó las aguas de un pequeño arroyo que saltaba en el vacío hacia el cañón del río, abajo. Corrió, corrió, corrió en pos del misterioso ser, espoleado por una suerte de locura Se perdió en la oscuridad de los valles.

X

En su cabeza bullía incesante el hallazgo de hacía siete noches. El cargado estado anímico, la pérdida de cualquier tipo de empatía entre él y Gregorio y, por otro lado, la buena relación que este mantenía con Bobby, o al menos eso le parecía a él, hizo que C. P. no abriese el pico sobre el misterioso suceso. Le había dado vueltas y más vueltas hasta llegar a confundir su memoria con el esbozo de los hechos que iba configurando su obsesivo repaso interno de las imágenes. Desde aquel día, su propósito de explorar la isla se había reforzado, pero desconfiaba cada vez más de sus compañeros. Una desconfianza que iba poco a poco mermando o paralizando su ya extraviada sociabilidad. Sentía en cada acto de dependencia con Bobby o con Gregorio, en cada ocasión en que los necesitaba para algo, un acto vergonzante. Dentro de él fue generando una extravagante confianza en sí mismo y un amor propio desmedido. ¿Cómo reaccionarían si les contaba lo que había visto? Si era algo que mereciera la pena, no quería compartir con nadie su descubrimiento; si era algo de lo que había que defenderse, no quería mostrar ninguna debilidad. Salía cada mañana hacia la jungla, hacia el río, por donde había perseguido a la criatura y donde creyó perder su rastro definitivamente.

Y más allá. Cierta madrugada, apenas recién nacida la luz del alba, se levantó con la firme decisión de llegar muy lejos hacia el interior ignoto de la isla, emprendió el camino y recorrió enormes trechos de selva durante todo el día, hasta quedar exhausto. Topó

con la tercera fila de montañas e hizo noche en uno de sus valles, cobijado en un tronco caído, envuelto como pudo en la vieja y raída manta que llevaba atada y le hacía las veces de mochila, colgada sobre las espaldas. El sueño se le hizo aquella noche interrumpido igual que en los primeros meses, lo mismo que aquellas noches de pavor en que no podía conciliar el sueño y pensaba que enloquecería por insomnio. Entre los continuos despertares, soñó que una legión de monstruos calvos y de color verde lo atacaba en mitad de la oscuridad nocturna, como seres de algún cuento de Lovecraft, con garras afiladas y dientes ensangrentados, los ojos inyectados de odio, saltones, como los de Bobby. Era como un ejército de muertos, pero eran también el chico rubio, ahora con sus greñas y con una barba lampiña, larga y sucia, como la paja de un viejo henar o los pelos de un ajo. Una venganza masiva de seres con el espíritu de Bobby, una venganza porque de pronto sintió en sus sueños que lo había estado vejando (seguramente exageraba), que tal vez no le estaba dispensando un trato demasiado bueno o amable. Quizá fueran los celos, o quizá no tuviera ningún sentimiento de celos contra Gregorio. Pero aquellos monstruos eran *bobbies* verdes que lo amenazaban, lo perseguían… Se despertó azorado, en estado de ansiedad, sudando y con la respiración jadeante, y creyó que al despertar iría a sentir, como si se hallara en su confortable cama de limpias sábanas, el alivio de las pesadillas que acaece tras encender la luz y comprobar que todo cuanto nos rodea pertenece al mundo de la seguridad doméstica, instalados en el útero de nuestro hogar, lejos todavía de la muerte. Pero no sintió tal alivio, tal gozo, tal descanso, porque, a su alrededor, ni siquiera encontró el espacio semihumanizado del interior de la gruta al que se había acostumbrado, la compañía de dos personas más. Menos aún podía topar con el interruptor de una lámpara de noche y un cómic de Astérix sobre la mesita para poder aligerar su espíritu. No. Una oscuridad completa lo envolvía, un suelo de hojarascas húmedas, un olor a tierra negra, un dulzor podrido. Una soledad como de muerte. La naturaleza y sus amenazas rodeaban a un ser, el hombre, que parecía no pertenecer a ella, débil, con frío aquella vez, mojado, tembloroso. Tuvo miedo a morir o a que realmente, tal y como había soñado, una turba de monstruos verdes lacayos de la Parca lo devorasen entre la hojarasca. Se colocó sobre la corteza

desgajada, que era la parte más seca de su improvisado lecho, y se hizo un ovillo cuanto pudo. Mantenía sus ojos abiertos y los movía para todas partes tratando de percibir algo de luz, alguna figura, algún árbol, la silueta de un trozo de horizonte. No veía nada. Solo escuchaba con atención, en espera angustiosa de que algún sonido se saliera de lo habitual, de los crujidos lejanos, los chirridos arbóreos, el leve crepitar bajo la tierra, el arroyo; esperaba que algún ruido concreto se aproximase demasiado o se asemejara al sonido que había escuchado la otra noche mientras orinaba. Era un ciego en la jungla, invadida por la bruma y las tinieblas. Así pasó la noche hasta que un ligerísimo resplandor de amanecer le permitió levantarse y caminar con algo más de certidumbre entre una luz plomiza con pálidas tonalidades verdes. Y comenzó el ascenso hacia uno de los montes centrales de la isla, donde la cuarta, quinta y sexta líneas empezaban a confundirse.

Extenuado, tras remontar entre la jungla la última ladera, luchando por distinguir su ruta entre la bruma, logró salir de la espesura y alcanzar una cima; se detuvo sobre una loma desmochada por los vientos y la altitud. Se trataba de una de las montañas medianas que formaban la quinta fila de aquella cadena que dividía la isla en dos. Toda la mañana anegado por la niebla, densa como el interior de una olla exprés, al llegar allí arriba y culminar sobre la cima de la montaña, había dejado de pronto el nivel de las nubes bajo sus pies. A su alrededor por tanto se abría un infinito mar de nubes blancas y espesas que, en el horizonte confuso, se juntaban con las formas esféricas de los anillos que circundaban la isla. A su paso por la jungla había ido agarrando algunas de las hierbas y frutos que conocía, y en la cáscara dura de una especie de mango había llenado unos decilitros de agua que llevaba con él. Se sentó en una amigable piedra roma donde se puso a comer algo. El sol aún golpeaba con fuerza aquel inabarcable y plácido mar de nubes que flotaba en el aire con su calma ingrávida, una vasta, ilimitada y regular planicie blanca de la que descollaban, como erráticos velámenes de color verde, los picos de las montañas más altas. Su piel se calentaba plácidamente, los rayos del sol comenzaron a mecerlo en ensoñaciones… Era el mismo sol que, tumbado en alguna playa o piscina del mundo civilizado, provoca esa delicuescente sensación de dejadez, esa maceración lumínica y

calurosa de los pensamientos, y esto le hizo transportarse a su existencia de antes, a su vida civilizada a la que ignoraba si algún día regresaría. Quedó dormido. Recuperó algunas horas de sueño de las que había perdido en ese estado de azorado aletargamiento sobre la corteza del árbol, humedecido hasta los tuétanos, sin saber si dormía o vigilaba. Lo hizo con una sonrisa dibujada en los labios, como un niño en el vientre materno, caliente y bendecido por el olvido. El olvido, sí, esa gran bendición del ser humano tan inalcanzable. Cuando despertó, la luz se había tornado cárdena, luego amoratada, y se escuchaban las primeras aves de la noche. El mar de nubes había descendido hasta la parte más baja de los valles y se había fragmentado hasta dejar diseminada toda la selva con jirones de algodón, y justo hacia el noroeste, en dirección contraria a donde en ese momento sus compañeros estarían preparando la cena, hacia la parte inexplorada, la isla había quedado desnuda a su deslumbrado examen. Oteó el horizonte, alelado por la belleza primigenia de la orografía, la vegetación y la luz, mecido ahora placenteramente en los sonidos de la jungla a cierta distancia y un olor más seco que el de costumbre. Comenzó el descenso a descabello, sin pensar en lo que pudiera encontrar más abajo, sin pensar dónde habría de pasar la noche en apenas una o dos horas, decidido a encontrarse con su destino de forma anticipada. Al llegar a la mitad de la falda, al fondo y hacia la derecha se divisaba una ladera más pendiente que formaba prácticamente una pared de roca y fragmentos de tierra escalonados. Se detuvo a mirar con detenimiento. Parecía abrirse allí una hilera de grutas de diferentes tamaños, con entradas tres veces más grandes que la que ellos habitaban y con un espacio llano frente a ellas, dispuestas a modo de inmensas gradas rocosas. En el valle corría también algún arroyo, tal y como denotaba la vegetación de ribera formando una línea paralela a la ladera. Por la orientación, era de suponer que aquellas cuevas estarían bendecidas por largas horas de sol, siempre que las nieblas le dejasen libertad para ejercer su alumbramiento. De pronto divisó algo que lo condujo de nuevo al escalofrío, sintió otra vez el pasmo vertebral, ahora sin terror, pues lo salvaba la distancia. La luz violácea y residual del ocaso le permitía usar con cierta utilidad el sentido de la vista. Aunque solo tenía una mínima miopía en el ojo derecho, ahora echaba de menos sus gafas,

perdidas hacía tanto tiempo, porque quería verlo todo; echó de menos entonces unos prismáticos. ¡Dios, están habitadas!, bisbiseó para sí. No podía descubrir con demasiado detalle las figuras, pero sin duda eran seres antropoides. Su intuición, en un brillo cartesiano de entendimiento, le decía clara y distintamente que la aparición de la otra noche cerca de su cueva no podía ser otra cosa que un ser de aquellos que ahora contemplaba desde lejos. Algunos, agrupados en la boca de una de las cuevas, permanecían tranquilos, en cuclillas, en un aparente reposo gregario. Otros se movían en las inmediaciones. Manipulaban objetos, golpeaban el suelo. Aunque la distancia era demasiada para poder estar seguro, le parecía a C. P. que el tamaño de los seres debía de ser pequeño. Se movían con agilidad y caminaban erguidos, ¡como humanos! Dios. Sí. Humanos. Cabía esa posibilidad. Cabe la posibilidad de que sean hombres primitivos, si estoy ante hombres pequeños, enanos, ante algún eslabón perdido, es una maravilla, tendré que decírselo a los otros me guste o no, no puedo descubrir y asimilar esto yo solo; deberíamos sobrevivir a todo esto que nos está sucediendo, deberíamos lograr escapar de aquí encontrar un medio y regresar a estudiar esta tribu, estos seres, estos… ¿qué son estos seres? No son tan peludos, apenas tienen vello en los glúteos, ni en el pecho; parece que aquellas son hembras, creo, no sé, y esos de ahí machos; son pequeños, parece, tendría que aproximarme más, pero si me interno en la jungla les perderé de vista; debo reflexionar sobre esto, debo decírselo a Gregorio y a Bobby, no me tomarán en serio.

La noche le cayó encima con benigna parsimonia. Ante el alucinado descubrimiento había decidido reflexionar, tomar otra vez descanso, buscar algún refugio sin descender más la ladera ni aproximarse a las cuevas habitadas por los seres diminutos. Tuvo que caminar poco, puesto que la zona estaba salpicada de pequeñas cuevas y abrigos en las rocas. C. P. se introdujo dentro de una de ellas y desató una vez más su carcomido mantón que hacía las veces de hatillo. Apenas se hubo arrebujado cuando escuchó pisadas en la boca de la cueva. Ignoraba si era su imaginación, agitada ahora por la visión de aquella tribu enana. Aguzó sus sentidos y pudo escuchar con certidumbre el merodeo de algún ser vivo en la entrada de su refugio. Se destapó para permanecer un instante con los ojos clavados en la oscuridad. Apenas un levísimo resplandor

azulino llegó por fin hasta sus pupilas; podía intuir el fragmento arqueado de un cielo nocturno, con su leve luminiscencia malva, recortado contra la embocadura de la gruta. Una silueta sigilosa se recortó a su vez sobre ese arco pálidamente luminoso. Su corazón comenzó a latir con fuerza, tanto que a C. P. le parecía que la concavidad de las rocas retenía como una caja de resonancia sus latidos. El ser diminuto y ligeramente encorvado no podía ver dentro otra cosa que negrura; sus ojos no estaban acostumbrados al interior, así que C. P. comprendió que aquella era su oportunidad, debía aprovechar su ventaja y lanzarse hacia la cosa viviente.

Corrió hacia la silueta vacilante, se lanzó a ella y la derribó con facilidad. Se montó sobre su cuerpo al tiempo que inmovilizaba sus brazos presionándolos fuertemente contra la tierra. El ser diminuto jadeaba y emitía sonidos más bien agudos, gritaba y se meneaba tratando de zafarse de los brazos de C. P. Desprendía un ligero olor a limo agrio, pero no resultaba desagradable. Pudo comprobar que era un ser fibroso, fuerte, pero no como un simio; por el contrario, podía mantenerlo fijo contra el suelo sin que lograra hacerle frente ni librarse de la postura con que lo subyugaba. El tacto de aquella especie de hombrecillo era suave, sin exceso de vello como pudiera tener un orangután u otro primate superior. De pronto, el ser pareció relajarse. Emitió un chillido leve y miró fijamente a su opresor. C. P. aprovechó la calma para levantarse sin soltar al hombrecillo; le retorció el brazo y puestos en pie lo sacó hasta el exterior, bajo la luz de la noche. La cosa se revolvió y logró escaparse, pero no huyó. Se quedó examinando al gigante forastero a un par de metros de distancia. C. P. no se extrañó de haber podido ganarle en la lucha, pues aquel ser, fuera un hombrecillo o un niño salvaje, le llegaba justo hasta el ombligo y era bastante delgado. Si era un monstruo enano, no disponía de una fuerza descomunal. Se agachó a la altura de su cara y se miraron de cerca. No tenía los ojos saltones, como le había parecido en su primer encuentro. Disponía de una frente echada para atrás, y prominentes las regiones supraorbitales y el intercilio, los ojos moderadamente pequeños y algo rasgados brillaban con la poca luz azul que desprendía el cielo. El pelo era largo y ralo. La nariz chata y de enorme anchura en la base, los labios finos aunque de boca bastante grande. Tenía algo de vellosidad en los hombros y en el bajo

vientre. ¡Era una hembra! Una mujer. Tenía unos pechos pequeños pero bastante desarrollados; no se levantaban precisamente con la turgencia de un cartel de lencería, pero tampoco colgaban como dos vejigas desinfladas; eran lo más parecido a unos senos púberes. Coligió rápidamente que no se trataba de una niña, sino de una mujer joven. Era incalculable su edad, pero era un miembro joven de una extraña especie. No podía apreciar con exactitud el color de su piel, pero le parecía brillar en la noche con destellos cobrizos. Ella se acercó para oler el cuerpo de C. P. y llegó a chuparle un poco su estómago. A él le dio un respingo. Sintió placer y se sentía confundido. En la exploración de aquella mujercilla diminuta siguió bajando la mirada, acercándose mucho mientras se agachaba hasta descubrir un pubis velludo. Le abrió las piernas con las palmas de la mano. Bajo el pubis selvático se despejaba una vulva auténtica de mujer, perfecta, con sus labios carnosos y la formación de ligeros vallecitos al encuentro con las ingles. La joven se revolvió. Entonces él la agarró y le pegó un fuerte manotazo en la cara. Ella gritó como un pequeño animal indefenso. La volvió a golpear con fuerza hasta arrojarla al suelo. La agarró de la muñeca y la levantó lleno de violencia, comenzó a batirla como quien sacude una almohada en el aire y a darle bofetones hasta que ella dejó de gritar. La puso de espaldas y le bajó el cuello hasta tenerla completamente agachada. Él tuvo que doblar mucho las rodillas, pero, con ayuda del desnivel del suelo, logró colocar la punta de su miembro en la entrada perlada bajo aquellos labios y comenzó a violarla furioso y lleno de saña. Al penetrarla, la pequeña mujercilla emitió un estridente chillido, hasta que su vagina se dilató lo suficiente y el roce perdió algo de la brutal presión con que parecía la iba a desgarrar. Tras una serie no muy larga de arremetidas ejecutadas con ciega e intensa violencia, la agarró de la cabellera, la arrojó de rodillas contra el suelo y forzó a la joven diminuta para que se introdujera en la boca su pene. La acción no dejaba de entrañar ciertos riesgos para él, si se piensa que el geólogo ignoraba por completo los hábitos alimenticios de aquellos seres. Ella lo hacía asustada, pero con delicadeza. Succionaba con su boca llena de humedad su miembro enhiesto y latiente, desproporcionadamente grande para ella. Él le agarró las manos y se las dirigió hasta sus testículos, haciéndola entender que se los masajeara mientras le hacía la

felación. La joven había dejado de emitir quejidos chirriantes y comenzó a jadear cuando él, llevado por una excitación que lo despojaba de cualquier escrúpulo, empezó a lamer los genitales de la muchacha semihumana y tan pequeña. La tumbó boca arriba sobre la hierba fresca, le subió las piernas juntas prácticamente hasta hacerle tocar sus tobillos con las orejas y le introdujo su lengua en la vagina, le lamió los labios, el clítoris, incluso el ano. A C. P. le pareció algo delicioso, no desprendía ningún olor que le repugnara, le sabía un poco a mantequilla y a algo ácido. Luego la penetró compulsivamente, hasta eyacular en lo más hondo de su interior. Estuvo a punto de abrazarla, pero lejos de una pulsión así, semejante al amor, sintió por primera vez algo de repugnancia o asco, pues tales son los resortes de la eyaculación, después de cuyo clímax suelen abrirse paso la calma, la contrición o incluso el abatimiento. El olor a limo que había percibido en un principio le inundó su nariz. La miró a los ojos. Ella lo observaba desde el suelo, se había puesto en cuclillas, alebrada y llena de su esperma. Nunca ningún congénere la había copulado así, con tanta variedad de acciones; nadie, ninguno de los miembros de la tribu en la que vivía la había cubierto además en esa posición última, boca arriba, en la que él había descargado toda su tensión. Se encontraba asustada, pero también complacida. Se acercó despacio a él y le tocó con suavidad un muslo, como examinándolo. C. P. reaccionó con brutalidad y le propinó un fuerte manotazo en el rostro. La delicada criatura gimió y se dio a la fuga, corrió como la primera noche, dando saltos entre las rocas, empezó el descenso de la ladera y se perdió en la noche.

XI

Esa extraña satisfacción maldita esculpía una sonrisa en sus labios mientras caminaba con gracilidad hacia su cueva, sorteaba piedras, ramas y zonas enfangadas. La rueda pinchuda del arrepentimiento había permanecido quieta, sin hacer, como en otras ocasiones, su amargo viaje desde el centro de sus entrañas hasta la cabeza. De entre la maraña de la jungla, a un lado de la trocha natural por la que hacía su camino de vuelta, una especie de faisán de colores muy vivos salió a su paso. Primero era un macho y luego salió también la hembra. C. P. comenzó a perseguirlos. Como casi todos los seres de la isla, aquellas aves mostraban una misteriosa mansedumbre y no parecían huir con demasiada urgencia, de modo que pudo coger a ambos, macho y hembra, por el cuello; les agarró las patas y con una liana que tomó del suelo los ató y se los colgó en el viejo mantón hatillo sobre sus espaldas. De vez en cuando los faisanes se revolvían, pero luego permanecían largos espacios de tiempo quietos, como si se hubieran desmayado. Aleteaban espasmódicamente durante unos segundos y volvían a reposar como si estuvieran muertos. Nadie podía controlar nada de lo que él hacía en esa isla, únicamente Gregorio o Bobby. La violación a la mujercilla dorada era una acción más de las que era libre para ejecutar sin que nada ni nadie se lo impidiera o tuviera por qué juzgarlo. No existía para él tampoco la mirada altiva y elevada de un ser supremo capaz de coaccionar sus actos, porque en sus largos desvelos y terrores nocturnos había ido purgando de su psique todo

rescoldo de metafísica escatológica, toda teología, aleatoriamente persuadido por silogismos muy profundos siempre relacionados con el temor, la muerte, la locura, la supervivencia, la voluntad, el instinto o el poder. Si la había dispensado un trato violento y la había hecho daño, eso a él le provocaba un placer inexplicable, una sensación de poder que nunca antes en su vida había experimentado. Ya pensaba en repetir. Podía hacer cualquier cosa que se le pasara por el pensamiento, usar todo lo que estaba a su alcance, llevar la satisfacción más perversa de sus instintos hasta donde le fuera posible y de la manera que él quisiera, porque ninguna ley, ningún código moral lo obligaba o lo condicionaba. No había riesgos, no había presiones, no había más que supervivencia, y eso lo exculpaba moralmente de cualquier acto. En realidad no había necesidad de exculpación porque no existía tampoco el delito, ni el juez ni el tribunal. Él solo frente al vacío. Sus únicos deleites eran esos en un mundo con el tiempo tan elástico. Sin embargo, en su fuero más interno, crecía alguna pequeña e incipiente espina. La rueda pinchuda del arrepentimiento dormía en su interior, porque C. P. no tenía rubricado en su natural biología, en su morfología neuronal, el perfil de un psicópata desalmado. Su sistema emocional había funcionado siempre bien, su capacidad de amar no había sido nunca inferior a la de otros hombres; solo ahora, después de aquellos meses en la isla y de su viciada relación con sus compañeros, después de tantas noches sufriendo en soledad, la crisálida de su alma, consciente, parecía estar excretando una polilla oscura y abominable. Sin embargo, algo dentro de sí, algún resorte oculto de lo que en términos freudianos podríamos denominar el superego, seguiría lamiendo el cuenco oscuro de su personalidad. Para empezar, se daba cuenta de que en esa situación salvaje desprovista de los vigías sociales y morales de la civilización, y despojado él de cualquier instinto moral previo o primigenio del que poder echar mano, una suerte de animalidad se había ido apoderando de sus actos y pulsiones. Le provocaba un profundo sentimiento de vergüenza, no exteriorizada, el que sus intereses intelectuales sobre cuanto lo rodeaba hubieran quedado relegados a un séptimo y lejano plano; que lo primero que ocupaba su vida fuera la satisfacción cuanto más inmoderada mejor de sus apetitos. No sentía la querencia de otras veces por el conocimiento

y la sabiduría, ese afán de aproximarse a cualquier objeto por el flanco de la curiosidad intelectual. ¿Había sido solo un espejismo, un afán de notoriedad social, un interés espurio en sus códigos internos y en su auténtica personalidad? Era lo único que tenía. No contaba con la posibilidad de regresar a la civilización; creía saber que moriría un día u otro antes de poder escapar de su indeseado edén verde y neblinoso. No pensaba en dejar consignado todo aquel maravilloso mundo que iba descubriendo, el inopinado hallazgo de unos seres antropoides no extinguidos, seres primitivos con toda probabilidad, tal vez alguna especie relíctica en ese lugar remoto y olvidado. Le daba igual la ciencia, la cultura y todo interés por clasificar, analizar o descubrir los misterios de la isla. ¿Dónde quedaba entonces la búsqueda de la sabiduría, las verdades o el conocimiento? Su único objetivo era sobrevivir con las mayores dosis de placer y de dominio sobre el entorno que pudiera obtener. Regresaría a esa ladera y sometería a esos seres a su voluntad, eso lo llenaba de emoción lúdica, como el niño que alberga en su imaginación llegar a poseer algún tipo de diminutos seres con los que jugar, ejercer sobre ellos su voluntad sin trabas, incluso con crueldad; ese mórbido placer en la dominación sobre seres débiles e indefensos.

Todo eso, que cavilaba con exacta frialdad, le hacía sentir contrariamente como un maldito imbécil, como un animal desalmado, una alimaña, desde luego, en tanto que ser humano, como un tipo desprovisto de interés. Lo arrastraba a la última categoría de hombre en estado precultural, lo hacía sentirse como un ser vil y mezquino, cuyos adornos intelectuales no habían sido otra cosa que una discreta e impostada participación en el juego de abalorios de la cultura humana. Ahora meditaba la posibilidad de comentar algo de todo ello a sus compañeros cuando llegara hasta su cueva. No pudo premeditar nada; solo cuando los tuviera enfrente sabría cómo actuar o qué decir. Los faisanes serían el primer tema de conversación, por escueta que esta fuera. Al menos había un pretexto para explicar su escapada de dos días lejos de la gruta; traía algo de caza, y su propuesta sería no matar aquellos animales, sino acorralarlos, convertirlos en animales de granja, obtener de la hembra huevos frescos, hacer proliferar sus descendientes, criarlos, aumentar la granja y de vez en cuando

comerse algún ejemplar. Se sentía reinventando el neolítico, y también pensó en esos cuentos infantiles en los que un ogro enjaula criaturas humanas para después devorarlas. Comprendió que aquella idea, la de la granja, resultaba igual de cruel en sus principios que la violación de un ser inferior física y mentalmente como lo era la mujercilla primitiva. Había algún paralelismo, sintió, cuando vio colgando aquellas aves con sus ojos asustados, sometidas a su prisión, víctimas del destino de un ser muy superior. La única diferencia para determinar el grado de perversidad que había en sacrificar a unos seres o a otros era ¿su grado de inteligencia?, ¿el grado de semejanza o familiaridad con los seres humanos? ¿Cómo podemos determinar el grado de sufrimiento de ningún ser vivo si no es el nuestro? De pronto creyó aún más justificada cualquier demostración de fuerza o cualquier abuso que pudiera ejercer en propio beneficio, porque en el origen del progreso humano, en los albores de la civilización, aparte de una laboriosidad desenfrenada y sin finalidad, un fundamento terrorífico se hallaba inserto en todo, en cada principio, en cada acto evolutivo de la inteligencia individual y colectiva. El afán de dominio, el abuso protervo, el egoísmo absoluto, la maldad. Cualquier acción proveniente de la necesidad por supervivir se convertía así en un acto desprovisto de moral. Parecía haber llegado a una conclusión: si puedo dar satisfacción a mi cuerpo en un entorno del que poco a poco quiero ir adueñándome, un entorno del que no soy más que un expulsado del paraíso, lo haré; me adueñaré de esta isla y la someteré a mi arbitrio, tenga esto las consecuencias que tenga para los demás seres. Solo yo siento, gozo y sufro; solo yo importo. Yo soy el ogro. Quizá estos principios de egoísmo, voluntad de poder y abuso perpetuado, así como la conjunción colaborativa de ciertos grupúsculos de ogros habían sido los resortes de la evolución humana hasta llegar a la civilización contemporánea, en cuyo discurso prevalecían esas mismas artimañas de la dominación bajo formas disimuladas.

Sumergido en estos silogismos llegó hasta las proximidades de la gruta. La noche terminaba de caer, y acompañaba a la penumbra vespertina una de esas neblinas templadas que lo invadían todo. Pero de pronto, igual que en otras ocasiones, un viento amenazante, una fuerza desquiciada en el aire comenzaba a soplar. Se la

escuchaba siempre llegar por las montañas. Los árboles de las laderas más altas eran los primeros en bramar. Luego llegaba el viento. Destrozaba plantas y árboles. Movía incluso piedras y levantaba terrones de barro, ramas y hojarasca. El viento le producía, lo mismo que a sus compañeros una profunda desazón. En ocasiones era tan fuerte que con él presentían su propia extinción o su locura.

Al descubrir a Gregorio y Bobby en su rutina normal de la cena, C. P. pensó que el geofísico y el piloto eran en realidad los que mejor se habían adaptado al medio; no perseguían extrañas ilusiones de dominio sobre su entorno; habían caído en el ingrávido placer de un alcaloide como el de la hierba de la paz y con eso, al menos le parecía a él, se habían conformado. Ni siquiera lo saludaron. Gregorio le dispensó una mirada de desprecio, la misma mirada de desprecio que siempre sentía que le dispensaba; mientras que Bobby fue algo más amable y llegó a sonreírle y ofrecerle algo de comida:

—¿Quieres un poco de liebre roja?

—No, Bobby, no quiero.

—*Where have you been?* —le preguntó en inglés.

—Reconociendo la isla. No creo que nos conduzca a nada estar todo el día frente a esta cueva. Como máximo la playa, el río y poco más; creo que deberíamos hacer algo. Tal vez haya vida humana tras esas colinas —C. P. albergaba ahora el mezquino sentimiento de superioridad de aquel que se sacrifica con un esfuerzo y ve cómo los demás permanecen ociosos dejando escapar la ocasión de prepararse para un futuro inmediato y ser partícipes del laborioso progreso personal, del éxito.

—Ya hemos discutido eso otras veces y no creemos que el hombre haya nunca pisado esta isla, ni que exista nada parecido a nosotros habitando estas selvas —respondió Gregorio con tono agrio, llenando de satisfacción con su respuesta al geólogo, engordando su sentimiento de superioridad por haberse mostrado tan ignorante sobre la realidad de aquel lugar. Y añadió—: o es que has visto algo, ¿eh?

Su mirada de soslayo hizo sospechar a C. P. y se le cruzó como un rayo la idea de que Gregorio hubiera tomado contacto con alguno de esos seres, con su mujercilla dorada tal vez. Experimentó

una punzada semejante a los celos. Quizá aquella respuesta del piloto solo había mostrado ignorancia para disuadirlo, acaso con afán indagatorio. Después de todo, aquella otra noche, la primera, mientras orinaba en el árbol, había sido la doradilla la que llegara hasta los alrededores, tal vez en busca de Gregorio. Le pareció una probabilidad remota, incluso absurda, pero la guardó en su mente como un resquicio de verdad.

—No. Lo cierto es que no he visto ningún indicio. Pero ¿y los cráneos que encontramos hace meses? —respondió disuasoriamente C. P., decidido a escamotearles cualquier información sobre su descubrimiento. Si era verdad que Gregorio sabía algo, que en algún momento había entrado ya en contacto con la mujercilla diminuta o con cualquier otro antropoide de aquellos, entonces debería ser el primero en dar un paso y confesar. Pero el piloto se hallaba muy lejos de cualquier elucubración sobre la existencia de algún tipo de ser bípedo en la isla, porque él en verdad no sabía absolutamente nada.

—Pueden ser tan antiguos… —afirmó Bobby.

—¿Qué os parece si criamos estos animales? —C. P. había introducido los faisanes, cuyo macho disponía de una espléndida cola matizada con vivos colores, en un rincón vallado a la entrada de la gruta, un rincón cercado con maderas y piedras donde guardaban algunas piezas cuando la caza llegaba a producir algún excedente. Los compañeros llevaron su vista hasta las dos aves. Luego respondieron con una mirada positiva a C. P., con una insinuación implícita de: «esto va bien, sí, es buena idea; tal vez haya un futuro para nosotros».

Mientras, el viento les apagó la hoguera y comenzó a amenazar con echarles algún árbol encima o simplemente levantarlos en el aire para llevarlos en volandas hasta terminar lanzándolos contra el océano.

Se metieron en la gruta. Aquella conversación, la más larga desde hacía varias semanas, les había prendido algo de alegría en los corazones. Todos, incluso C. P., se acostaron en sus lechos con la sensación de haber hecho algo magnífico aquella noche. El hecho de charlar y recuperar en cierta medida la capacidad de trazar algún plan parecía unirlos de pronto en una renovada hermandad.

A media noche los soplidos amenazantes de la tormenta habían

cesado. Dentro de la cueva apenas se podían adivinar las siluetas de sus cuerpos durmientes. El silencio era completo y un olor salado entró por la boca de la gruta como una bocanada de mar caliente. Bobby pareció desperezarse; salió de su catre y se puso en pie. C. P. lo miraba despierto. Al ver a Bobby levantarse y salir de la cueva decidió seguirlo. Gregorio mantenía los ojos abiertos, quieto y en apariencia dormido, viendo cómo sus compañeros, primero Bobby, después C. P., salían de la gruta removiendo levemente el aire salino y templado de la madrugada. C. P. seguía con sigilo artero a Bobby en su paseo solitario. Lo más normal es que fuera a liberar su vejiga, pero aún así decidió ir detrás. La luna había ascendido por el cerrado horizonte y comenzaba a iluminar las zonas con menos vegetación. Sin embargo Bobby no se dirigía a orinar contra cualquier árbol. Caminó bajo la luz fosforescente en dirección a los cañones y se sentó al borde del despeñadero del río después de atravesar esa porción de jungla que ya les era familiar. C. P. lo observaba oculto tras la vegetación, pero apenas podía descubrirlo. Torcía los ojos para agudizar su visión y tuvo que aproximarse tanto que, con el ruido de sus pisadas, Bobby se apercibió de la presencia de alguien.

—¿Gregorio? —inquirió.

—Soy Camilo —respondió él, y llegó hasta donde se encontraba Bobby, tras lo cual se sentó a su lado— ¿Qué haces aquí?

Según le hizo esta pregunta le tomó la mano y la puso sobre su sexo. Bobby lo miró extrañado. No sabía a qué venía aquel gesto, una sugerencia o invitación demasiado burda para que iniciara su callada labor de complacencia.

Bobby se negó. Hubo una discusión escueta:

—Si fuera Gregorio no te negarías, ¿verdad?

—Me negaría en cualquier caso, porque estoy aquí solo, quiero estar solo y vine para estar solo.

—Eres un tipo muy raro.

Nunca, en todo el tiempo que habían pasado juntos le había proferido una opinión tan tajante y arbitraria, y nunca antes Bobby había reaccionado como aquella noche. Sin levantarse comenzó a gritar a C. P., se puso en pie como propulsado por el resorte de la justa ira y le propinó un empujón:

—¿Quién eres tú, eh, para decir que soy raro? Eres un cretino…

—usó dicterios en español e inglés, pero siempre proferidos con la rabia y elocuencia de aquel a quien se ha ofendido con hondura medular.

Se levantaron del borde del acantilado. C. P. le devolvió el empujón e incluso levantó su puño en el aire y lo mantuvo quieto en posición de amenaza, esperando de Bobby una sacudida de miedo y una imploración de piedad; pero lejos de esto, el joven de mirada errática escupió a la cara del doctor en Geología.

A un lado, a distancia de ellos, sigiloso, se había escondido detrás de un árbol Gregorio, quien contemplaba toda la escena. Al otro lado se abría el abismo oscuro del acantilado.

—Podría tirarte al vacío —le amenazó C. P.

—Eres un imbécil —le respondió Bobby.

Un brote de ira recorrió la espina dorsal de C. P., notó un calor que lo invadía, tuvo la sensación de que su cabeza volaba y comenzaba a dar giros en el espacio repentinamente cálido de la noche. Puso en el rostro inocente pero marchito y curtido de Bobby todo el odio de su corazón, le miró a los ojos azules, de pronto impávidos, le observó los labios embutidos en esa barba pajiza, rala y desordenada, tomándolo por sorpresa entre sus brazos como a un hermano, para abrazarlo. Bobby creyó que era una suerte de reconciliación, un gesto de amor o de perdón, y no lo rechazó esta vez. Incluso le imploró disculpas con su mirada tranquila, una tranquilidad recién acaecida, a la que sin duda contribuía una buena dosis de la planta de la paz cuyas últimas briznas mordisqueadas guardaba bajo su lengua. C. P. se separó unos centímetros de él y lo empujó al vacío. El cuerpo de Bobby voló en silencio, no profirió ningún quejido, no hubo protestas en el aire, ni insultos, ni un grito de terror ante su cuerpo suspendido y en caída libre. Antes de batirse contra el río oscuro en el fondo del acantilado chocó contra una afilada roca cercenante y su cuerpo salió despedido en dos pedazos. Uno, el más pequeño, tal vez un brazo o una pierna, se perdió sigiloso entre las rocas; del otro se escuchó un leve chasquido contra el agua. Esta vez el arrepentimiento no tardó en llegar, con su rodillo de pinchos caminando desde el interior del estómago hasta el pecho y luego, cuello arriba, hasta la cabeza. Incluso estuvo a punto de precipitarse voluntariamente detrás de quien hasta hacía unos minutos había

considerado su amigo; pero le pudo su instinto de conservación, su espíritu pragmático o simplemente la condición de alimaña que alberga la mayoría de los hombres, pensaba, tratando de justificar su abyecto homicidio. Aparcó con subyugada voluntad su rueda pinchuda, porque al fin y al cabo la rueda pinchuda era suya, él era el dueño, rodaba por el interior de su cuerpo preñada de culpa, quería descender a sus hijos espinosos en lo alto de su mente como albergados en un caballo de Troya; pero dentro de la rueda hizo subir al chófer de la indolencia y el instinto, y la rueda se replegó, obediente a sus deseos. Habrían de pasar aproximadamente treinta años más para que consumase una acción semejante de suicidio; pero otras razones, otros pesos en su alma irían a sumarse para que su voluntad lo condujera en años ulteriores y definitivos a la completa autodestrucción.

Gregorio, detrás de su árbol, permaneció impasible, tras haber dejado correr ante sus ojos el repentino, inesperado y por tanto inevitable acto homicida del geólogo. Era sencillo: no había podido evitarlo a tiempo porque no había sido previsible. No salió de su escondrijo, no hizo ningún intento de venganza. Dio media vuelta con el menor ruido posible, pese a lo cual C. P. pudo escuchar sus pisadas crujiendo la hojarasca Incluso llegó a verlo correr en dirección opuesta al acantilado. Le gritó «¡Gregorio! ¡Gregorio!», corrió unos metros detrás de él, pocos, enseguida se detuvo. Miró su estela perderse entre las rocas y los árboles.

Se dirige hacia el sur, hacia las playas, pensó.

XII

El reino del gigante

La pequeña manada de estegodones pacía tranquila en la ribera. Una de las crías, no más grande que un perro mediano, jugaba con el agua del arroyo, hundía su pequeña trompa en el agua limpia, justo en el remanso originado por una poza donde el estrecho caudal se ensanchaba y formaba, a un lado, un calmado saliente de agua más profunda. De vez en cuando ascendía la trompa en el aire y se echaba el agua en aspersión por encima de su espalda. La espesura vegetal de la jungla ocultaba en su interior, pertrechado y acechante, a un grupo de doradillos, entre los que destacaba en la retaguardia un enorme humano de aspecto salvaje, con larga, enredada y asquerosa melena hasta media espalda, barba intonsa, desordenada y sucia, desnudo, renegrido y los pies hinchados con la planta convertida en una enorme llaga más resistente que cualquier suela de caucho; era C. P., quien también portaba entre sus manos un palo afilado de *paiutek*. Si seguían reptando, escurriéndose entre la áspera densidad del sotobosque, los diminutos paquidermos del tamaño de un ciervo podrían descubrirlos y emprender la huida.

Primero C. P. le hizo un gesto a Róber, quien luego gesticuló con la punta de su lanza, moviéndola silenciosa en el aire para que, en forma de mandato, dos de ellos dieran un rodeo y poder así emboscar a la manada. Fueron Carnudo y otro macho joven sin nombre aún. Aguardaron en sigilo de este lado de sus presas, mientras los otros daban un rodeo para tomar sus posiciones al lado opuesto de los animales. Algunos miembros más de la manada de elefantes se zambulleron en la poza junto con la cría. Pasado un tiempo los doradillos salieron de su escondite por ambos flancos, las lanzas levantadas. Los estegodones comenzaron a dar vueltas sobre sí mismos, pues no sabían por dónde huir. Salieron primero los del grupo donde se encontraba C. P. y luego los de la línea de enfrente. Los pequeños elefantes se metieron en el agua, alguno tomó la alternativa correcta y se escapó aplastando la maleza por el único hueco que quedaba entre los dos grupos de cazadores y la orilla del arroyo. Se escuchó el barrito desesperado de una hembra, ubicada en posición defensiva junto a su cría. Las lanzas de *paiutek* llovieron sobre el cuerpo de un viejo macho de estegodón que se había encallado en la zona corriente del caudal. Otros hombrecillos comenzaron a clavar en puntos estratégicos del animal sus palos afilados. Poco a poco, entre gritos de ataque por parte de los doradillos y chillidos estridentes de dolor por parte del animal, entre chapoteos impotentes, fueron reduciéndolo hasta que el elefante se derrumbó sobre el agua. La corriente chocaba contra su piel, una epidermis casi negra y más lisa que la de sus parientes gigantes de los continentes, y pasaba por encima de las patas apoyadas en el fondo del arroyo, como por las piedras de una fuente ornamental. La madre y la cría lograron seguir los pasos urgentes de los otros miembros de la manada y escaparon por la zona ya prensada de la maleza, selva adentro, dejando entre el interior de la jungla una trocha improvisada: la aplastada huella de la salvación. El agua lavaba la sangre del recién cazado. Lo despiezarían allí mismo con mucho trabajo. Debían sacarlo del agua, ponerlo en la orilla, e ir por lajas y hachas de mano hasta el poblado. C. P. contemplaba la escena y daba órdenes de que fueran a las grutas para recoger lo necesario. Aunque él portaba su arma, nunca intervenía ni entraba en el ataque de las presas; prefería permanecer en la retaguardia y preservar así su vida. Se limitaba a

dirigir a los doradillos cuando veía que alguno se equivocaba. Marcaba la estrategia. En el arroyo, aguardando los útiles para cortar la pieza, permanecieron dos doradillos. El resto se dirigió al poblado junto con el gigante blanco, el todopoderoso ser que hacía muchas lunas había llegado para subvertir el orden de las cosas. Les había perfeccionado las herramientas. En realidad él no sabía afilar piedras sacando lascas por medio de hábiles golpes de unas contra otras, pero las había atado a palos firmemente, lo que facilitaba mucho su uso. Poco a poco y en grandes porciones de carne y grasa irían conduciendo la pieza hasta el poblado.

C. P. llegó a su gruta y llamó con un gesto a sus mujercillas. Aisa, su hembra principal, se encontraba en cuclillas junto a Craso, otro miembro joven del clan, que le acariciaba la espalda. Su mirada se llenó de ira, gritó. Aisa se irguió como empujada de un potente resorte. Craso bajó sumiso la cabeza y buscó retirarse en dirección contraria; pero el gigante mandó que lo condujeran hasta él. Había osado acariciar a la mujer predilecta en el extraño harén del coloso. Los hombrecillos dorados fueron arremolinándose en torno a la hoguera donde se estaba produciendo la escena. Sabían que la tormenta estaba a punto de estallar, que de nuevo la ley inexorable del gigante se iba a imponer a uno de los miembros de los doradillos.

Dentro del orden del universo, la isla de Serolf pasaba la tarde apacible e inexistente en mitad del océano Índico, hundida entre las brumas que la hacían invisible. Mientras, en un lugar a miles de kilómetros, en otro continente, un grupo de humanos se reunía, embutidos en sus trajes azules, marrones y grises, dentro de una de las infinitas salas del edificio Brip, en la cosmopolita ciudad de Londres, que es como decir la blanca nieve. La convocatoria se hacía por completo al margen del conocimiento de la española Repansa y del profesor Garrido. La crisis del petróleo había ido quedando atrás, así que ya no urgía la búsqueda desesperada del

preciado y viscoso mineral negro; se podían establecer relajadas relaciones comerciales con más países y a un ritmo que permitiera tramitar todo con mayor conveniencia. Era un día de mayo esplendoroso, un auténtico día de primavera incluso en Londres y un rayo de sol atravesaba el agua a través del vaso de vidrio y llegaba oblicuo hasta la mesa de caoba, que se iluminaba con un brillo rojizo. Este brillo rojizo fue percibido de manera más o menos inconsciente por sus sentidos y generó cierto optimismo en el maduro ejecutivo, quien, todavía antes de hablar, levantó el vaso y se aclaró parsimoniosamente la voz:

—Si todo va bien, en unos meses podremos organizar una nueva tanda de exploraciones: como principales puntos estratégicos en nuestro plan de expansión y búsqueda de nuevos yacimientos, no solo tenemos América del Sur, África del norte, principalmente Libia, y algunas zonas del África central y del sur en las que tenemos nada más que esperar las negociaciones con sus respectivos gobiernos y donde ya se tienen las fuentes perfectamente localizadas; además de eso no debemos olvidar algunos proyectos abandonados provisionalmente, pero que convendría tomar en consideración para retomarlos, tal y como sucede con las pequeñas islas del Pacífico y del Índico.

—En esto no estamos tan seguros, señor Z —respondió quien había sido durante años el director de la compañía, con su rostro regordete y moreno, poco británico, y su rictus entre agrio e irónico dibujado en sus labios algo gruesos.

El nuevo director, el señor Z, pelirrojo y enteco, con sus ojos azules salpicados de puntitos negros dejó claro que la nueva política de la empresa debía ser más agresiva, y añadió:

—Debemos esmeramos en esa región y será cuestión de tiempo el que reemprendamos nuestra búsqueda, aunque también debemos reconocer que hay zonas más urgentes y avanzadas; queda aún mucho camino por recorrer.

De nuevo agarró el vaso para llevárselo a los labios y beber un trago de agua, y de nuevo el brillo de la madera de caoba le insufló un extraño optimismo que le hacía sentirse un poco el dueño del mundo. Después de todo, ser director de una de las más importantes compañías de petróleos era ser uno de los hombres más importantes de la Tierra. Ellos sabían que compraban voluntades, que

organizaban batallitas y ordenaban de algún modo las piezas del tablero. Cada vez que su coche lo dejaba frente a la puerta del *Brip Building*, cada vez que salía de su lujoso automóvil cuando su chófer le abría la puerta y miraba hacia arriba el imponente edificio de su compañía, se sentía lleno de orgullo y con un papel importante que desempeñar. Aquellos directivos y los de otras corporaciones similares en otros lugares del planeta tenían el mundo entre sus manos; Londres brillaba, el *Brip Building* brillaba, las expectativas económicas brillaban. Trazaban los planos para clavar sus trompas negras en la tierra. Otros, al mismo tiempo, clavarían las suyas, no menos ávidas, más sutiles, en las ilusiones, en el trabajo y en las cartillas de sus pobladores.

Volvió a golpear con fuerza su rostro hasta hacerle una profunda herida en la sien. La sangre comenzó a brotar como un surtidor latiente de dolor. El resto del grupo que se encontraba en los alrededores de la cueva alfa contemplaba con callado espanto la paliza; pero C. P. interpretaba aquel sentimiento de los hombrecillos dorados como una expresión anodina de desafecto hacia sus propios congéneres. Aquella vez debía demostrar más que nunca su fuerza. Debería de una vez atajar cualquier intento de rebelión o de desobediencia. Si la semana anterior había dejado en estado de semiinconsciencia a Malojo porque creyó ver en él un indicio de rebeldía al no obedecerle cuando le pidió que le alcanzase un pedazo de carne asada, esta vez, a Craso le daría su merecido por haber querido fornicar con Aisa.

—¡Eso sí que no, imbécil! ¡Malditos seres estúpidos y anodinos! Os he dado incluso el nombre, os estoy enseñando secretos que tardaríais milenios en descubrir o que tal vez nunca descubriríais —cuando él hablaba todos se quedaban como embaucados por alguna clase de encanto, como si escucharan el canto de una sirena.

En realidad, había semanas en que no les dirigía la palabra y muchas veces C. P. pensaba que perdería por completo la facultad del habla, puesto que se había descubierto a sí mismo en más de una ocasión bisbiseando en pensamientos aquellos fonemas oclusivos de rudimentaria construcción con los que los pequeños

seres se comunicaban.

—Ya sabes: Aisa, Negra, Yacija, Bea y Rami ni tocarlas. *Pat, pat, ggg*.

Ellas miraban semiacurrucadas a un lado de la escena, y en sus rostros de rasgos orientales, aniñados y simiescos se esculpía una mezcla de espanto y de orgullo. Espanto ante lo que podría convertirse en una lluvia arbitraria de brutales golpes, y orgullo porque todas ellas se sabían las hembras del señor absoluto, el ser más poderoso que habían conocido nunca. Un misterioso poder más allá de la fuerza física protegía a Pet, el humano.

Acompañaba sus palabras con vivas gesticulaciones. Movía las manos en sentido de negación, se pegaba con su mano en la otra para indicar que «no se toca», volvía a amenazar a Craso con el puño como si le fuera a propinar un nuevo revés, y el hombrecillo dorado lo miraba desde abajo, como un niño pequeño. Apenas le llegaba a Pet por encima del ombligo.

—A Aisa no quiero que la mires, ni siquiera —y usó su propio lenguaje—: *pat, pat, kipt ggg*.

Hacía unos meses que eran capaces de identificarse entre ellos por el nombre con que C. P. les había ido motejando, y al pronunciar el nombre de Aisa, a Craso se le ocurrió mirar hacia ella. Solo ese leve giro de su cuello amedrentado, ligeramente encorvado en posición sumisa y con los brazos todavía tapándose el rostro como única defensa, solo el simple hecho de haber mirado de nuevo a Aisa motivó en C. P. un nuevo brote de ira:

—¡Ven aquí!

Lo agarró del pelo y lo lanzó contra el suelo. De nuevo el grupo observaba atónito y con miradas alienadas cómo el amo, aquel ser llegado de la nada, aquel gigante cargado de vital poder a quien todos conocían como «Pet», con una ferocidad desconocida por ellos, una energía que no habían visto en ninguno de los seres conocidos de la isla, ni siquiera entre los dragoncillos, de nuevo observaban todos cómo el gigante blanquecino se ensañaba con Craso aquella vez. Cuando lo hubo arrojado al suelo comenzó a darle patadas con el talón. Eran como golpes de maza, aquellos talones. Las plantas de sus pies habían ido encalleciéndose; C. P., como los demás, iba completamente desnudo y descalzo. Su miembro viril colgaba en el aire cuatro veces más que el de los

hombrecillos de cobre, y esto no sabía si a ellos les impresionaba o no, pero a él le hacía sentirse aún más poderoso. Las patadas del semidiós melenudo y el intento de huida de Craso lo acercaron hasta los restos de la hoguera, cuyas últimas brasas aún blandían un espeso humo que se fundía con la niebla. Craso gritó con una voz aguda y chirriante. C. P. lo tomó como un cordero sacrificial, lo ascendió en el aire agarrado de pies y brazos y lo echó contra el centro de las brasas. Los chillidos se hicieron insoportables. El corro se abrió unos metros, espantado con la posibilidad de que alguno de ellos pudiera sufrir igual castigo. Una piedra cercana del tamaño de la cabeza de Craso yacía próxima a C. P., quien la agarró para mayor demostración de poder y de fuerza y la dejó caer sobre el cráneo del hombrecillo ya casi completamente chamuscado y silencioso. El olor a pelo quemado y carne que se iba carbonizando era inaguantable. La sangre hizo crepitar las brasas y salpicó las piernas de C. P. Disimuló el horror que él mismo se había propiciado y se dio media vuelta. Con gestos muy intensos que indicaban alguna orden a algunos de los miembros de la tribu, al tiempo que movía los brazos y las piernas, pronunció algo semejante a esto: *pat, pat, aik*, con cuya emisión logró hacer comprender que cogieran a Craso. Luego prosiguió dándoles una serie de órdenes, que cada vez sabía impartir con mayor precisión, pues en los primeros meses casi nunca sabían obedecerle correctamente, e hizo que condujesen el diminuto cadáver hasta la región de los dragones, más allá del lago y las cascadas del norte. No le importaba si en el camino se lo comían. Los actos de antropofagia o canibalismo fuera de su vista no le preocupaban en exceso. Su único interés había sido provocar el miedo absoluto. Después vendría la calma y una sumisión dulcísima de cada uno de los miembros de la tribu. Ni siquiera se atrevían a mirarlo a los ojos. Solo sus mujeres lo hacían. Llamó a dos de ellas, a Aisa y Bea. Luego llamó a cuatro de los hombrecillos macho, sus porteadores, e hizo que lo condujesen en las andas hasta el río. Les había hecho construir con su supervisión en cada uno de los procesos, tras haberles indicado qué ramas cortar, qué maderas utilizar y con qué tipo de lianas hacer las uniones, una especie de camastro a modo de hamaca portátil, un palanquín exótico que parecía sacado del atrezo de una película de Tarzán, donde se hacía conducir de un lugar a

otro de la isla como un reyezuelo primitivo. Una vez en el río, las mujercillas diminutas comenzaron a lavarle la sangre de las piernas y a frotar suavemente su cuerpo con las manos. Copular o conseguir que aquellas sumisas esclavas le hiciesen sendas felaciones, lo masturbasen o le provocaran cualquier tipo de placer sexual en presencia de los cuatro pequeños porteadores era algo que no le provocaba ningún escrúpulo a su pudor. Su desafección anímica sobre aquellos seres era completa Era como si estuviera en presencia de cuatro chimpancés. Él sabía que no era así, porque los chimpancés no hacen felaciones —sin que constituya al menos una hipótesis arriesgada o un placer dudoso— ni construyen hamacas, ni saben usar el fuego, ni hacer herramientas de piedra; pero él había rebajado su condición de diminutos, pacíficos y primitivos humanos a simplemente animales serviles. De hecho, cuando quiso mirar hacia ellos, uno se encontraba tumbado y tal vez dormido, y los otros se hallaban recogiendo frutos trepados a un gran árbol, como si la escena entre C. P. y dos de sus mujercillas no les atrajese en absoluto. Tal vez no quisieran tampoco seguir los pasos horrendos de su congénere recién ajusticiado y evitaban por cualquier medio enardecer los celos de su amo.

Entre todas las cuevas de la ladera, la población de los hombrecillos dorados llegaría a albergar una nada desdeñable población de unos trescientos miembros. Era la única comunidad de aquellos seres en toda la isla. C. P. había llegado a un clan de jerarquías compartidas;[4] no encontró ninguna figura que pudiera ejercer los papeles de algo semejante a un rudimentario cacique, ningún macho alfa, no parecía haber una clara predominancia de algún miembro más viejo o más fuerte que el resto. Había pequeñas células de poder y tal vez los hombrecillos habitantes de la cueva que él mismo había denominado «cueva alfa» eran los que tenían más ascendientes sobre el conjunto de la gran tribu de la ladera, y entre los de esta cueva principal era Malojo el único que gozaba de algún grado de poder mayor que el resto. Pero Malojo había sido el primero en comprobar el poder del recién llegado, el brutal castigo infligido por el gigante lampiño lo había convertido en un ser renqueante y

asustadizo. En aquellos primeros días en los que el demonio blanco había advenido hasta el valle, todos sintieron curiosidad por acercarse a él, tocarlo, olisquearlo y observarlo como niños inquietos delante de un extraterrestre. Desde el primer día C. P. dejó claro que no había llegado para otra cosa que servirse de ellos, domeñarlos por cualquier método a su alcance, preferiblemente a través de una violencia que parecían desconocer. Hasta el tercer mes los hombrecillos de cobre le parecían demasiado semejantes entre ellos y confundía a unos con otros; algunos se habían distinguido desde el principio, desde las primeras horas habían quedado perfectamente registrados en su memoria fisonómica. Pero no tardó mucho tiempo en percibir con claridad cada uno de los rasgos que diferenciaban a unos y a otros, siendo cada uno de los doradillos un individuo personal y distinto. Decidió ir nombrándolos con motejantes nombres propios o incluso nombres de personas con quienes él les encontraba algún parecido. El único bautizo inspirado de algún modo en un estímulo poético fue el de su primera amante, Aisa, aquella mujercilla dorada que lo había descubierto mientras orinaba contra un árbol y a quien unos días después violó con fiereza en la soledad de la jungla. Si en los primeros meses la mayor parte de los diminutos habitantes de la ladera le parecían semimonstruitos de piel cobriza y grasa, ojos enrojecidos, frente plana, vellosidad mal repartida, peludos unos, otros lampiños, bocas esfinterianas, brazos demasiado largos y, en muchas de las hembras y todos los machos, unos glúteos planos y fibrosos, pasado el tiempo comenzó a contemplarlos con mayor naturalidad; poco a poco su memoria fue perdiendo los contornos de lo que era un humano como él, y aquellos seres diminutos y dorados se le fueron apareciendo con una escala de belleza propia, sin parámetros externos con los que poder compararlos. Encontraba a algunos guapos, a otros feos y a otros neutros de hermosura. Escogió a las hembras más bonitas, las más jóvenes en muchos casos, las puso a vivir en una cueva aparte junto a la que él habitaba en exclusiva, las obligaba a bañarse en el río y a no hacer ningún ejercicio físico brusco de los que los demás miembros estaban obligados a hacer para su supervivencia. Las convirtió en unas privilegiadas, porque observó que sus músculos, sus glúteos, se redondeaban, perdían ese aspecto nervudo e incluso comenzaron a

engordar hasta aproximarse a un cuerpo de mujer, aunque diminuta, apetecible y adquirir unos senos de aspecto púber. Si al principio C. P. creyó imposible que alguna de ellas pudiera quedar encinta de él, pues las veía muy lejanas genéticamente, poco a poco fue olvidando sus razones científicas y concibiendo como muy plausible que de alguna manera sus espermatozoides pudieran fecundar una de aquellas pequeñitas mujercillas doradas.

Habían transcurrido alrededor de catorce meses. Aunque C. P. se mostraba todavía cruel, perverso y capaz de las mayores atrocidades con aquellos seres sobre los que ejercía un dominio absoluto y terrorífico, se veía atrapado en ocasiones dentro de callejones morales sin salida. De manera directa o indirecta, la población de doradillos se había reducido al menos en una docena desde que C. P. había comenzado su impune despotismo. Los había matado con sus propias manos, los había herido hasta dejarlos indefensos y luego se habrían muerto, o los habría hecho matar por otros miembros del clan. Una tétrica enseñanza para unos seres que no practicaban la antropofagia si no era con los cadáveres, y que nunca se atacaban entre ellos, ni siquiera parecían pelearse. Eran pacíficos como la mayoría de animales que habitaban aquella inconcebible isla. Con todo aquel mal que iba sembrando en la fértil tierra de las costumbres de los doradillos, ni siquiera la rueda pinchuda del arrepentimiento había hecho nunca su camino rolante desde el estómago hasta las cervicales. Podía haber experimentado en alguna ocasión algo semejante al asco, la repugnancia puramente estomacal, física y defensiva, esa precaución contra el contagio algo exagerada que precede al sistema inmunológico de nuestro organismo y con el que la cultura ha castigado al hombre moderno. Pero la rueda pinchuda, el vértigo ético, la duda moral no habían hecho acto de aparición desde que llegara al valle de los doradillos. Nunca. Para él, aquella pérdida de somatización ética se le había transfigurado en cierta medida como el acceso al auténtico paraíso; el hábitat donde los sentimientos de culpa habían desaparecido y solo lo empujaba un ardor vital de índole irracional. Aunque su sistema de valores se encontraba claramente dañado por las circunstancias y su rara enajenación lo situaba con respecto a aquellos seres en un plano equidistante al del psicópata desalmado en relación con la sociedad humana, aunque él mismo pensaba que

su mente se había reducido hasta limitarse a las funciones de un cerebro reptiliano, a pesar de todo ello, el día que pudo contemplar las artes mediante las cuales los hombrecillos dorados lograban mantener estable su población supondría un escueto regreso de sus adormecidos sensores morales. Un auténtico revulsivo. El clan debía mantener el número de miembros estable por algún otro método que los estrictamente naturales; no se podía permitir que su demografía se viera desbordada en un ecosistema sin otras amenazas que las de alguna infección o la muerte por vejez.[5]

La niebla persistía aquella madrugada. Un grupo pequeño y heterogéneo de doradillos emprendió su marcha hacia el interior de la jungla, en dirección norte. Aisa comenzó a zarandear el cuerpo dormido de C. P. para despertarlo. Como siempre, acompañados de gestos muy vivaces y un enorme movimiento de brazos, cuerpo y rostro, le profirió algo semejante a estos fonemas:

—*Pat, pat, Pet: aikah, kipt kipt. Pat, pat, aikah…*

El gigante se desperezó, estiró sus brazos cerrando los puños por detrás de la cabeza.

—*Pat pat, aikah ish* —le respondió él, y se irguió sobre sus dos enormes piernas. La doradilla quedó a la altura de sus ingles.

—¡Vamos! —añadió él mientras salía de la cueva por delante de la muchacha.

Aisa le señaló hacia la extraña excursión de doradillos que iban internándose entre la niebla tibia. Delante de todos iba Róber, uno de los más jóvenes y vigorosos machos, y detrás de él una comitiva de cuatro doradillos machos bastante viejos y cinco hembras también ancianas lo acompañaban. Cerraban la retahíla dos jóvenes machos más y una hembra, Rala, en cuyos brazos cargaba a su cría, de unos cinco meses. Entre los mayores, cuya edad exacta era incalculable en aquel entonces para C. P., pero que podrían rondar los treinta y siete años, según había estimado él mismo más adelante, pudo reconocer a Lisa y a Carnudo. Los jóvenes que cerraban la fila eran miembros de las cuevas más altas, la zona donde habitaban los menos privilegiados, donde soplaba más el viento. Mediante bruscas muecas y algunos sonidos y aspavientos

de cabeza, Aisa comunicó a su gigante Pet que no dijera nada, que siguiera la comitiva y se mantuviese atrás caminando con ella. Por algún motivo Pet la obedeció. Detrás dejaron algunos doradillos repartidos en sus tareas por los alrededores de las grutas, otros caminaban aquí y allá y algunos permanecían ya desde esas primeras horas del día en cuclillas apostados en los riscos, en esa postura en la que podían permanecer durante horas casi inmóviles, tocándose a sí mismos alguna parte del cuerpo con movimientos catatónicos o rascándose unos a otros. Comenzaron a remontar la última línea de montañas a través de la jungla. Aisa avanzaba detrás de C. P. sin quitarle ojo, como animándolo en su ascenso, casi empujándolo. Si culminaban la ladera oeste a través de los estrechos cañones que dividían dos de aquellas montañas y seguían hacia delante, sin duda se estaban dirigiendo hacia la tierra de los dragones.

—*Pat, pat, aik kipt, kiioh*[6].

C. P. interpeló a Aisa, para lo cual inclinó con exageración su cabeza casi hasta tocar con ella el hombro. Era el gesto asociado a la interrogación, unido a una extraña mueca con la que desorbitaban la mirada.

La muchacha dorada, desde su reducida altura, lo miró a los ojos cuando él se dio la vuelta para preguntar, y sin articular ningún sonido ni responder nada empujó con fuerza los glúteos de su amo para que siguiera caminando. Pet admitió aquel silencio, la callada por respuesta, y siguió adelante.

Bajo la fila de diminutos y cobrizos caminantes se abría el abismo de los acantilados, en cuyo fondo se podía escuchar lejano, casi imperceptible, el rugido de un río que corría presuroso hacia la costa norte. Por encima, la montaña dejaba asomar su exuberante cabellera verde. Al frente y hacia abajo ya se podía otear un horizonte de tierras más ralas, regada de misteriosas formaciones rocosas, como si un ejército de monstruos verdes, azules y grisáceos hubieran sido petrificados por algún dios impío al intentar escapar en dirección norte, hacia la costa.

Si el miedo más atroz había ido transformándose cada noche en aquella perturbadora amalgama de megalomanía, irracionalidad y temerario egocentrismo de alimaña, C. P. sintió sin embargo cierto temor según se iba aproximando a la costa de los dragones, ese

lugar al que muy pocas veces había necesitado acercarse. No se trataba de ningún miedo irracional o inmotivado, pues la región de los dragones no era solo la región donde habitaban esos fríos y despiadados depredadores, sino también donde habitaban otros animales poco apetecibles para convivir con ellos. Era también la región de las ratas gigantes, como aquella a la que Gregorio había disparado en los primeros días de estancia en la isla (qué lejos quedaba aquella época ahora, casi contemplada en la memoria con un sentimiento semejante a la nostalgia), la región de algunos reptiles venenosos, víboras y artrópodos de un tamaño descomunal. Aquella parte de la isla y en particular su flanco sur por donde iba llegando la comitiva, aquella desolada planicie subsumida en la que C. P. siempre pensaba como el infierno del Bosco, permanecía cortada a cuchillo por un larguísimo tajo en las montañas, un corte abrupto, algo semejante al descomunal talud de un cerro testigo, que se convertía en una pared totalmente vertical. Un angosto meandro desembocaba en una agitada cascada por donde salía expulsado el río hacia aquella llanura del diablo, una bahía con forma de pera en la que la isla remataba por su extremo nórdico. A través del desfiladero solo era posible llegar hasta una altura de unos seis metros por encima de la región infernal, aquel averno de muerte silenciosa, arbustos espinosos, rocas afiladas, colmillos y aguijones llenos de ponzoña. Era otro misterio más de aquel lugar. Una isla donde cada ser parecía más pacífico que el otro y donde, en cambio, existía una región cuyo equilibrio ecológico parecía inexplicable. Era necesario pensar que aquellos depredadores debían comerse unos a otros para sobrevivir, que no podían esperar a devorar tan solo los pacíficos herbívoros que habitaban en su propio microsistema. Las presas allí resultaban enormemente escasas. Incluso suponiendo que los depredadores entrasen en la dieta de los depredadores, era difícil explicar la cadena trófica de aquel desolador rincón. Excepto la rata gigante que se había dejado ver hacía años por la parte sur de la isla, aquel reducto norte parecía completamente separado del resto, vallado literalmente por una ladera rocosa vertical, infranqueable.

¿Quién alimentaba a esos reptiles?

Una agitación nerviosa se iba apoderando de la recua de doradillos a medida que caminaba hacia ese punto final y sin

continuidad aparente. Al divisar, oler o presentir su presencia, los dragones, hasta entonces dispersos, echados aquí y allá entre rocas y plantas de la llanura, comenzaron a mirar hacia arriba y con movimientos lentos fueron aproximándose con sus zancadas abiertas y torpes, contorneándose agitadamente y chocando unos con otros, ávidos por coger la primera posición bajo el límite vertical del desfiladero por el que habían llegado C. P y sus diminutos súbditos broncíneos. Róber había ido abriendo todo el camino hasta llegar allí, y sin embargo retrocedió unos pasos y dejó pasar delante de él a los más viejos, Lisa y Carnudo, a los otros tres machos ancianos y las cuatro hembras, a ninguno de los cuales C. P. había concedido aún el privilegio del bautizo; Rala, la muchacha joven, que traía entre sus brazos a su cría de escasos meses de vida, también accedió hasta el borde del desfiladero. El resto de la comitiva, los más jóvenes y Aisa se mantenían a cierta distancia, y nuestro representante humano permanecía expectante asomado al pequeño precipicio que conducía hasta el infierno. Los dragones se habían ido congregando como una secta ávida de sangre. El primero en arrojarse fue Carnudo. Una maraña confusa de mandíbulas abiertas, cuerpos verdosos y grisáceos, colas que latigaban el aire con violencia, se echó sobre el cuerpo del viejo doradillo hasta ocultarlo a la vista de los de arriba. Solo se veía un pequeño charco de sangre y los trozos de carne desgarrados entre los dientes afilados de los dragones. De inmediato, Rala arrojó a su bebé por los aires. Algunos reptiles todavía aguardaban con sus cabezas erguidas, y uno de ellos pudo agarrar a la criatura semihumana al vuelo, con unos reflejos de vértigo, inesperados a juzgar por la lentitud que el ejército asesino de dragones había demostrado al caminar. Dos más de los ancianos dieron sus pasos en el vacío para dejarse caer hacia aquella nada engullidora. Luego el resto. Caían en silencio. La muerte era casi siempre silenciosa en esa isla. C. P. no pudo evitar el recuerdo marchito de su amigo Bobby cayendo aquella noche aciaga por el fondo del cañón. Sintió fugaz y pasajera la rueda pinchuda del arrepentimiento tocarle la boca del estómago y la garganta. Luego siguió contemplando atónito y asqueado la caída voluntaria de los doradillos. Era un suicidio nutricio, se desplomaban como sacos llenos de escombro y apenas habían tocado el suelo cuando eran desmembrados sin piedad, se

escuchaba el crujido de los huesos entre las potentes mandíbulas de aquellos monstruos, y un hedor ácido y al mismo tiempo dulzón llegaba hasta las narices de C. P. Era un olor que se le subía por las vías respiratorias, pasaba a la boca y se iba adhiriendo a la garganta. La sangre de los hombrecillos dorados era más anaranjada que la suya, y la emanación de sus efluvios le recordó al gigante el sabor de la vulva de Aisa aquella lejana noche en que la poseyó por primera vez. No podía quitarse el sabor de boca. Se acercó al borde del desfiladero por la parte lateral que conducía, más profunda, hacia el río, apartándose de aquel inmundo cebadero, y comenzó a vomitar cada uno de los frutos que había ido comiendo en el camino, el agua que había ingerido y una sustancia verdosa y amarga. Los jóvenes y Aisa ni siquiera se dieron la vuelta para mirarlo, no parecían interpretar aquella reacción como un signo de debilidad. C. P. no dijo ni gesticuló nada, simplemente se dio media vuelta y comenzó a dirigir la silenciosa marcha de regreso. Si alguien osaba adelantarle estaba dispuesto a partirle el cráneo con una piedra, porque quería demostrar una vez más su liderazgo más que indiscutible; lo invadía un odio vindicativo hacia los doradillos, odio ante aquel horror que de ningún modo igualaba sus propios crímenes, simplemente difería en su naturaleza, y le hacía plantearse las atrocidades infligidas por él en el pasado; pero nadie intentó adelantarlo. En realidad, había experimentado un primer impulso, casi un instinto de ir a rescatar de su paso hacia la extinción a aquellos ancianos doradillos; de lanzarse o gritar «¡no hagas eso!» cuando vio lanzar al bebé por el pequeño precipicio, en lo que constituía una práctica abortiva neonatológica en vez de obstétrica. Pero se reprimió de inmediato con un profundo sentimiento de ridículo, estulticia y debilidad. Al fin y al cabo no era asunto suyo el sufrir por el doradillo ajeno, aunque se tratara de un ser inerme, indefenso y sin culpa. Al contrario de lo que él pensaba, haberlo hecho no habría supuesto ninguna demostración de flaqueza ante sus pequeños lacayos. Para ellos, aquello no habría sido más que otra irremediable transgresión en sus costumbres por parte de su brutal amo. Otra imposición obtenida mediante la fuerza y el miedo. C. P., por primera vez desde hacía muchos meses, había tenido pensamientos propios del hombre que una vez creyó ser. Daba una pequeña señal de poseer algo más que un cerebro

reptiliano.

Se explicaba ahora cómo se regulaba la población de los doradillos; se explicaba cómo subsistían los reptiles malditos; y se preguntaba si de alguna manera aquellos dragones representaban algún tipo de tótem religioso, si eran, en algún plano consciente, subconsciente, individual o colectivamente, los auténticos dioses de la tribu enana, o constituían un principio de divinidad. Sentía que Aisa podría llegar a explicárselo algún día, pero no le apetecía indagar cuestiones relacionadas con su maltrecha curiosidad científica (esa parte de su cerebro de hombre civilizado), no en ese momento de rebeldía interior, de furia, de cansancio y confusión.

Prometeo hacía girar la varilla de madera de *paiutek*. Habían transcurrido unas semanas desde la visita suicida a la región de los dragones. Pet había entrado en un periodo de calma aparente. Todo parecía más estable que nunca en el poblado y él se dedicaba la mayor parte del tiempo a poner su mente en blanco con alguna de esas actividades mecánicas o contemplativas que invadían las horas en la isla. Su incorporación entre los hombrecillos se iba naturalizando; dentro de él se estaba rompiendo su sueño de poder. Ahora contemplaba, bajo la luz confusa del anochecer, la energética actividad de Prometeo para fabricar el fuego. Sus muñecas broncíneas, sus antebrazos fibrosos y renegridos se agitan de una manera frenética, esas malditas articulaciones de los doradillos, parecen doblarse en todas las direcciones; pero también nuestros ancestros eran capaces de hacer brotar la brasa primordial girando una ramilla, pensó. Alrededor se congregaban algunos de los miembros de la cueva principal. C. P. se había mandado construir un estrado elevado en el que se sentaba como un absurdo reyezuelo. Aquel estrado se encontraba sobre una estructura de madera dispuesta de andas para poder transportarlo. En la etapa previa al advenimiento del gigante, los doradillos no eran en absoluto constructores de casi nada, apenas piedras talladas y algún útil de madera muy rudimentario, pero nada de artilugios complejos en referencia al levantamiento de estructuras habitables, de casas, chozas o algún tipo de habitación; eran incapaces por sí mismos de

formar una techumbre con las hojas de las palmeras de la costa, o de construir algún tipo precario de canoa, por simple que esta pudiera concebirse (y sin embargo, C. P. no se explicaba en qué época y de qué forma habrían llegado aquellos seres allí; si habría sido en alguna embarcación, si habrían evolucionado con su peculiar y diminuta talla debido al aislamiento de aquella mirífica jungla, si lo habrían hecho durante alguna de las glaciaciones o si simplemente se trataba de seres renacidos de alguna mitología, más que de algún tipo de humanos). Al truculento semidiós le había costado un esfuerzo casi inadmisible el que los doradillos fueran capaces de seguir sus instrucciones para erigir algunas construcciones elementales o estructuras con madera. Había llegado a pensar en someterlos a la más lacerante de las presiones para que le construyeran una embarcación de cierto porte en la que poder salir de la isla; pero había sido una idea descompuesta, vacía de realidad y en verdad indeseada en ese estado de hombre psicológicamente perturbado. Pero sí habían alcanzado algunos incipientes logros tecnológicos, algunos avances muy rudimentarios. [7] Para empezar, conocían la forma de producir el fuego, y ya desde antes de la llegada de C. P. arrojaban algunas carnes a las llamas para conseguir un defectuoso y carbonizado punto de asadura. Desde lo alto de su poltrona, flanqueado por dos diminutas mujercillas doradas que apenas llegaban a la altura de sus rodillas, C. P. contemplaba a cierta distancia y sin que nadie se fijara en él cómo Prometeo hacía levantar las llamas, y, con ellas, cómo la luz roja y anaranjada inundaba el grupo de doradillos en derredor suyo. El que fuera doctor en Geología sintió de pronto una punzada en el estómago y al ver el rostro de Prometeo iluminado como en un aquelarre, comenzó a contemplarlo como a un igual: inadvirtió que él, encaramado en su trono chapucero, era el gigante, el omnipotente, el semidiós, y que aquel pequeño ser de frente estrecha, ceja única y labios arrugados, en cuclillas tanto tiempo como solo un simio podría resistirlo, era nada más un ser inferior; porque a C. P. se le pasó por la cabeza pensar que aquel dominio sobre la producción del fuego hacía superior al doradillo. De pronto le pareció que dentro del sistema de valores de ese mundo primitivo, el dominio sobre el fuego era más importante que un excedente de inteligencia, construir pensamientos verbales o tener

una polla enorme. En la tribu, solo cuatro o cinco miembros eran capaces de encender lumbre con solvencia. Mañana mismo aprenderé, se dijo nuestro representante humano, no puedo estar en desventaja con Prometeo.

Soy más fuerte y más inteligente que este imbécil —y al pensar en él como un «imbécil» estaba considerándolo como a un igual, en su alma calcinada de empatía brotaban imperceptibles los primeros indicios de identificación con los doradillos—. Las lenguas del fuego se fueron izando por encima de los hombrecillos dorados, cuyos pequeños ojos miraban desorbitados el espectáculo de luz y de calor; también él se había quedado ensimismado mientras contemplaba las llamas retorcerse en el aire, su mente comenzó como otras veces a vacilar, se le cruzaban por ella pensamientos que apenas eran transformados en palabras. «Estoy olvidándome de hablar, hablar, escuchar la legible sintaxis de un humano, de un igual». Estoy aquí —C. P. se tocó la mano izquierda con la derecha, se acarició a sí mismo, comprobó que aún tenía sensibilidad, que todo aquello no era un sueño; bajó su mirada hasta Yacija y Aisa, que eran las mujercillas doradas que lo flanqueaban, y deslumbrado por la luz del fuego apenas pudo divisar entre la penumbra irisada el rostro de Aisa vuelto hacia él, con una mueca semejante a la sonrisa—. Está enamorada, qué cosa tan absurda, enamorada, este animal, estos monos, estos bichos semejantes a mí ¿podrán sentir amor?, ¿qué sentirán entonces?, ¿solo miedo y placer?, ¿acaso no son los únicos sentimientos que yo he experimentado en esta isla? Volvió a mirarla. Ella ahora se había girado hacia las llamas. Algunos de los doradillos ensartaban en palos puntiagudos un tasajo de carne de elefante. Amor. Las palabras bullían en su interior, inconexas; de vez en cuando articulaba frases cabales, incluso le afloraban palabras y expresiones que para reflejar aquella realidad se le antojaban exquisitas, como «desolación del alma», «la ausencia de otra auténtica responsabilidad que la de sobrevivir ha hecho desaparecer la palabra aburrimiento de mi vocabulario», «pasa el tiempo y pasan los días sin darme cuenta».

Los ojos de Prometeo, el pirotécnico, vibraban entre las llamaradas. Apenas su enorme iris dejaba ver la esclerótica, pero el poco blanco que podía descubrirse en sus dos cuencas se había transformado en un rojo intenso. Su piel dorada se encontraba

embadurnada por el brillo oleaginoso del sudor, una epidermis de aspecto cromógeno, como si al tocarlo fueras a teñirte de aquel matiz aceitunado y agridulce. Es poderoso, el resto de doradillos lo contemplan, fija su mirada en las llamas que él mismo engendró y así domina su entorno, debo demostrar su verdadera posición, mi verdadera posición; sí, aprenderé a encender el fuego igual que hace él, acabaré con su influjo en mi poblado, mi obra, porque estoy transformando esto en algo mejor, les estoy trayendo una clase de progreso, les haré evolucionar apresurada, inteligentemente y para ello habrá que perpetrar ciertos sacrificios; no puede haber quien sirva de escollo o me haga frente, quien interrumpa esta extraña misión que parece me ha sido encomendada… C. P., Pet, no se sentía con fuerzas aquella noche para poner en orden las cosas, para levantarse, acercase a Prometeo y comenzar a propinarle golpes, a humillarlo y quizá a darle muerte; aquella noche no. Aquella noche se sentía algo abatido, en su interior se debatía una rebelión de orden moral que se negaba a reconocer. Callaría sus impresiones, gozaría de la hoguera, en su fuero interno —incluso su voluntad de poder precisaba de un descanso— se atendría al dominio de la luz de aquellas llamas, se apoyaría en Prometeo sin que nadie lo descubriese, delegaría por unas horas su cetro a quien presidía aquel extraño concilio. El concilio hacia el centro de la nada o hacia el más allá, las miradas de estatua posadas en las llamas, donde todo lo que se encontraba lejos de ellas, lo situado en la oscuridad, fuera de la línea que marcaban sus propias espaldas ya no existía, solo el espacio iluminado de cárdenos relumbres, donde ya no había jungla, ni cuevas, ni mañana, ni ayer, solo el presente encamado, naranja, amarillo, crepitante y raro de aquella hipnótica combustión. La mitad de la noche transcurrió en un estado de ensimismamiento prodigiosamente largo, la mente se terminó vaciando, ni un solo pensamiento borboteaba en su cerebro.

Prometeo por el contrario había recibido cierta información magnética en los gestos y la actitud de aquel gigante blanco y lampiño; un brote de debilidad le había llegado hasta sus sensores primordiales, y tendría muy en cuenta a partir de aquella noche que aquel ser que parecía inmortal y todopoderoso albergaba también fragilidades. Interior, tácita e invisiblemente Prometeo se había rebelado contra Pet.

XIII

Aquel borboteo vertiginoso y caótico de palabras que solía bullir en su interior fue poco a poco remitiendo. Su cerebro había entrado después de aquellos años en el poblado en una etapa de silencio interior. El lenguaje primario de los hombrecillos le era útil para buscar el apareamiento, para organizarse mínimamente e ir a cazar, pescar o en busca de alguna materia necesaria para la subsistencia, para indicar órdenes simples o mostrar enfado con sus inermes súbditos diminutos; pero se había ido reduciendo hasta casi su completa extenuación el discurso narrativo, aquella parte del lenguaje para referirse al pasado, donde cabe más tarde la invención, lo mismo que se había ido esfumando la potencia anticipadora del lenguaje, es decir, su capacidad para referirse al futuro y hacer de este territorio ignoto de la vida un lugar engañosamente más fiable y desbrozado. De modo que la pérdida progresiva de su lengua y la existencia de mera subsistencia que llevaba en la isla fueron vaciando el cerebro del gigante de los ruidos que distorsionan la humilde sensación de presente puro. De acuerdo con el ridículo aserto, más poético que filosófico, del filósofo Ludwig Wittgenstein, al prescindir de pasado y de futuro, C. P. se encontraría viviendo en la eternidad; pero la cuestión no tenía tanta trascendencia metafísica. Sería imposible definir con palabras (al fin y al cabo ni siquiera nuestras dotes lingüísticas pueden llegar tan lejos) la nueva percepción cronométrica en el reloj interno de Pet, C. P. El tiempo se había elongado hasta poder

matar a un hombre moderno de aburrimiento, porque, ante un repentino ataque de tedio, en la isla no podía irse a ver la última película de los hermanos Cohen, ni bajar al bar para tomarse una cerveza, no se podía llamar a un amigo o a tu novia, tu novia, dónde está, para dar un paseo por el parque del Retiro, ni echar mano de alguno de los libros que pueblan por docenas la mesita de noche, la repisa del salón o cualquier rincón de tu confortable apartamento, ni el mezquino acto de sentarse frente a un televisor, ni el ridículo acto consumista tan satisfactorio de salir a adquirir una pieza discográfica codiciada desde hace días en algunos grandes almacenes para luego encerrarte a escucharla durante una tarde de salón. La vida de infatigable laboriosidad, de actividad frenética, ciega y siempre activa de los hombres no puede concebir un mundo tan lleno de tiempo, tan terriblemente espacioso como el de aquella isla. Pet había purgado todo el aburrimiento que cabía en su interior, el ritmo de sus pensamientos se había terminado por adaptar al hueco inmenso que se había abierto alrededor de sus días; rascarse con fruición una pierna, morderse una uña renegrida y larga como una garra, limpiarse un oído con el índice o quedarse contemplando una flor mecida por el viento eran acciones que podían prolongarse en el tiempo sin solución de continuidad con el siguiente acto, y un acto tras otro, levantarse parsimoniosamente, emitir un sonido o lanzar un gesto a uno de sus doradillos, echarse un fruto a la boca, acercase al río, zambullirse lentamente y refrescarse de la asfixiante tarde tropical, salir empapado y decidir llegar hasta la costa, sentarse sobre la arena y colgar los ojos en la línea curva del horizonte, esperar a que el sol depusiera su fiereza y regresar hasta la cueva. Aspecto demacrado, melena y barba absurdamente largas y sucias, albergaba su cuerpo flaco y fibroso, por el contrario, un organismo en apariencia depurado y resistente. Acumulaba su salud el invisible azote de una suma a veces imperceptible de pequeñas infecciones, su alimentación, aunque esencialmente efectiva, le iba provocando minúsculas deficiencias nutritivas; en conjunto, a pesar de la sorprendente benignidad de aquella isla mirífica y extraña, las condiciones de vida de los doradillos estaban sometidas a una higiene deficiente, a la contaminación de ciertos alimentos y, siquiera en grado mínimo, a las picaduras de algunos insectos que hacían de vectores para más

de una enfermedad. Si durante los primeros meses tanto C. P. como sus antiguos compañeros se habían visto sometidos a una brusca adaptación que en ocasiones los había situado al borde del colapso, después de unos cuantos años la salud de Pet seguiría viéndose minada más leve y progresivamente por las condiciones de precariedad que para un hombre moderno suponía aquella existencia. Su organismo quedaría indeleblemente afectado.

La lluvia torrencial se escuchaba desde el interior de las cuevas. Era la hora en la que los doradillos yacían en sus escondrijos. Pet se encontraba durmiendo junto a Aisa, como si de un matrimonio convencional se tratara. Generalmente era ella quien gozaba de este privilegio; el resto de mujercillas de su harén dormía en una cueva contigua. El ruido de las inmensas gotas de agua golpeando sobre las copas de los árboles, sobre los charcos recién formados y sobre las rocas estaba acompañado de un aroma fresco de lodo, una brisa con sabor a agua que entraba por la boca oscura de la cueva. Dentro, el sofoco de la tormenta se atemperaba levemente. De pronto, el instinto de Aisa la hizo levantarse del lecho. Pet no se había apercibido de ningún ruido. La pequeña mujercilla dorada desorbitó sus ojos para que entrara algo de luz en sus pupilas y pudo al fin descubrir un grupo de sus congéneres apostados en la entrada. Se aproximó hasta el borde y se escondió en el interior de una roca. Sabía que aquellos machos liderados por Prometeo no llevaban ninguna buena intención. Habían pasado más de dos ciclos (dos años completos) sin que Pet hubiera golpeado a nadie. El gigante todopoderoso había aprendido a encender el fuego, no quedaba ningún resquicio fuera de su dominio; manejaba los útiles de piedra como otro cualquiera, conocía las técnicas de caza, algunas de las cuales había mejorado notablemente, podía pescar con una simple vara afilada; no podía trepar a los árboles con la misma facilidad que ellos, pero sin embargo su fuerza física y su inteligencia lo mantenían en todo momento en una jerarquía inalcanzable; pero de forma simultánea su extremo furor contra aquellos seres había ido reduciéndose, su obsesión por doblegarlos con métodos tiranos y sumamente crueles, la violencia arbitraria se

había ido extinguiendo; nunca había vuelto a concebir la idea de asesinar a un doradillo para generar en su entorno el pavor que le garantizase su poder omnímodo, ni siquiera le había vuelto a poner encima una mano a ningún miembro de la tribu. Había ido reduciéndose, hasta olvidarla, aquella delectación morbosa por la que C. P. gozaba al infligir heridas y dolor a los doradillos, aquella extraña sensación de repugnancia hacia su debilidad física y psicológica a la que seguía un apetito cruel de maltratarlos, de asestarles un golpe y verlos sumisos retorcerse y gemir; un incomprensible placer semejante, en grado muchísimo más perverso, a las ganas que algunas personas padecen de apretar las mejillas de ciertos niños pequeños. Y la tribu, al mismo ritmo que aquella nueva actitud más empática y benigna del gigante se iba manifestando, iba contemplando al enorme humano como un miembro más y le perdían poco a poco el miedo. Muy lejos de sus perspectivas, C. P. había retrocedido de forma inexorable en sus delirios de progreso, en hacer avanzar aquella tribu de hombrecillos unos cuantos milenios en su hipotética carrera evolutiva hasta crear una nueva civilización. Todo aquel proyecto mental un tanto delirante y poco fundamentado que había dominado su megalomanía durante tantos meses se había ido diluyendo en la realidad de unos hechos bien diferentes. No le irritaba como al principio la falta de comprensión de aquellos seres. Había entendido que todo tenía un límite. Sobre todo, se había dejado llevar por la vida en la isla, el simple acceso a lo más elemental, la libre satisfacción sexual, el agua corriente de un río templado y limpio como el cristal, la ausencia de restricciones, controles y manipulaciones morales, legales y sociales. No solo no había podido doblegar a los doradillos, sino que él mismo se había doblegado a ser uno más entre ellos. Sabía que era un ser diferente, pero durante buena parte del tiempo, mientras convivía con ellos, mientras copulaba con sus mujercillas, mientras se empeñaba en las labores propias de la supervivencia, cazaba, labraba piedras, preparaba un fuego o se dejaba arrancar los parásitos por los dedos de algún otro miembro de la tribu, C. P. se sentía como un doradillo más. Si se miraba en la superficie del agua, el reflejo le decía que el extraño era él, casi un monstruo, y sentía un profundo agradecimiento inconfeso hacia aquellos seres que carecían del espíritu vengativo

de los hombres. O al menos eso pensaba él. Si —lejos de tesis roussonianas o corrientes antropológicas posmodernas de imbécil candidez— podemos considerar que cualquier especie de primate alberga una clara tendencia a comportamientos éticos muy poco estéticos, o, enunciado más palmaria y arriesgadamente, que cualquier primate tiende al egoísmo y la maldad, la extravagante y aparente benignidad o simplemente neutralidad de los doradillos se debería atribuir a las misteriosas condiciones de la isla, en cuyo seno la evolución y sus leyes parecían diferentes a las que gobernaban el resto del planeta.

Aisa observaba desde su escondite el movimiento confuso de Prometeo y los otros tres doradillos que lo acompañaban. Se encontraban hundidos bajo la densa cortina de agua que caía a bocajarro desde la oscuridad de la noche. No parecía importarles. Traían palos en la mano. Se internaron en la gruta en fila india, con sigilo, caminando sobre las puntas de sus pies. Aisa no sabía qué hacer: si atacaban a su gigante por sorpresa y lo golpeaban con los palos moriría y no habría ninguna solución. Después lo sacarían de la cueva, lo guardarían y al día siguiente lo trocearían para comérselo. Le asestaron dos palazos en la cabeza. C. P. ni siquiera se había apercibido. Fueron golpes secos y efectivos. Había pasado de estar dormido a estar desmayado. Los cuatro doradillos guiados por Prometeo levantaron con esfuerzo el cuerpo inerte de Pet y lo sacaron bajo la lluvia, que arreciaba ahora con más fuerza aún sobre el poblado. En el resto de cuevas todo el clan, los de las partes altas de la ladera y los de las secciones inferiores, permanecían inadvertidos a la sublevación. El sedicioso cortejo, bajo la mirada atenta, dubitativa y expectante de Aisa, arrojó el cuerpo inconsciente sobre su palanquín, previamente dispuesto en las proximidades de la gruta. Lo elevaron en mitad de la oscuridad y mezclado el grupo con el agua imparable y desatada comenzaron su terrorífico ingreso en la jungla. Aisa los seguía con cautela. Cuando perdía el rastro visual o auditivo de la comitiva olfateaba alrededor y hallaba de nuevo el camino por donde perseguirlos. El ascenso fue duro, porque aquella tormenta no cesaba. Cuando el agua comenzó a amainar se encontraban ya en mitad de la ladera, luego tomaron las sendas naturales que corrían a media montaña y fueron atravesando valles hacia el norte.

El camino era el mismo hasta entonces que el que conduce a la tierra de los dragones, lo cual hacía presentir a Aisa un trágico final para su hombre. De vez en cuando detenían el palanquín, que posaban en el suelo para descansar. Uno de los porteadores protestó con un gruñido por el peso del gigante, entonces Prometeo le golpeó en el rostro. Aquel acto de violencia contra un semejante no era más que una emulación, un acto aprendido de la presa que ahora llevaba capturada sobre aquel camastro portátil. Prometeo, quizá más inteligente, quizá más estúpido que el resto de doradillos había estudiado los movimientos del gigante durante aquellos años. Sabía que hacía mucho tiempo que no usaba la violencia, pero creía que su posición, su harén escogido, los privilegios de los que gozaba dentro de la tribu provenían todos de aquel comportamiento previo, de aquella etapa en la que Pet gritaba, vejaba y maltrataba sistemática y terriblemente a los hombrecillos de la jungla. Después del golpe propinado sobre su compañero, los demás se quedaron paralizados; ninguno tenía una respuesta que ofrecer, simplemente se quedaron observando a su nuevo líder. *Pat, pat, aik arn ig ko*. Aisa llegó a escuchar los fonemas emitidos por Prometeo, quien ordenaba a sus aliados que cogieran de nuevo las asas del palanquín para reemprender el camino. Dejaron abandonado a la derecha el desvío hacia el cañón que conducía hasta el despeñadero sacrificial de los dragones y se encaminaron otra vez hacia arriba, remontando con ímprobo esfuerzo la última montaña previa al mar, uno de los picos más altos de la parte norte de la isla. Aisa, en principio, respiró aliviada.

XIV

Jorge era uno de los doradillos más peculiares de la tribu. Había recibido ese nombre por parte de Pet en honor a un compañero de la facultad, pues había algo en su comportamiento que le recordaba a él. Era un doradillo más pequeño aún que el resto de los machos. Apenas llegaba hasta la cintura de Pet con la cabeza. Una mueca semejante a la sonrisa se adhería permanentemente a su rostro aniñado y un leve bozo adornaba su mostacho. Disponía de una agilidad simiesca, era astuto y uno de los miembros que mejor comprendía las órdenes de Pet. Jorge había aprendido algunas palabras del complejo idioma del gigante. Él y Aisa eran los únicos que lo habían conseguido, y no era extraño que de vez en cuando se dirigieran a él con frases completas en español, aunque precariamente pronunciadas y en ocasiones con la sintaxis truncada. Lo más normal era que fueran mezclando sus primitivos fonemas con algunas palabras en español. Aquel milagro verbal producía en C. P. una sensación de placer inconmensurable, y con toda probabilidad fue uno más de los elementos que comenzaron a labrar en su alma un evidente apego hacia aquellos seres, y una identificación cada vez mayor. Algunas de las conclusiones que extrajo C. P. sobre la dotes para la adquisición de la lengua moderna por parte de los doradillos apuntaba a la posibilidad de que no solo se les opusiera una dificultad residente en su capacidad cerebral, sino, y más bien, en algunas diferencias de tipo morfológico dentro de su sistema buco-laríngeo; tenían un aparente

control pulmonar comparable al de un hombre moderno —lo que es parte importante entre los órganos que intervienen en el sistema fonador humano—, de ahí que emitieran un amplio rango de sonidos; pero había fonemas que les eran impronunciables, lo mismo que producían una serie de ruidos guturales y silbantes muy complejos para nosotros. Hacía unas semanas, antes de llegar la noche aciaga, la tormenta y su captura, C. P. le había pedido a Jorge que se diera una vuelta por la región sur de la isla, que hiciera un reconocimiento, porque algunos miembros de la tribu decían haber sentido movimientos y haber visto algún otro gigante blanco cerca de las playas. La posibilidad de que Gregorio siguiese con vida no era tan remota. Pet mandó a su diminuto amigo que explorara, que no se dejara ver bajo ningún concepto y que luego tratara de explicarle qué es lo que había podido descubrir.

Cuando el joven doradillo salió de la espesura de la jungla y se disponía a atravesar el calvero de hierbas altas que se encontraba en las proximidades de la costa sur, aquel mismo claro en el que por primera vez, hacía más de seis años, habían instalado su primer campamento los tres hombres de Brip, al llegar hasta la última línea de árboles, Jorge detuvo sus pasos y se quedó pertrechado detrás de la corteza de un *akiagtek* o algún otro de esos árboles a los que poco a poco C. P. había ido conociendo con sus nombres oriundos. Cinco gigantes de la misma raza que Pet se desplazaban de aquí para allá. Habían instalado una enorme y endeble cueva artificial, como esas cabañas que hacía muchos ciclos les había hecho construir Pet, y que ahora se encontraban derrumbadas y convertidas en un montón de piedras y restos de hoja de palmera secas, como si fueran las ruinas de unos antiguos castros.

Pero aquella otra construcción a Jorge le pareció confeccionada con el pellejo de algún elástico animal del color del *kaeit* (una especie de pequeña calabaza de piel rígida que, sin llegar a ser cultivada sistemáticamente, sí había sido en cierto modo domesticada y se extendía siempre, diseminadas sus semillas, por los alrededores del poblado, cubriendo los bordes de la jungla de un vistoso matiz rojizo). La imaginación del pequeño doradillo se encendió con aquella extraña visión, y también temió que aquellos seres se comportasen como lo hizo su antiguo amo Pet, ahora amigo. Si le advertía de la presencia de aquellos seres gigantes y

más blancos aún que Pet, quizá estos se incorporaran a la tribu y se convirtieran en nuevos amos. El pequeño y astuto Jorge sintió un pavor cerval, sus pupilas se dilataban y se encogían mientras contemplaba a los gigantes. Temblaba de miedo. Decidió de pronto dejar aquel lugar, su escondite, y seguir la exploración tratando de buscar la perspectiva lejana de los acantilados que daban a la playa. Intentaría ver más cosas, fijar su vista en ellas y tratar de recordar toda esa información para trasmitírsela a Pet. Tuvo que bordear hacia el este el claro de la jungla, para llegar finalmente hasta los acantilados. Debajo, lejos, las arenas blanquísimas se extendían bajo sus pies. Desde lo alto del acantilado se desplegó ante sus pequeños ojos rasgados la extensión de la playa, los bordes de la jungla, y un trasiego incesante de gigantes blancos caminando de aquí para allá. Descubrió, alucinado, la presencia de enormes artilugios diseminados por todas partes. Un inmenso aparato con una extraña piel verdosa, con una cola descomunal y una especie de ramas planas dispuestas lateralmente en lo alto se encontraba varado sobre la arena blanquecina, un moderno helicóptero que habría sorprendido al mismísimo Pet. Otro gigante caminaba en la arena de un lado a otro, llevaba algo en las manos, algo que con cierta frecuencia se ponía delante de los ojos. Con esa cosa de color negro desprendiendo de vez en cuando repentinos destellos de luz solar, el humano se quedó un rato inmóvil en dirección, a Jorge, que desde lo alto del acantilado lo miraba en cuclillas, creyéndose invisible por la distancia. El gigante dejó colgando de una cinta lo que no eran más que unos prismáticos y tomó otro artefacto largo, como una vara de *paiutek*, lo puso sobre sus hombros y miró a través de aquel palo hacia donde estaba Jorge. Un sonido seco y un silbido en el aire. Al instante, el doradillo más inteligente de la tribu yacía muerto sobre el lecho vegetal en el estrecho espacio que separaba los acantilados del borde de la jungla. La mira telescópica había hecho alojar en el centro de su frente el proyectil con criminal exactitud.

El sol centelleaba sobre el cráneo y la piel desnuda de Pet. Su boca reseca, los labios resquebrajados. Sus testículos pendían renegridos

como un par de higos colgados al sol. Un olor a sulfuro llegó del extremo norte hasta la cima de aquel lacerante promontorio. La enorme piedra fusiforme y monolítica le oprimía la espalda y algunas partes de las piernas. A su alrededor se ceñían lianas de *akiagtek* apretadas con fuerza. No podía respirar, quizá por la presión de aquellos efectivos cordajes, tal vez por la deshidratación. Es probable que su vida pendiese de un delgado hilo próximo a romperse. Cuando bajó los ojos hasta la base de la roca pudo descubrir, con la dificultad de una vista velada por la fatiga y el sol, a Aisa en cuclillas frente a él, como una beata desnuda, cobriza y diminuta a los pies de Cristo. Desde un primer momento supo que ella no tenía nada que ver con aquella situación. Enseguida pensó en Prometeo. «¿Dónde está?», preguntó en su lengua. La fiel mujercilla dorada respondió, al tiempo que se giraba sobre sí misma y gesticulaba con fuerza indicando con el dedo índice la parte baja de la montaña:

—*Pat, pat, aikabajo Prometeo bariagg siktpunkia na, Pet, agg sikt.*

Le respondía que los había visto bajar la montaña y dirigirse hacia el poblado.

—Tráeme un poco de agua, Aisa, *pat, pat, aik sik kua tuks kaeit*.

La diminuta criatura se apresuró valle abajo sin responder nada y dejó abandonado a su gigante. Las lianas de *akiagtek* eran duras y difíciles de cortar. Aisa tendría muchos problemas para hacerlo, pero bastaba con que le cortase al menos las lianas que le sujetaban sus brazos contra la roca. No tardaría mucho en regresar con un poco de agua en la cáscara de *kaeit*; si seguía sus instrucciones lograría liberarlo. Eso pensó.

C. P. volvió a perder el conocimiento. Una extraña sensación sobre su cabeza volvió a despertarlo. Al moverla pesadamente, algo despegó desde la base de su cráneo, algo cuyas garras abrieron la piel del cuero cabelludo, y un enorme pájaro marrón y gris batió sus imponentes alas, dejando caer algunas plumas sobre su nariz. Un olor a cuero mal curtido flotaba en el ambiente. Otras tres aves iguales revoloteaban a unos metros de distancia por encima de la roca donde Pet se encontraba uncido como un esclavo. Eran unos extraños buitres cuyo rostro recordaba más al de algún tipo de córvido que al de las aves rapaces. En la cola vestían un ligero matiz rojizo con forma de «v». Pet las había visto desde el

despeñadero de los dragoncillos, muy cerca de allí, comiendo junto a esos reptiles diabólicos la carroña de los doradillos sacrificados. Ahora esperaban su muerte. Pero parecía que la paciencia se les agotaba. Una de las aves se posó en el suelo, frente a Pet, y de un salto alcanzó el vientre del humano por el hueco que dejaban las lianas. Una herida en el costado, cerca del hígado, comenzó a sangrar. Al olor de los hematíes, las otras carroñeras se acercaron hasta la roca nutricia y comenzaron a zahondar en la parte abierta de la carne. Bajando por su sien sentía deslizarse un hilillo cosquilleante de sangre, semejante al caminar de las hormigas, proveniente del surtidor que le había abierto en la cabeza con sus garras el pájaro carroñero. Los hilillos pronto comenzaron a formar pequeños afluentes que corrían por sus mejillas y se filtraban por la espesa barba. Era la paradoja de la tortura: atado a una roca que laceraba sus extremidades, deshidratado y con la piel abrasada por las llagas, a punto de serle devorado el hígado por el costado, C. P. mantenía toda la concentración de su sufrimiento en el nimio tormento de un cosquilleo que bajaba por su rostro y la imposibilidad de poder rascarse con sus manos.

En el valle, Aisa había tenido que volver a guarecerse, pues uno de los amotinados junto a Prometeo se había quedado cerca del río, tal vez obligado por su líder para vigilar las inmediaciones de la montaña donde Pet permanecía atado. El doradillo comenzó a perseguir a Aisa. Y emprendieron una loca carrera en círculos alrededor de aquella zona del río. La resistencia de Aisa era mucho menor que la del joven macho, sobre todo desde que su amo la había obligado a no hacer prácticamente ningún ejercicio físico. La mujercilla dorada tropezó con una rama encallada en la corriente y cayó sobre el agua. El congénere la agarró de los pies y la arrastró hasta la orilla. Comenzó a golpearla brutalmente, tal y como el gigante les había enseñado a hacerlo años atrás, y tal y como lo había hecho Prometeo con ellos en los últimos días. La violencia parecía haberse extendido contumazmente como una pequeña pandemia en la conducta de los doradillos. *Pat, pat, aik rik tek*, le invitó Aisa, simulando una melifluidad promisoria de un enorme

placer. El doradillo empujó a la dulce hembra para que se agachara, pero esta lo refrenó y le hizo una proposición más sofisticada; emitiendo su precario lenguaje y mediante las oportunas gesticulaciones le hizo comprender que le iba a propinar un placer solo accesible para su amo, que se tumbara en la hojarasca y se dejara llevar. El doradillo se mostraba confiado, entregado de nuevo a una candidez primigenia propia de su especie. Aisa se arrodilló en sus piernas y agarró el pequeño y tostado miembro de su congénere entre sus manos, le acarició los testículos y el pene y se lo llevó a la boca, percibiendo la diferencia de tamaño dentro de su cavidad bucal con respecto al de su gigante. El doradillo comenzó a emitir quejidos de placer. Pero un chasquido horripilante secundó aquella taimada entrega de la muchacha dorada, y una piedra del tamaño de un pomelo aplastó la parte frontal del cráneo del macho, descuidado a deleites que no correspondían a su estado evolutivo. Aisa no se quedó contemplando su crimen, no sentiría arrepentimiento, no fue sino un acto aprendido, un gesto de pura supervivencia; buscó entre el sotobosque algún tipo de recipiente que le permitiera guardar un poco de agua del río.

Trataba de moverse dentro de aquella estrechura de lianas. Sus movimientos, la fuerza que todavía parecía albergar C. P. no eran esperables en un hombre en su estado de postración, deshidratado, con horas de exposición al implacable sol, en cuyas ensoñaciones se creía a sí mismo a un milímetro tan solo de la muerte. Ante el vórtice de imágenes y alucinaciones que manaban de su perturbado cerebro, Bobby se le había vuelto a aparecer con una nitidez mayor que la de la propia realidad, sus ojos de hielo azul ocupaban toda la pantalla de su sueño; también se le aparecía, como si lo hubiera matado, el propio Gregorio, y soñaba que la sangre lo ahogaba; Craso, desde el fondo de una hoguera, chillaba, jadeaba, pedía una clemencia completamente humana. En sus telarañas oníricas, aquel ser que antaño despreciara como casi un animal, se había convertido en otro ser humano más, con la misma categoría que el muchacho de orígenes escandinavos o el piloto. Su arrepentimiento había regresado hasta poblar su zaherida y perturbada conciencia,

ahora no en forma de rueda pinchuda que subiera hasta rolar por encima de su cráneo, sino desde la paz infinita previa al desaliento terminal. Sentía como si algún juez impersonal le hubiera absuelto con aquel castigo todos los actos que bajo la enajenación de la isla había acometido. Aquella sensación de que la muerte podía al fin redimirlo de sus despiadadas torpezas no la olvidaría nunca, tanto que él mismo decidiría poner el punto final a sus sufrimientos unos años después. Brotaba por tanto su fuerza de algún instinto de supervivencia inscrito en los genes, y entre sus arremetidas y los picos acerados de las aves, que habían contribuido a rasgar algunas de las lianas, su cuerpo comenzó a sentirse con algo más de holgura. Poco a poco las ataduras no muy bien ligadas ni con la suficiente fuerza fueron deshaciéndose. Cuando llegó Aisa hasta la truculenta cumbre, el gigante yacía sobre un charco de sangre, se había desplomado como un tronco cercenado; las aves trazaban círculos en el aire, excepto una de ellas, que levantó el vuelo de las proximidades de la roca en cuanto sintió llegar a la doradilla. La muchacha agarró la cabeza de Pet y con mucho esfuerzo logró levantarla un poco. Le acercó la calabaza llena de agua, rota por un pequeño agujero, hasta los labios resquebrajados. Aún le quedaron fuerzas para absorber como un leproso un poco de aquel líquido redentor. Aisa mojó sus dedos en el agua y le refrescó cuanto pudo la cabellera, la espalda, el pecho, introduciendo sus manos por debajo de la hierba. La noche se precipitaba como un telón de estrellas. La niebla fue apoderándose de las partes más bajas de los valles y conquistó las alturas, dejando tan solo algunas cumbres sin cubrir. Ellos quedaron libres del envoltorio de aquella homogénea niebla, esa agua condensada que flotaba como una espesa gasa bajo sus pies. Parecían suspensos en una enorme alfombra blanquecina, que muy pronto dejó de verse entre la oscuridad. Los aullidos llegaban como en sordina desde abajo. Los dragones lejanos emitían una especie de estertores secos, como maullidos de gatos en celo. Aisa se recostó junto a Pet, en contacto con su piel malherida y seca. Ella le acariciaba con inusitada ternura, incluso, le pareció a él, le dio un beso en la mejilla. Aunque no se pensaba merecedor de aquello, agradecía al destino aquel punto exacto de su vida, en el que solo el misterio podía explicar lo que le estaba sucediendo. La miró a sus ojos, apenas brillando entre la escasa luz de las estrellas,

trató de elevar su mano hasta tocarla. C. P. irguió ligeramente la cabeza para prestar los oídos a algo extraño que de pronto percibió: lejanos rumores llegaban desde el sur, filtrados por la niebla, y se sumaban al mullido cortejo de sonidos provenientes de la llanura de los dragones; el ronroneo de algo semejante a inmensos motores hundidos bajo la tierra hacía vibrar la superficie casi de forma imperceptible, efecto tal vez de alguna actividad volcánica muy lejana, quizá algún movimiento sísmico en el océano ahora sumido en la más completa oscuridad. Su cabeza, como la de un muñeco al que se le hubiera roto algún resorte, volvió a posarse contra el suelo. Impotente, no pudo siquiera levantar su mano para acariciar a Aisa, aunque deseaba hacerlo. Durmió toda la noche sin poder contener un solo sueño más.

Todos los miembros de la tribu, cientos de individuos, se encontraban asomados al mirador de sus grutas, como en una exposición, acurrucados en su postura natural, en cuclillas, mirando hacia el centro de la explanada cuya extensión era lo más parecido a una plaza frente a la extensa ladera. Había machos adultos, hembras, miembros más jóvenes y niños. Estos últimos correteaban entre el grupo, se tiraban puñados de tierra y hierba unos a otros, saltaban de un punto a otro de la rocas, chillaban. Pero la situación general del poblado era de una expectación y quietud próximas a una obra pictórica, una imagen congelada. Los doradillos que se encontraban apostados en las cuevas más altas se percibían desde abajo apenas como manchas negras. Prometeo se esmeraba en hacer un fuego en el centro del poblado, cuyas llamas eran alimentadas por algunos otros miembros de la tribu a base de ramas y restos vegetales secos. Cada uno de los objetos que durante largos ciclos habían sido obra del ingenio de aquel monstruo venido de las costas del sur, el palanquín, una especie de cujas de la cama con las que se había preparado un lecho a cierta altura para evitar que subieran unos insectos de aspecto lechoso que abundaban en el interior de las grutas, algunos instrumentos de madera, todo cuanto pudieron encontrar que fuera suyo lo arrojaron al fuego. La ceremonia duró varias horas. Los doradillos no cantaban, no bailaban, no parecían

haber desarrollado rituales de iniciación, no celebraban nada. Agotadas las llamas, los individuos de las laderas terminaron de dispersarse. El sopor de la tarde hizo llegar la niebla como si un gas espeso con millones de partículas flotando en el aire hubiera sido inyectado con mangueras desde los bordes de la jungla, y el centro de la isla quedó una vez más sumido en una espesura gris y verde que no permitía ningún alarde de agudeza visual. Aunque precario, su lenguaje les había valido para comunicar y divulgar por toda la tribu el destino trágico del gigante de piedra blanca, piel exangüe, *pat, pat, Pet ikg uk sit* —literalmente lo llamaban «gigante de piedras de la playa», donde en efecto las piedras eran singularmente blanquecinas—. Pero el gigante se encontraba día tras día mejorando de sus heridas, que se restañaban con el agua del mar, la sombra de las palmeras y los dulces lametazos de Aisa. Prometeo y sus secuaces esperaban complacidos que los rigks hubieran devorado a Pet —aquellos pájaros carroñeros para cuya incorporación exacta en la taxonomía de las aves deberíamos tener imágenes o una descripción más completa, pero que parecían una exagerada mezcla entre el buitre, el cuervo y algún tipo de loro—. Nadie hasta entonces había echado de menos ni siquiera a Aisa. No era infrecuente que en la existencia de la isla algún miembro de pronto desapareciese y nunca más se lo volviera a ver. Después del descenso victorioso de Prometeo desde la roca sacrificial, ningún orden se vio subvertido en el seno de la tribu, ninguna transformación iría a sucederse desde entonces en aquella primitiva sociedad de seres insólitos. Prometeo no tenía ningún plan, era incapaz de elaborar uno. La capacidad prospectiva de sus cerebros era escasa y les era poco natural la elaboración de ningún plan mínimamente complejo; solo aquel acto de venganza, justicia o restablecimiento que infligieran a Pet había supuesto ya un verdadero prodigio. En pocos días todo volvería al punto exacto en el que se encontraba la vida en la isla antes de la llegada de C. P. Yacija, Rami, Bea, Negra y alguna muchacha más de las que se habían incorporado a su harén se volverían a mezclar rápidamente entre el resto de los doradillos y comenzaron a ejercitarse con ímpetu en la subsistencia diaria como los demás, a subir a los árboles, a trabajar en la recogida de frutos, a pescar, a correr y saltar como hacían las demás jóvenes del clan. No había grandes

esfuerzos reservados a los machos, no se había desarrollado entre ellos un reparto de las tareas por sexos, incluso había alguna hembra que en ocasiones asistía a la caza del estegodón, con toda probabilidad la más feroz de todas las actividades cinegéticas, casi innecesarias. Aisa y Pet —renqueante este último y con dudas todavía sobre su supervivencia— siguieron con esfuerzo la línea oeste de la costa que conducía desde el norte hasta el sur, dando un gran rodeo. Varios días tuvieron que caminar, trepar por algunas rocas —con la dificultad añadida de las heridas y el dolor—, atravesar algunos arroyos, hacer noche en la jungla, hasta que desde lo alto de un risco divisaron el lugar donde buscarían refugio y donde C. P. esperaba reponerse de los tormentos recibidos. La playa estaba flanqueada de un denso palmeral. Como efecto resultante de la luz del sol, la superficie de fina arena se asemejaba en lontananza a una enorme plancha de nácar, el agua se encontraba en calma, como irisada por miles de espejillos que emitían repentinos destellos de luz intensamente azul, y podía incluso distinguirse su fondo tibio, los corales y algunos peces que merodeaban los arrecifes en busca de alimento. Solo el primer día en que llegó a la isla, más de seis años atrás, cuando había saltado desde el hidroavión hasta la arena, solo en ese instante había visto el mar en aquel estado de gracia tan sublime. Aunque lentamente, se iría recuperando de sus tormentos, de la deshidratación y la herida en el costado, de todo aquel dolor sufrido en el promontorio de los buitres. Nuevas secuelas le quedarían grabadas en su cuerpo. Sin embargo, aquellas parsimoniosas semanas en la costa iban a convertirse para C. P., no ya en las mejores horas durante su aberrante aislamiento en Serolf, sino tal vez en las mejores horas de su vida. Aquel extravagante idilio con la diminuta muchacha de cobre caliente no tenía explicación, pero tampoco la buscaba; Pet asumía ahora cualquier suceso extraño, incluso cualquier cambio que se operase dentro de su alma, como un efecto más devenido de una voluntad superior, inaprensible e indescifrable que gobernaba los designios de aquella isla y de sus habitantes. Después del aprendizaje de aquellos años durante los cuales C. P. había vencido cualquier inquietud de las que anidan en el espíritu del hombre y cuyos resortes lo ponen continuamente entre el temor y el aburrimiento de la vida, los días para él estaban desprovistos de

cualquier finalidad. Se pasaba el día masticando frutos, bebiendo agua que le traía Aisa desde el arroyo más cercano o directamente de los cocos que rompía con una piedra, ensoñaba durante largas horas y si se despertaba por la noche mecido por la brisa templada del mar, paseaba por la arena para contemplar la negrura del horizonte, sentía su encierro en aquel lugar como una dulce condena, y aunque le rondó más de una noche la idea de zambullirse en el agua para siempre, nunca llegó a culminar el intento, quizá porque Aisa dormía inocente mientras lo esperaba, quizá porque aguardaba algún otro acontecimiento. En verdad pensaba poco en el futuro (se había desacostumbrado a hacerlo), pero sabía que aquella existencia en apariencia paradisíaca de la playa, aquel exilio casi vulgar, no podría durar eternamente. Sería el colofón a una estancia de milagros y de horrores, o el prólogo de algún milagro u horror definitivos. Un destino último lo esperaba y antes de hundirse en la masa tibia de aquel océano infinito ansiaba descubrir cuál era.

Una noche de niebla, rayando ya los límites de la madrugada, Aisa y C. P. se despertaron por un extraño ruido proveniente del cielo. No se trataba de ninguna tormenta, porque ni siquiera era la época de las tormentas. El gigante blanco se puso en pie y la fiel doradilla le agarró la pierna, tratando de protegerse de aquel estertor procedente del interior del mar. C. P. tenía claro que se trataba de un objeto volador, de un enorme helicóptero, posiblemente. Él acarició con suavidad la cabeza de la doradilla, se puso de rodillas y la estrechó entre sus brazos al tiempo que seguía con sus caricias de consuelo, como quien se pone a la altura de un niño para amansar sus pesadillas. Luego volvió a levantarse, «*pat, pat, Aisa, patggg aik net ruks tan*; no te preocupes, no pasará nada. Son hombres como yo; no nos harán ningún daño».

En el interior de Aisa el terror se multiplicó con las palabras de su gigante. Igual que le había sucedido a Jorge unas semanas antes, quien yacía en estado de semidescomposición unos metros más arriba sobre sus cabezas, una repulsa instintiva erizó su piel cetrina, sus pupilas se dilataron y el corazón se le disparó. Se soltó

presurosa del abrazo consolador de Pet y comenzó una loca carrera hacia el interior de las palmeras, igual que cuando huyera de Pet aquella primera noche tan distante ya. Seguiría corriendo con esa resistencia de fondo que caracterizaba a los doradillos, incluso mermada como lo estaba en el caso de Aisa por la falta de entrenamiento, y escalaría por los acantilados, subiría hasta el borde de la jungla y se internaría en ella en dirección al poblado. No se detendría hasta llegar a él. C. P. se quedó mirando hacia las palmeras con los ojos atónitos por la sorpresa y un palmario desconsuelo. La súbita respuesta de Aisa, su evasión cervuna, lo había devuelto a una realidad inapelable. Percibió que el pecho se le había infundido de una extraña mezcla de esperanzas, entusiasmo y dudas al sentir muy próxima la inesperada presencia de aquella nave humana. ¿Podría regresar a la civilización y olvidar aquellos años de rara existencia? ¿Sería capaz de presentarse ante sus rescatadores como la única víctima superviviente del naufragio? ¿Era en verdad el único superviviente? ¿Qué les diría cuando le preguntasen por el señor Robert Nielsson? Aquellos años habían transformado de forma irreversible su estructura mental; pese a los interrogantes, no comenzó a borbotear el caldo podrido de los pensamientos en su cerebro, no arribaron los caballos sin gobierno, no se vio invadido por esa confusión mental que otrora lo llenaba de agitación, su actividad nerviosa se había ralentizado, y si bien es cierto que en su pecho sintió el relativo ardor del deseo y una amortiguada turbación, también pudo experimentar seguidamente que sus pasos no se apresuraban en la arena de la playa, su imaginación no se disparaba, la cadencia con la que calibraba cada nueva posibilidad llegaba sin farfulla interna, sin convulsiones, sin aceleración mórbida de la psique. Cualquier aceleración psicológica es provocada por el miedo, y la superación del miedo medular y originario a la extinción del ego —aunque después este miedo fuera derivado hacia otras manifestaciones ulteriores como el temor a la muerte, al dolor o a la locura—, decimos, esa superación del miedo primordial del que derivan los demás lo había hecho abandonar el elenco completo de temores imaginables. Superado ese temor a la propia extinción ningún otro podría acaecer. Nada que mereciese una explicación, ningún giro del azar que le pudiera hacer perjuicio; lo que de ahora en adelante le sucediera no podría tener más

importancia que la muerte, y la muerte era un hecho sin importancia alguna. Ninguna perturbación en sus razonamientos. Su psique se encontraba sometida a una fuerza extraña y suprema, a una libertad más allá de la conciencia y las restricciones de carácter social. Se sorprendió a sí mismo sin embargo detenido junto a una palmera mientras ensayaba en voz alta una conversación en su propio idioma, pues calculaba su gran dificultad para poder articularlo con suficiente soltura cuando se encontrara a sus prójimos y tuviera que explicarles al menos parte de lo sucedido; sospechaba que su discurso se habría quebrado de algún modo, así que se ejercitaba en ridículos ejercicios de elocuencia elemental, como hacen frente a los espejos los escritores, académicos y conferenciantes ante de proferir sus casi siempre tediosos sermones.

XV

El día 25 de octubre de 1980 se habían producido dos hechos relacionados con la órbita de la existencia de C. P. Uno de estos sucesos resultaba ya por completo irrelevante desde el mismo momento en que sucedió; del otro se derivarían consecuencias que irían a afectarlo de forma definitiva en su destino. Todo cuanto hemos ido narrando durante estas páginas está extraído en última instancia de lo que C. P. dejara escrito en sus notas, al margen de la manipulación que me he permitido hacer con la materia consignada, mera licencia literaria (si es que a lo que escriba un psiquiatra como yo puede acaso denominárselo literatura *sensu stricto*); todo excepto esta noticia que pude averiguar por otras vías a las que me llevó la curiosidad. Nunca él llegaría a conocer el hecho. Por resultar en cierta medida una de esas notas insignificantes con que el azar trufa nuestra existencia, y al menos como un añadido casi anecdótico, se debe reseñar que un sábado 25 de octubre de 1980 Margarita contraía matrimonio con un importante abogado madrileño, cuyo nombre poco importa aquí, a quien conoció en la empresa para la que trabajaba. La ceremonia religiosa se celebró en la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, en la avenida Ramón y Cajal de Madrid. El restaurante se encontraba en una zona de chalés cuyos jardines emitían todavía el aroma tardío, agradable y decadente de los últimos jazmines, ya en estado de descomposición.

Lo casual es que fuera un hecho perfectamente simultáneo,

como se ha afirmado más arriba, a la segunda cuestión; el segundo hecho que iba a afectar en realidad de forma mucho más directa a la vida de C. P.

La atmósfera diáfana del otoño no se había visto empañada aquella mañana por la niebla, la lluvia o el *smog*.

El señor Z, mezcla inconclusa entre el gusano amarillo y el pájaro que se lo come, con su ojos azules y esos puntitos negros diseminados en ellos, su ademán seguro y, de nuevo, el sol esporádico de Londres destellando su brillo rojizo y optimista contra la gran mesa ovalada de caoba, pedía a su secretario que leyese en alto la conclusión de las actas. La reunión extraordinaria, celebrada el sábado 25 de octubre de 1980, había durado apenas una hora y media, porque todos los detalles estaban consignados ya de antemano y lo único que tenían que hacer era aprobar la expedición y nombrar los cargos para su ejecución y control.

Sin embargo —y trataremos de explicarlo aquí de la forma más nítida posible— no se incluyeron en las actas una serie de alternativas que convertirían aquella operación en un éxito garantizado. Si bien se decía —traducido del inglés—, según toda la documentación oficial, que queda aprobado el envío de nuevas expediciones a varias islas del archipiélago L-15L105 sito en Indonesia, con cuyo Gobierno se formaliza contrato (N-AI198057913-Z) y licita explotación en exclusiva por 25 años a Brip internacional según las condiciones establecidas en él; la construcción de estructuras para explotación zonal contará con unos plazos que quedan fijados en el presente documento de la siguiente manera según programa de actuación:

A-I. expediciones de reconocimiento- feb.-05/25-1981;

A-II. envío paralelo de bases de apoyo y construcción de campamentos, vías de penetración e infraestructuras portuarias y viarias- feb.-mar.-1981;

B-I. primeras prospecciones- oct.-l 983;

etcétera, no se decía nada en cambio de otras cuestiones, ni siquiera mencionadas de soslayo. Ni una palabra sobre el plan B. La influyente petrolera Brip había fijado su estrategia de no error en la —por otro lado improbable— posibilidad de que las promesas de crudo en las islas no fueran tan copiosas como se esperaba y, ante esta hipótesis, explotar la selva con fines madereros. Incluso, aun

cuando la cantidad de crudo extraído resultara por sí misma según las rentabilidades previstas, la explotación de madera y recursos forestales sumarían un importantísimo margen comercial que redoblaba el interés de la operativa.

Tampoco se habían abierto actas ni se había consignado en ningún documento o anal los detalles más aparentemente nimios de la exploración y posterior explotación de la isla; y es que las experiencias previas de la compañía les hacían conocedores de un innúmero listado de las denominadas «contingencias colaterales».

Contingencias colaterales podían ser muchas; pero al tratarse de un lugar como el de este archipiélago, y pese a los informes previos del Gobierno indonesio tendentes a dejar expedito cualquier posible escollo, una de las más delicadas podía ser la existencia de algún bien protegible por los organismos internacionales. Estos bienes podían ser naturales (reservas forestales singulares por su biodiversidad, especies animales en peligro), arqueológicos (arte, restos de antiguas ciudades o civilizaciones, yacimientos significativos), o, los de más sensible tratamiento, humanos (v. gr. poblaciones aborígenes), de cuya vejación podría no solo derivarse el incurrir en un delito de lesa humanidad sino, peor aún desde la óptica del puro beneficio, el que la nebulosa de la mala reputación se cerniese sobre ellos; los ojos de gobiernos enemigos y un puñado de organizaciones ecologistas afilarían hasta el extremo sus miradas hacia cualquier operación de la compañía en los próximos años y quedaría por tiempo indefinido estigmatizada con el cliché de «empresa sucia».

Y de nuevo la prolongada experiencia de la petrolera decía que…

El señor Z miró con firmeza a quienes lo interpelaron sobre cuestiones como la anterior, y ya conocen ustedes a la perfección —declaró— el protocolo de actuación, concreto e inequívoco. Sobre esto —hizo observar al secretario, quien tomaba nota en su teclado— no hay nada que consignar en las actas. Escriba usted la fecha, la hora y, señores —aseveró, al tiempo que se levantaba ayudándose con las dos palmas de las manos apoyadas sobre la mesa de caoba,

en un gesto cargado de la misma autocomplacencia y orgullo de cada reunión en la que se aprobaba un nuevo proyecto— espero de todos la mayor de las diligencias y que la operación resulte un completo éxito para nuestra compañía. El alegre murmullo posterior entre los reunidos marcaba el final de la ceremonia. A punto estuvieron de sonar unos aplausos. Pero evitaron el ridículo.

Era sábado. El sol brillaba milagrosamente en el cielo. Londres y sus alrededores ofrecían un amplio repertorio de solaces para los directivos de Brip allí reunidos, así como para sus lindas familias neoburguesas más o menos remilgadas, niños y mujeres. El cine, los restaurantes, reuniones familiares, el teatro, los conciertos, citas con amantes, compras en algún comercio caro, un paseo en familia por el centro de la ciudad, por qué no, una noche secreta de travestismo.

XVI

No nos harán ningún daño, son hombres como yo —había tratado de calmarla.

Primero sintió el vacío, la desazón de las desgracias repentinas y se quedó con los ojos clavados en la diminuta muchachita dorada de menos de un metro de altura, ágil, que brincaba hacia el borde de la jungla. Siguió su silueta con la mirada fija bajo la luz enfermiza del crepúsculo, la veía irse alejando presurosa, un bulto que se perdía, una pequeña cosa oscura y vacilante al final de la playa, cualquier cosa, ya no un demonio ignoto sino algo incluso familiar y querido, sí, muy querido; la veía esfumarse entre la oscuridad de las palmeras y la selva, disolverse. A pesar de aquel incómodo sentimiento de impotencia, Pet miró hacia el otro lado, desde donde todavía persistían los sonidos de algún motor, más allá de las laderas que prometían nuevas playas y arrecifes al otro lado. El mar devolvía el eco horizontal y metálico de los rotores. De pronto la memoria le evocó el estruendoso temblor de hacía unas semanas, cuando todavía se encontraba en la montaña del martirio y sintió, igual que lo hizo Aisa, que un maremoto lejano zabucaba la isla hasta hacerla temblar como a la hoja de un nenúfar. Hay gente al otro lado, sí, hay hombres, hay un helicóptero, hay algo, una avioneta, ruidos de civilización —una corriente de incertidumbre, una contradicción entre la alegría y el temor a la desesperanza más profunda se mezclaban en su interior—, sí, hay gente, quizá llevan trajinando desde hace varios días con sus

máquinas; tal vez los rumores de algunos de los doradillos que habían advertido al clan sobre la presencia de nuevos seres gigantes en la isla no fueran fabulosas invenciones o se limitaran al descubrimiento de Gregorio en alguna parte de la costa, sino que, por el contrario, se referían a esto que se escucha, no puede ser una alucinación auditiva. Acaso Jorge, su doradillo macho de más confianza, hubiera hallado las razones de aquellos ruidos nuevos en la isla, de aquellas vibraciones, pero ¿qué había sido de él? Tal vez se encontrara por fin de regreso en la región de las grutas, pensaba equivocadamente.

C. P. caminó hacia el este, al encuentro de los suyos. Se había liberado de muchas de las zozobras del espíritu después de todos los pavores padecidos en los primeros años, aquellos rituales iniciáticos sin guía ni freno que lo habían conducido hasta el extremo de la vida, la locura y el dolor. Lleno de marcas, huellas indelebles, cicatrices y secuelas de leves infecciones latentes para siempre en su sangre y sus órganos, su visión de la realidad era sin embargo la de que él había salido perfectamente indemne de toda aquella epopeya del absurdo, esa odisea del dislate antropológico, incluso después de la tortura del monolito de los *pigks* y a pesar de los repentinos pinchazos en el hígado que iría a padecer durante toda su vida. Caminaba guiado por la luz rosácea de la esperanza y un sol púber que escalaba la calmada línea curva del horizonte marino. Al norte podía apreciarse la enorme cabellera de fertilidad intacta de la jungla, las líneas superpuestas de montañas y su enorme masa forestal comenzaban a iluminarse casi imperceptiblemente por un leve rubor amoratado, como flotantes fantasmas que resurgieran de la nada. Las plantas encallecidas de sus pies se agarraban a las rocas, sus dedos, como nervudas ramas articuladas, se prendían de los huecos de las piedras, se cogía de los tallos más gruesos y sus antebrazos se estiraban; se le doblaba el lomo, encorvado como el de una fiera, y estiraba su cuello para levantar la cabeza melenuda y poner su mirada un nivel más arriba, poder colocar de nuevo la punta del pie o de las manos en algún hueco o agarre y seguir remontando poco a poco el promisorio risco que lo dejaría contemplar el otro lado.

Tres helicópteros de enorme fuste y un hidroavión de última generación se encontraban agolpados en el incipiente puerto. Grúas,

excavadoras, pequeños camiones, *dumpers* y cementeras lo estaban construyendo. Ya habían ganado una buena cantidad de metros cuadrados a la jungla después de haber desbrozado de árboles y vegetación aquella zona. Un nuevo horror recorrió su espinazo. Aquella era la playa y la perspectiva de la isla prodigiosa que le hicieron proclamar ¡Dios mío! al saltar de la avioneta, hacía demasiados años. El lugar más hermoso jamás contemplado. Recordó las palabras de Gregorio sobre la humanidad que todo lo mancillaba. O algo así. Recordó su discurso ecologista sobre el progreso.

Ahora estaba dispuesto a no dejarse ver: reptó peñas abajo, saltó a la arena con la luz del alba exhalando un ligero olor a humus, y corrió con el sigilo de un felino hasta ocultarse en el borde de la jungla. Los últimos gritos provenientes del interior de la isla le llegaban encapsulados en ráfagas de silencio. Bordeó rocas y tramos de selva hasta tener muy cerca las primeras llagas producidas en la espesura por los volquetes, las pequeñas excavadoras, el cemento y el despliegue de toda aquella incipiente y horripilante infraestructura. Un grupo de encargados vestidos con ropas de colores, unos colores mucho más vistosos que los que Pet había conocido hacía tan solo unos años, se agolpaban alrededor de unos bultos tumbados en la playa, a los que tenían tapados con fundas plásticas. El que parecía uno de los jefes de la expedición dio una orden a un subordinado, quien se apresuró a destapar aquellos cuerpos. C. P. pudo divisar con perfecta certidumbre que uno de los bultos, el más grande, era el cadáver de Gregorio. Se conservaba bastante bien, a pesar de su desnudez también un tanto decrépita y sucia, su melena y su larga barba, por lo que supuso que llevaría muerto apenas unos días. La muerte del piloto sería siempre una incógnita para él. El otro cuerpo se encontraba en peor estado, como si hubiera sido presa de algún animal carroñero: era Jorge, el doradillo que, como Aisa, había sido capaz de chapurrear una lengua de *Homo sapiens sapiens*. Volvieron a tapar los fiambres y una nueva señal del dedo índice por parte del supervisor bastó para que condujeran el cuerpo de Gregorio hacia la zona de los helicópteros. Incluso había ya alguna embarcación varada. ¿Cómo podría haber sucedido todo tan rápido sin que él se hubiera apercibido ni escuchado nada? La región de los doradillos estaba a

unos cuantos kilómetros de distancia, sin duda, y aquellas costas del sur rara vez eran visitadas por ellos y menos aún por Pet. Aquella otra región, la de las costas del sur y sus dulces playas, resultaba sin lugar a dudas la más afín a las querencias de un náufrago occidental, y era la razón por la que Gregorio habría decidido quedarse allí; pero ¿cómo era posible que en todos aquellos años nunca se hubieran encontrado? ¿Habría visitado alguna vez Gregorio los lejanos valles de los doradillos? ¿Qué había estado esperando el piloto todos aquellos años allí solo? ¿Qué índole de locura y en qué grado no lo habría poseído? ¿Por qué nunca vino en busca de la venganza o la reconciliación? Pet se había propinado una explicación pueril al pensar simplemente que aquella región de las playas del sur era más asequible a la supervivencia de los naufragios de raigambre o estirpe robinsoniana; pero las razones y los misterios en la vida y la muerte de su compañero permanecerían por siempre enterrados con su cuerpo.

Los restos de un maltrecho Jorge, el más inteligente de los doradillos macho, fueron subidos a un vehículo todoterreno que se internó por la carretera de hormigón, isla adentro.

XVII

Sin demasiado esfuerzo, a pesar de encontrarse todavía en estado de convalecencia —los años en la isla lo habían convertido en un verdadero acróbata, aunque incluso así fuera el más torpe entre los miembros de su nueva tribu— se encaramó a un *laiutek*, el mejor árbol para pasar la noche, debido a que en el ensanche de sus ramificaciones formaba cómodas superficies para el sueño y su copa era tan impermeable como cualquier cúpula de chapa o de cristal. La noche bajaba como la prensa antigua de una enorme imprenta de la oscuridad, aplastando la isla y el horizonte marino, inundándolos con su tinta evanescente, y había ido condensando la niebla desde las regiones más extremas. Era casi imposible que nadie lo descubriera en su alto escondrijo vegetal, apartado de sendas, trochas o veredas, a mucha distancia de la costa incipientemente destrozada por los extraños. En su intento por dormir, el pensamiento de Pet comenzó a acelerarse, a perder verbalismo, a trocarse en una suerte de precipitación de sensaciones, imágenes deformadas de la realidad, luces y figuras en movimiento incontrolado. Un torbellino de demonios pobló su cabeza mientras trataba de poner orden en su subconsciente. Desde el estado psíquico en el que ahora se encontraba era muy difícil pasar al duermevela y luego al sueño; sabía que debía revolverse en su ancha rama, hacer algo que frenase en su interior aquel borboteo germinal de monstruos y quimeras, máscaras con colmillos, miembros amputados, ojos sangrientos, manos amenazantes con

afiladas garras, balbucientes aullidos, voces y silbidos horrísonos; pero algo lo agitaba vivazmente. La presencia de sus congéneres, que hacía unos años había deseado con tanta fuerza, que incluso hacía unas horas, tras escucharlos al otro lado de la playa, le habían despertado una leve sensación de esperanza, aunque muy diluida en la contradicción y la incredulidad, de pronto aquellos seres procedentes de la civilización le parecían ajenos, extraños, invasores. Desde la perspectiva de esos hombres ataviados con ropas de vistosos y artificiales colores, dotados con toda aquella maquinaria de hierro, llenos de espurios intereses, capaces de subvertir por ambición el orden secular y geológico de aquel lugar, de su lugar, su isla, dispuestos a arruinar con hormigón y construcciones apresuradas aquel espacio inmaculado en mitad del océano, para aquellos hijos de puta provenientes del mundo industrializado y su voracidad sin freno, de la civilización y del progreso, él, Pet, no dejaría de ser un alucinado, un tipo marchito por un cierto grado de desnutrición, por la soledad, por el «horror» del naufragio y la desesperación. Detrás de aquella pelambrera larguísima y llena de suciedad se ocultaba un rostro demacrado, lo sabía, un rostro cuyos ojos se habían ido ocultando detrás de cuencas semicerradas siempre, entre alucinados, saltones y al mismo tiempo hundidos. Desaforados y de una expresión indefinible para ellos, indescifrable. Su rostro se había transmutado y también su cuerpo, el lenguaje desarrollado con sus gestos, el movimiento de sus manos, la forma de andar, de mover la espalda y los brazos cuando avanzaba descalzo entre cualquier tipo de superficie. El mayor cambio estaba mucho más abajo y arriba del nivel epidérmico. Sabía que él, Pet, ya no se encontraba entre los suyos. Había perdido su parentesco con los humanos modernos, no sabía si sería siquiera capaz de expresarse con cierta coherencia; pero tampoco había encontrado una auténtica nueva especie a la que sentirse unido. Los doradillos habían padecido horriblemente sus crueldades. Luego lo habían admitido como un líder marginal. Lo respetaban hasta cierto punto. Por fin, incluso se habían vengado de sus crímenes; a su manera lo habían sometido a un juicio legendario. Me encuentro fuera de cualquier especie. No soy un humano, no puedo volver a serlo, y tampoco soy un doradillo. Si hubiera perdido de esa forma la identidad hacía unos pocos años, la

locura y el pavor se habrían apoderado para siempre de su espíritu; pero en aquel instante sintió cierta calma y hasta un extraño placer. Ignoraba hacia dónde se encaminaba su destino. Se dejaría llevar. Pero había una inquietud horrible. Un mordisco en su vientre que lo mantenía despierto generando monstruos en su mente.

El milagro del cuerpo volvió a propiciar un sueño profundo inesperado, una anestesia que algún tipo de inteligencia en las células de cada una de las partes de su organismo, incluyendo las neuronas, se autoinoculan cuando el ser precisa del descanso para su supervivencia. La actividad cesa. Hay un punto de olvido máximo, un tránsito milagroso semejante al de la muerte, y cuando la luz rosácea y azulina de las primeras exhalaciones diurnas hace fosforescer la neblina residual de la madrugada, Pet se yergue y se deja deslizar de rama en rama hasta tocar, por completo recuperado, el suelo de la jungla; está dispuesto a poner sus pies rumbo a las grutas, encontrarse con sus verdugos doradillos del monte del monolito, comprobar que Aisa sigue bien y ha perdido, con ese mecanicismo sentimental del que están provistos los doradillos, todo resquicio de dolor o miedo de los días anteriores. Quizá sería la hora de hacer algo por esos seres de la isla.

Una nueva megalomanía inversa comenzaba a nacer en el interior de Pet, la de salvar o redimir a sus hombrecillos de cobre.

El borde de la selva le servía de cobijo en la ladera sur. Había llegado hasta la zona desde donde poder divisar en perspectiva la región de las grutas, valle abajo, la vega que le era familiar, el lugar donde él vivía, su casa. Y sus ojos se posaron en lontananza con la terrible escena; su mirada se había cristalizado como solo lo hacen los ojos ante el horror máximo. Frente a él, un poco por debajo del nivel desde donde observaba, un infierno del Bosco se extendía en los alrededores de las cuevas, de su poblado. Decenas de doradillos yacían tirados en el suelo, llenos de sangre. Cientos. Casi todos. Frente a la gruta donde él dormía yacían tres cuerpos de mujeres yertos. Rabona era una de ellas, sin duda. Pero ninguna de las otras dos parecía ser Aisa. Sus ojos comenzaron a buscarla sin consuelo entre los cuerpos desperdigados. Los humanos, con sus armas en las manos, se movían entre los cadáveres de los pequeños seres. Un grupo de humanos amontonaba con la ayuda de unas carretillas y de unas andas de color plateado los cuerpos de los doradillos en un

túmulo de carne inerte. Imágenes del más atroz exterminio que se había dado jamás entre los hombres se le vinieron a la mente a Pet, rescatando de su memoria el rescoldo cultural que, quisiera o no, aún lo emparentaba con el ser humano. Algún doradillo salía corriendo de lugares más o menos ocultos y acto seguido un disparo sordo, o dos, o tres, lo doblegaban hasta hacerle tocar el suelo y convertirse en un cadáver más. No había ensañamiento, simplemente una limpieza de rigor. Un tipo con chaleco azul parecía dirigir la operación. Había que ir preparando el fuego de la pira. El cometido de todos aquellos operarios del horror era el exterminio completo y sin rastros, la desaparición total de aquella microcivilización vestigial. Ese era el protocolo de actuación, ningún impedimento al negocio.

Cuando Pet sintió en la espalda el frío cañón de aquel rifle, no giró veloz su cuello ni trató de defenderse de ninguna forma; se torció despacio, con su mirada impostada, la extrema y fingida actitud de un auténtico alienado: sabía que el único salvoconducto posible para poder sortear, al menos de momento, ese mismo destino que les había tocado a sus doradillos era el de convertirse ante los ojos de aquellos hombres en un desquiciado absoluto, un mudo post-traumático, un náufrago errabundo en el interior de una mente irrecuperable, casi un vegetal.

Pet fue conducido hasta el escenario del horror, donde trataba de descubrir entre los cadáveres dispersos de los doradillos o entre el montón de cuerpos cobrizos y sangrientos la figura de Aisa; caminaba boquiabierto y con los ojos en blanco, como un autómata bajo las órdenes de la fría punta del subfusil sobre su espalda. Su papel de hombre en estado casi vegetal, por completo idiotizado, inexpresivo, incapaz de emitir un solo vocablo, no le había impedido rastrear con su mirada los tristes túmulos de doradillos, los cuerpos horriblemente diseminados. Ni rastro de su amiga doradilla.

—¿Qué hacemos con él? —Se habían reunido en el improvisado despacho del campamento un día después de la matanza, auténtico genocidio, en tanto que se había exterminado a todo un pueblo,

incluso se había hecho extinguir al reducto de una inmemorial especie. La intendencia parecía haberse apiadado del único superviviente de la primera expedición. La primera orden, emitida irreflexivamente, había sido: «que desaparezca igual que esos bichos; no puede quedar rastro de nada. El protocolo de actuación es bien claro a este respecto». Pero Pet había comenzado a interpretar el personaje de la larga y aburrida obra que iría a representar durante sus próximos veintisiete años.

Lo observaron, trataron de hacerle hablar, de hacerle siquiera mirar a los ojos en vez de al vacío de cualquier rincón; apenas comía; bebía dejando derramar el agua entre la comisura de sus labios. Resultaba un ser por completo enajenado y distante, alejado para siempre del mundo de los vivos.

—Que lo lleven a Londres y se decida allí qué hacer con este hombre, si es que se le puede considerar un hombre ya.

Si alguien hubiera tenido la intuición suficiente, o el instinto empático de Craso, habría podido observar en su mirada yerta y vidriada un repentino destello de felicidad ante las palabras del director.

Finalmente fue conducido e ingresado secreta y vitaliciamente en mi residencia psiquiátrica. Todos pensaban que de su boca nunca saldría ni una sola palabra, y así fue, pero sí de su memoria, de la yema de sus dedos y del teclado de una computadora. El resto ya lo sabe el lector, aunque siempre cabe especular con el éxito o no de aquella expedición de la codicia, sobre el destino final de aquella isla y los seres que la habitaban.

XVIII

Residencia psiquiátrica en algún lugar del sur de España, primavera de 2008

Balanceado su cuerpo en el aire cálido de primavera, igual que un fruto inmenso y prematuro entre el espeso olor a adelfas y las ráfagas de madreselva, su último pensamiento se concentró en su dorada Aisa. Le pareció sentir amor hacia ella, desde luego cariño, y esto lo redimió en cierta medida justo dos milésimas antes de expirar.

AGRADECIMIENTOS

Finalmente, sin por supuesto conocerlos en persona sino únicamente por referencias bibliográficas, artículos y notas sobre su estudio, debo agradecer a Michael J. Morwood y Peter Brown su magnífico descubrimiento del esqueleto parcial de una hembra de homínido en la isla de Flores, a partir del cual se deduce la existencia del *Homo floresiensis*, ese ser tan maravilloso como controvertido y en cuya realidad antropológica se ha inspirado esta novela.

NOTA

El autor de este libro ha autorizado su publicación en EPL y su difusión sin fines lucrativos. Si te ha gustado, puedes colaborar comprando la edición electrónica en Amazon.



HERNÁN VALLADARES ÁLVAREZ nace en Madrid en 1970, lugar en el que se instalaron sus padres en los años 50 procedentes de México.

Se licenció en Filosofía y Letras por la Universidad Autónoma de Madrid.

Ya casado, se trasladó a Estados Unidos, donde impartió durante un curso lectivo clases de Literatura y Lengua Española como profesor visitante en la universidad de Darmouth College, estado de New Hampshire.

Tras su regreso a España vivió en Salamanca, donde compuso su tercer poemario, *Las horas y los hombres* y escribió una novela, *Dioses y mosquitos*.

Un año después, su mujer y él pudieron trasladarse a Asturias, lugar de origen de buena parte de sus ancestros. En Oviedo nacerían sus dos únicos hijos (años 2002 y 2006).

Cuando parecía que había fijado su residencia en una pequeña casa cerca de Las Caldas, a 9 km de Oviedo, la más pura supervivencia le obliga a dejar Asturias, después de 13 años viviendo en ella, e irse con toda la familia a tierras mexicanas, pareciendo cerrar así un

extraño ciclo genético de emigración, pues de allí habían retornado en los años 50 sus progenitores. Pero ningún ciclo se había cerrado todavía.

Si se dice en la reseña biográfica de su novela *El hombre diminuto* que un accidente de moto a los veinte años (año 1991) le había hecho caer en brazos de la literatura, después de un año viviendo en la ciudad de Querétaro, México (año 2013), un nuevo accidente de motocicleta aún más grave, esta vez a los cuarenta y dos años de edad, lo obliga a ser trasladado de nuevo a España e ingresado en el Hospital Nacional de Parapléjicos de Toledo, en el que estuvo nueve meses y del cual fue dado de alta el 14 de febrero del año 2014.

Durante algunos años dirigió la sección de reseñas literarias de la revista de literatura profesional *Voz y Letras*.

Ha dado algún recital poético y presentado sus poemas en público, por ejemplo en el Instituto Jovellanos de Gijón, dentro de la celebración de la 9.ª edición del Salón del Libro. Algunos de sus poemas están publicados en revistas literarias, tales como *El invisible anillo*.

Son varios los escritos de tipo ensayístico que tiene pergeñados, algunos sobre aspectos filológicos y otros más bien filosóficos, como *Ser optimista o pesimista*. Cuenta con cinco poemarios, *El juglar del Apocalipsis*, *Vidrieras*, el ya citado *Las horas y los hombres*, *La sombra luminosa* y *En honor de la verdad* (publicado en México, 2012). También ha escrito varios libros narrativos, como las novelas *Dioses y mosquitos* y *Tres domingos*, o los cuentos *Narraciones de la carpeta larga*.

Su novela *El hombre diminuto* fue editada en el año 2011. Novela de antropología ficción y marcado carácter psicológico, ha tenido muy buena acogida entre sus lectores y ha cosechado alguna que otra crítica muy laudatoria. Bien ameritaba una reedición en alguna editorial más potente y a la que apoye algún tipo de publicidad.

Recientemente (diciembre de 2015) ha publicado el cuento *El poder del subsuelo* en el libro antológico *Mina de palabras*, editado en Asturias y entre cuyos autores antologados se encuentra el poeta Antonio Gamoneda.

Como consecuencia de su accidente y la subsiguiente lesión

medular a la altura de la quinta cervical (C5), el autor reside con su familia provisionalmente en Madrid, donde ha podido encontrar el mayor apoyo estructural —vivienda adaptada, apoyo familiar y médico—. Otros proyectos literarios se han visto interrumpidos para dedicarse a escribir un libro entre lo ensayístico y lo autobiográfico referente a todo lo vivido después de su accidente y durante los primeros meses y años postraumáticos.

El trabajo intelectual, la retroalimentación de lecturas-escrituras, la Literatura es su mejor escafandra para poder sobrevivir en una inmersión perpetua, la constante aguadilla de la tetraplejia. Un buen puñado de proyectos literarios aguardan ser reemprendidos y aún le darán vida por algunos años.

Notas

[1] El viaje que realizaron fue exactamente desde Londres, con salida el l8 de junio de 1975, a Yakarta. En la capital de Java pasaron dos días haciendo acopio de todo el material que llevarían en la expedición y, desde Yakarta, un avión de la petrolera los llevaría hasta la isla de Sumba, al sureste de las islas de Indonesia. Desde algún punto al sur de esta isla de Sumba, despegaría el hidroavión en dirección sudoeste con todos los pertrechos necesarios. < <

[2] Las máquinas y todo el instrumental de emisión y registro de ondas eléctricas, tales como el de *potencial espontáneo, resistividad, gamma ray* o *neutrón* con las que Bobby y C. P. recogerían la calidad de roca, su porosidad y saturación de fluidos (agua, petróleo o gas), iban encerradas en maletines prácticamente herméticos. Sabían bien ambos que las probabilidades de que aquel material estuviera en buen estado eran muy altas. Aunque el generador eléctrico, sin embargo, había quedado inutilizado, y nunca más podrían usar la radio, que también había sufrido daños irreparables, mucha parte del material disponía de sus propias baterías, que requerían muy poco amperaje para su funcionamiento y podían durar varias horas de uso continuado. < <

[3] Sin duda, fue algo muy extraño el encontrarse con aquel ejemplar extraviado. La parte sureste, donde se hallaban, y tan cerca de la playa, era la zona más tranquila, en la que habitaban los seres más indefensos y apacibles. La región de las ratas gigantes era sin duda la zona noroeste de la isla, más allá de la quinta fila de montañas que la dividían en dos y que servia de muralla supuestamente infranqueable a la fauna de ambos lados dentro de aquella geografía escindida. Hay que resaltar pues el hecho de que C. P. no se volvería a encontrar jamás con un animal de esos más acá de la quinta línea de montañas. < <

[4] Sobre este respecto, acerca de la estructura social del clan, C. P. dejó anotaciones muy contradictorias; mi humilde aportación a esta cuestión es que la propia presencia de nuestro congénere, a la que hay que añadir su particular forma de comportarse con aquellos seres, debió subvertir el orden de cualquier estructura o jerarquía previas, hasta el punto de que él mismo no fuera capaz de percibir unas reglas demasiado nítidas. Así fue al menos todavía durante aquel segundo año entre los doradillos. <<

[5] Por la benignidad propia de la isla, la tasa de natalidad era mucho más alta que la de mortalidad, y C. P. venía intuyendo desde hacía tiempo que ese desequilibrio era solventado por algún tipo de intervención de carácter ritual mediante la cual los doradillos regulaban su población. Estaba a punto de descubrirlo. <<

[6] «Vamos lejos, hacia allí: ¿hay o habrá algún peligro?». A C. P. le habría gustado poder expresar más concretamente si se estaban dirigiendo hacia el territorio de los dragones, pero aquel lenguaje, aparte de ser esencialmente referencial, incluso para describir cosas exteriores parecía resultar limitado. No quiero llevar esta narración por el terreno de lo científico, pues como adelanté desde el capítulo II, mi pretensión es otra; pero sí quiero hacer una pequeña concesión al análisis científico en lo que, a todas luces, no parece sino una larga alucinación, una deformación absurda e imposible de cualquier realidad antropológica. Sin duda, las lenguas del mundo no muestran superioridad unas sobre otras: pese a la opinión vulgar, el hombre ha desarrollado sistemas lingüísticos perfectamente igualitarios, donde no caben más diferencias que las superficiales de la extensión léxica y las de una adaptación al sistema comunicativo y semántico de cada cultura. De ahí que cualquier tribu humana, cualquier pueblo o cualquier etnia por perdidos que pudieran encontrarse, solo puedan hablar algo de igual rango en su categorización más profunda (la sintaxis y su potencia referencial y autoreferencial) que el español, el inglés, el francés, el alemán, el italiano, el chino o cualquier otra lengua viva que se nos ocurra. Esto significa que a la igualdad entre los hombres sigue la igualdad entre las lenguas; no puede haber un ser humano de lengua inferior a otra. Sin embargo, los doradillos parecían encontrarse en un verdadero estadio de lenguaje incipiente. Disponían ya de un lenguaje articulado, pero sin una sintaxis desarrollada, apoyado máximamente en la gestualidad, cargado de iteraciones fonéticas, con rasgos prosódicos limitadísimos, únicamente referencial y lleno todavía de sonidos espontáneos imposibles de sistematizar, y esto nos hace situarnos ante homínidos pre-*sapiens*. C. P. recogió en sus extensas notas elaboradas a lo largo de los años aquí en el hospital todo un manual antropológico y lingüístico de los hombrecillos dorados, de cuyos datos solo me volveré a servir para continuar con mi narración novelada y nunca más para aburrir al lector con disquisiciones pseudocientíficas que no competen además a un psiquiatra como yo sino más bien a un filólogo. < <

[7] Además del fuego, tenían un mínimo dominio sobre la talla de piedra, y contaban con hachas de mano y puntas de lanza. Por lo demás, prescindían de todo tipo de útiles o recipientes para bebida o comida. No usaban ningún tipo de vestido ni calzado. No construían ningún tipo de empalizada, ni muros; como se ha dicho, nada de construcciones. La naturaleza les había provisto de cuevas y un clima no letal. Su grado de desarrollo parecía simplemente acorde con sus necesidades. No había en la isla más aspiraciones que las que había importado Pet del más allá. Las reflexiones sobre la posible religiosidad de los doradillos abre unas posibilidades a la antropología cultural de enorme interés; si realmente, según reflejan las notas de Camilo Pedro, podía entreverse algún tipo de brote de religiosidad a un nivel inconsciente y colectivo (desprovisto sin embargo de manifestaciones rituales o celebraciones aparentes, gestos hacia los que los doradillos no parecían muy inclinados, y sin una especial afección por la vida de ultratumba), sería fácil relacionar su desarrollo con el momento exacto de su desarrollo lingüístico. La coincidencia de esos dos fenómenos en el progreso cultural de la tribu daría muchas pistas sobre hasta qué punto el desarrollo de la lengua supone el desarrollo mismo del fenómeno humano en sí, de su idiosincrasia colectiva que convierte al conjunto de la especie en lo que conocemos como «humanidad» con todas y cada una de sus notas. <<